



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

MUJERES SIN DESCENDENCIA EN LA CIUDAD DE MÉXICO

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRA EN ESTUDIOS POLÍTICOS Y SOCIALES

PRESENTA:
SYLVIA SOLIS LOPEZ

TUTORA:
DRA. MA. LUCERO JIMÉNEZ GUZMÁN
CENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIONES MULTIDISCIPLINARIAS

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MX., SEPTIEMBRE 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Petra Ramírez Roque llegó a la Ciudad de México en la década de 1930. Venía de La Troje, Altos de Jalisco, huyendo de la desolación que dejó tras sí la Guerra Cristera. Tenía catorce años y buscaba trabajar como empleada doméstica. No sabía leer ni escribir. Aprendió a reconocer los nombres de las calles comparando las letras de las placas en las esquinas con los garabatos con que le escribían, en pedacitos de papel, las direcciones de las casas en que buscaba emplearse. Más de ochenta años han pasado para que el camino iniciado por mi abuela materna me permitiera llegar hasta el Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Esta tesis está dedicada a ella.

Agradecimientos

Agradezco con el corazón a mi mamá, Sylvia López Ramírez, y a mis hermanas, Mariana y Gabriela, por su compañía amorosa y constante a lo largo de mi camino. Gracias también a Adolfo Solís, mi papá, y a Omar Ávila, mi colega de vida.

Infinitas gracias a mis amigas y amigos que estuvieron presentes en este proceso, especialmente a Gerardo Mejía, Araceli Martínez y Juan Carlos Ramírez. Sus voces de aliento y su urgencia cariñosa están presentes en este texto.

Asimismo agradezco a mis compañeras y compañeros del posgrado, en particular a Susanne Willers, Rodrigo Llanos y Yolloxochitl Mancillas por la camaradería, el acompañamiento y los comentarios a esta investigación.

Un agradecimiento especial a la lectura crítica y las contribuciones realizadas a este documento por parte de profesoras y profesores, particularmente a la Dra. Eréndira Serrano y el Dr. Juan Guillermo Figueroa, integrantes del comité tutorial, así como por mi tutora, la Dra. Ma. Lucero Jiménez.

Finalmente, mi reconocimiento y agradecimiento a las mujeres que generosamente compartieron sus historias conmigo. Aquí estamos, juntas, escribiendo otras narrativas porque otras trayectorias son posibles. Mil gracias.

Esta tesis de maestría contó con el apoyo institucional del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) a través de su programa de becas para programas inscritos en el Programa Nacional de Posgrados de Calidad (PNPC).

ÍNDICE

Introducción.....	1
I. Revisión de la Literatura.....	4
<i>Childless y childlessness</i>	4
<i>Del childless al childfree</i>	15
La investigación en América Latina y México	22
II. Planteamiento del Problema y Metodología.....	25
Contexto.....	25
Definición operacional.....	31
Metodología.....	33
Pregunta y objetivos de la investigación	36
Justificación.....	37
Guía de entrevista	37
III. Entrevistas.....	40
Consideraciones metodológicas	40
Ana: <i>Y por eso soy así, por eso</i>	41
Blanca: <i>Me di cuenta de que no había ninguna ventaja en tenerlos</i>	62
Carmen: <i>Gracias por darme la voz</i>	80
Análisis	99
Reflexiones finales	106
Bibliografía.....	116

Introducción

Entre el año 2010 y 2012 trabajé para una consultora en mercadotecnia que realizaba investigación social de corte cualitativo. Una de las investigaciones que me tocó coordinar en sus inicios y que continuó después de mi salida para ingresar al posgrado tenía como tema la identidad de las mujeres y el consumo¹.

A partir del método biográfico y mediante las técnicas de entrevista a profundidad, registro etnográfico y fotográfico tuvimos acercamiento a más de 40 mujeres de clase media en México y otros seis países de América Latina: Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Perú y Venezuela. El trabajo de campo se realizó en las ciudades de México, Guadalajara, Monterrey, Buenos Aires, Sao Paulo, Rio de Janeiro, Bogotá, Medellín, Santiago, Lima y Caracas

La investigación estaba planeada para desarrollarse en al menos tres fases, la primera para comprender sobre cómo se percibían a sí mismas las mujeres y las siguientes a partir de líneas de interés comercial derivadas de los primeros resultados.

Si bien los fines fueron enteramente mercadotécnicos desde su inicio, la investigación me permitió conocer algunos aspectos de las realidades de mujeres entre 18 y 45 años a partir del análisis no solo de sus discursos en entrevistas, sino también de su imagen y la de su entorno.

Varios hallazgos en la investigación llamaron mi atención a propósito de los mandatos culturales sobre la identidad de las mujeres. De manera general podría decirse que tenían referentes tradicionales en las definiciones de sí mismas, de sus parejas y de sus trayectorias de vida. La pareja masculina como signo de completitud, el ideal del amor romántico y el estatus de los hombres como proveedores únicos o principales eran algunos de estos referentes.

¹ Debido a los fines comerciales de dicha investigación los documentos y resultados son confidenciales y no están disponibles para su consulta pública.

Podría decirse que frente a los supuestos cambios, al menos supuestos por mí, en el papel social de las mujeres y en las relaciones entre los géneros, este estado de cosas me resultó sorprendente. Conjeturaba, a partir de mi identificación política con el feminismo y mi visión del mundo, que las mujeres eran menos tradicionales que hacía algunas décadas.

En esta misma línea, el hecho de que las mujeres se definieran a sí mismas colocando la maternidad como un elemento imprescindible, ya fuera que tuvieran descendencia o no y sin distinción del momento de la vida reproductiva en el que se encontraban, me llevó no sólo a cuestionarme sobre los supuestos cambios en los significados de la identidad de las mujeres y su papel social, sino acerca de cómo una mujer que elegía no reproducirse se definía a sí misma como mujer sin ser madre. Así nació la idea de esta investigación.

En aquel momento no me planteé cómo estas mujeres llegan a no tener hijas ni hijos, cuestión que posteriormente se convirtió en el eje central de este proyecto. Más bien daba por hecho que las mujeres que elegían no ser madres lo hacían a contracorriente del entorno sociocultural y las conceptualicé como desafiantes de los roles de género.

Posteriormente, el proceso reflexivo que fui desarrollando conforme el avance de esta investigación me permitieron ubicarme como una investigadora que es también un ser social situado y este proceso fue parte de la reconfiguración del proyecto al modificar esa conceptualización inicial, permeada por mi visión y experiencia personales, por un punto de partida fundamentado más en una pregunta que en el establecimiento de un hecho a priori: ¿cuáles son las experiencias que configuraron la situación de no tener descendencia en mujeres que ya han concluido su ciclo reproductivo?

Esta investigación tuvo como primera tarea la aproximación al fenómeno a través de la revisión de la literatura, la cual es presentada en el Capítulo 1, para después contextualizar y definir operacionalmente el problema de investigación con la intención de elegir el diseño metodológico más adecuado, cuyo desarrollo puede ser leído en el Capítulo 2. Finalmente, las entrevistas y el análisis correspondiente son presentados en el Capítulo 3, seguido de las reflexiones finales que son presentadas a manera de conclusiones.

I. Revisión de la Literatura

Childless y childlessness

En el primer acercamiento a la literatura existente se encontró que la producción académica sobre mujeres sin descendencia por decisión propia en México era escasa. Sin embargo, de manera común, en esas investigaciones la discusión sobre el tema parecía tejerse alrededor de los términos *childless* (sin hijos) y *childfree* (libre de hijos), ambos asociados al Movimiento de Liberación de las Mujeres de la segunda ola del movimiento feminista en los años 70 y sus reivindicaciones sobre la decisión de tener hijos o no, cuándo y cuántos.

Una revisión más profunda sobre el estado del conocimiento permitió establecer que la falta de hijos por voluntad propia era un tema puesto a discusión en las ciencias sociales norteamericana y británica desde inicios del siglo XX. También fue posible identificar que *childless* no era utilizado como concepto sino como adjetivo y que es una palabra que forma parte de la lengua inglesa desde su forma moderna, mientras que el término *childfree* no es ni la primera ni la única manera existente de nombrar a las personas que deliberadamente no tienen hijos.

Así, el punto de partida fue comprender el significado y uso de la palabra *childless*. Este adjetivo, de uso común en lengua inglesa, se usa para referirse a una persona sin hijos y puede rastrearse por ejemplo en la obra de Geoffrey Chaucer escrita durante el siglo XIV. Se encuentra también en textos literarios, de análisis religioso, admonición moral o contenido jurídico a lo largo de los siguientes siglos. Como muestra pueden verse los comentarios que Edmond Malone realizó al Soneto 1 de William Shakespeare en una edición de 1794².

Relacionado con la palabra *childless* se encuentra el término *childlessness*, sustantivo también de uso común utilizado para nombrar o señalar la falta de hijos. Tomando una licencia de traducción

² En ambos textos el término aparece como *childlefs*, utilizando la letra *f* de la caligrafía insular. En las ediciones modernas ha sido sustituida por la letra *s* del alfabeto latino.

libre podríamos decir que si el primer término puede traducirse como “sin hijos” el segundo podría traducirse como “sinhijedad”.

Es posible encontrar el término *childlessness* en documentos del siglo XIX también de índole religioso, moral o jurídico, como lo muestra una reseña publicada por *The North American Review* sobre tres textos relacionados con el estudio del Derecho Civil Romano (Law... 1833).

Hasta finales del siglo XIX el uso corriente de estas palabra estaba orientado a designar una situación concreta en la que se daba por sentado que la falta de hijos se debía a la esterilidad. Pero en el siglo XX el uso que se da a ambos términos en documentos académicos y medios intelectuales permite observar cómo, paulatinamente, comienza a problematizarse desde diferentes perspectivas la falta de hijos. Es también cuando comienzan a introducirse distinciones entre quienes no tienen hijos porque así lo han querido y quienes no los tienen porque no han podido.

En un artículo de 1915 sobre el derecho de los hijos a la educación el autor hace referencia a los cambios graduales en la configuración de la familia a partir de la ampliación de la esfera vital de las mujeres y la disminución de la posición patriarcal del padre, señalando también cómo los hijos eran percibidos menos como un valor y más como una responsabilidad y viendo con preocupación el incremento de los hogares que voluntariamente no tenían hijos (“voluntarily childless homes”) (Gardner 1915, 226).

Otro texto publicado en 1918 sobre problemas poblacionales en Francia establece que entre 1876 y 1913 el número de nacimientos había declinado de 1, 011,362 a 745,539, debido en gran parte a la falta voluntaria de hijos (“voluntary childlessness”). De manera explícita el texto señala que la Primera Guerra Mundial había agravado este descenso (Population... 1918, 330). Ambos escritos fueron publicados en Estados Unidos de América³.

³ En lo sucesivo, Estados Unidos.

Si bien existen publicaciones académicas norteamericanas y británicas de primera mitad del siglo XX en las que se usan las nociones *voluntarily childless* (voluntariamente sin hijos) y *voluntary childlessness* (falta de hijos voluntaria), aparentemente es en la literatura norteamericana, más que en la británica, en la que el uso de estas nociones comenzó a ser más asiduo. Estas publicaciones son reflejo de la preocupación entonces existente por los cambios sociales que estaban ocurriendo.

La historiadora Elaine Tyler May (1997) señala que en 1903 el Presidente Theodore Roosevelt había advertido sobre la caída en el número de nacimientos de la clase media norteamericana frente al incremento de nacimientos en la clase trabajadora recién migrada. Esta autora documenta que entre 1910 y 1940 la proporción de esposas nacidas en Estados Unidos que no tenía hijos había crecido de 14% a 21%, mientras que entre las esposas nacidas fuera del país las cifras fueron de 11% y 13% respectivamente (May 1997, 63). Estas preocupaciones eugenésicas sobre el “suicidio racial” formaron parte del discurso gubernamental, religioso y académico hasta los años 40.

Ahora bien, la existencia de matrimonios y mujeres sin hijos no se debía únicamente a la esterilidad. Aunque rudimentarias y de efectividad limitada, en los últimos años del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX algunas prácticas anticonceptivas eran comunes y el aborto era también un recurso utilizado por mujeres en grandes ciudades y aun en poblaciones más pequeñas en Estados Unidos. Estas prácticas no estaban sólo orientadas a limitar el tamaño de la familia y a espaciar los nacimientos sino, como cabe suponer, también a permanecer sin hijos. (Cfr. Collins 2007, Kelman 1937, May 1997 y Morgan 1991). A este respecto, Collins señala que en su mayoría las mujeres que se planteaban permanecer sin hijos optaban por no casarse, mantenerse independientes económicamente y desarrollarse laboral o profesionalmente (Cfr. 2007).

Un artículo de 1929, publicado en el número temático de la revista *Annals of the American Academy of Political and Social Science* dedicado a las mujeres en el mundo moderno, ilustra este estado de cosas. En él se analizan las causas de la creciente incorporación laboral de las mujeres en

actividades fuera de casa y las consecuencias de ello en la maternidad y la fecundidad (Snedden 1929).

David Snedden, el autor, establece una distinción entre las esposas que involuntariamente no tienen hijos y las que voluntariamente se encuentran en esa situación (“involuntarily childless wife” y “voluntarily childless wife”) y señala que de manera creciente los matrimonios sin hijos (“childless marriages”) eran idealizados, envidiados y felicitados (1929, 350).

El texto, acorde a la orientación eugenésica de la época, señalaba como preocupante que las mujeres de mejor posición social, educadas, con empleos calificados y bien remunerados fueran las menos interesadas en casarse y tener hijos.

El artículo añade que la sofisticación de la vida moderna y los gastos inherentes en lujo y ocio hacían cada vez menos deseable adquirir la responsabilidad de tener hijos, lo que generaba un cuestionamiento a la maternidad como obligación social.

Desde la perspectiva del autor, la promoción y conservación de la mejor maternidad posible implicaba fomentar, en la esfera pública, prácticas y discursos no egocéntricos, limitar el número de hijos de las mujeres de clase baja y menor educación, mientras que para las mujeres de clases altas implicaba promover empleos que no requirieran tiempo completo, además de impulsar instituciones gubernamentales que ayudaran a estas madres con el cuidado de sus hijos. Para Snedden y para una parte de la opinión pública norteamericana la maternidad era considerada un asunto público y la falta voluntaria de hijos un problema.

Al uso del término “voluntario” en la distinción de quienes no tenían hijos se sumó la expresión “por elección” (“childless by choice”) como puede leerse en un par de textos de los años 30, cuyos aspectos comunes son el reconocimiento explícito de la existencia de matrimonios sin hijos porque

estos así lo habían elegido, la discusión sobre las causas y la preocupación por las posibles consecuencias demográficas (Cfr. Keller 1930 y Man... 1938).

Fue en 1936 que el norteamericano Paul Popenoe publicó el primer estudio centrado en los matrimonios que permanecían sin hijos de manera voluntaria. Contrastando los datos de la pionera investigación de Katharine Bement Davis (1929) sobre la vida sexual de 2,200 mujeres con su propia investigación, en la que estudió a 862 parejas californianas, Popenoe reflexionó sobre la dificultad para determinar la proporción de matrimonios que voluntariamente no tenían hijos y encontró dos razones principales.

Primero, la incertidumbre sobre las causas reales, porque la esterilidad involuntaria podría haber sido reportada como voluntaria o porque las razones aducidas podrían no ser los verdaderos motivos, para lo cual sugería contrastar el punto de vista de los matrimonios entrevistados con otras personas cercanas a ellos. Segundo, porque los hallazgos en un grupo social determinado no podían hacerse extensivos a otros grupos sociales.

Bajo estas consideraciones Popenoe encontró que dos tercios de los matrimonios de su investigación no tenían hijos voluntariamente y señaló que, aparentemente, la proporción de estos matrimonios entre personas con alto nivel educativo era más alta que entre el resto de la población, aunque reconocía también que en su muestra había una sobre representación de ese grupo.

El autor se propuso como objetivo central determinar las motivaciones de estos matrimonios. En busca de objetividad estudió las causas aducidas no por ellos mismos, sino por amigos cercanos y parientes, llegando a la siguiente conclusión: "the great bulk of the voluntary childless marriages are motivated by individualism, competitive consumption economically, and an infantile, self-indulgent, frequently neurotic attitude toward life"⁴ (Popenoe 1936, 472).

⁴ "la gran mayoría de los matrimonios voluntariamente sin hijos están motivados por el individualismo, el competitivo consumo económico y una actitud infantil, autocomplaciente y frecuentemente neurótica hacia la vida" (traducción propia).

Quizá el aspecto más relevante de la investigación de Popenoe es que, desde una perspectiva cuantitativa, intentó determinar la proporción de matrimonios que involuntariamente no tenían hijos frente a la proporción de matrimonios que voluntariamente estaba en esta situación, a la par que se aproximó desde una perspectiva cualitativa a la comprensión de las causas de la esterilidad voluntaria, sin dejar de señalar la compleja tarea que representaba indagar y comprender las motivaciones de las personas.

Un par de años más tarde, en 1938, Robert René Kuczynski, demógrafo alemán asentado en Reino Unido, publicó *Childless Marriages*, un estudio en el que analizaba registros sobre esterilidad y fertilidad en diversos censos para conocer la incidencia de la falta de hijos (“childlessness”) ya fuera por esterilidad involuntaria o voluntaria (“involuntary or voluntary sterility”) (1938, 1).

Después de examinar y contrastar la información de cuarenta y dos censos de trece países, el autor concluyó que para estimar de manera correcta la frecuencia de matrimonios sin hijos era necesario considerar tanto la edad de las mujeres al momento de la unión como su duración. Sin estos datos, señaló Kuczynski, la simple clasificación por edad de las mujeres sin hijos, tal y como se encontraba en los censos analizados, resultaba irrelevante.

Siguiendo los razonamientos del autor, para comprender la falta de hijos era necesario conocer la edad de las mujeres al momento del matrimonio y la duración del mismo, pues si una mujer se había casado en una edad cercana a la menopausia o una vez ya iniciada era irrelevante saber su edad al momento del censo, en contraste con la importancia que tenía saber la edad en que había contraído matrimonio y la relación de este factor con el hecho de no tener hijos. Asimismo, si una mujer había contraído matrimonio por primera vez de manera reciente y aún no tenía hijos era difícil considerarlo como un caso de esterilidad voluntaria.

Acorde con la época, en la cual las cuestiones de esterilidad y fertilidad eran pensadas como asunto de mujeres, un aspecto crítico de este estudio es que el autor se propone estudiar a los matrimonios sin hijos a partir de información únicamente referida a la fertilidad de ellas, a diferencia del enfoque de Popenoe (1929). Un segundo aspecto crítico es que el autor deduce, sin mayores explicaciones, que si una mujer casada a temprana edad (antes de los veinticinco años) pasaba diez años sin tener hijos entonces era un caso de esterilidad involuntaria, mientras suponía que si el matrimonio era a edad posterior, pero aún en edad fértil, y transcurrían diez años sin tener hijos, entonces era un caso de esterilidad voluntaria en el que cabría presumir prácticas anticonceptivas.

Por otro lado resulta interesante notar la importancia que el autor daba, si el censo contenía la información pertinente, a correlacionar la esterilidad con el nivel educativo de las mujeres y con la actividad principal del marido. Kuczynski apuntó a cierta relación entre permanecer sin hijos voluntariamente, mayor nivel educativo en las esposas y trabajos de perfil profesional en los esposos, aspecto en el que es posible señalar coincidencias con Sneden (1929) y Popenoe (1936).

Este estudio, a pesar de ser sólo cuantitativo, señaló un aspecto importante de lo que serían las investigaciones posteriores sobre los matrimonios y las mujeres que voluntariamente no tienen hijos: la perspectiva de que no sólo la edad, el estatus marital y la conducta reproductiva brindan información para comprender el fenómeno, sino que se trata de una situación vital relacionada con otros factores sociales.

La investigación de Clyde Kiser, publicada en 1939, propuso un marco más amplio para la comprensión de este fenómeno. A partir de una encuesta a 2,250 matrimonios en Nueva York se propuso conocer en qué grado la falta de hijos era voluntaria y en qué grado se debía a una incapacidad física. Para el autor el término esterilidad era relativo y no en todos los casos había una línea que separara tajantemente la falta de hijos voluntaria de la involuntaria: "There is not in all cases a clear line of demarcation between voluntary and involuntary childlessness, and there is a

small but constant passage of childless women from the former into the latter category⁵ (Kiser 1939, 525).

Adicionalmente, en su perspectiva fue novedosa la distinción de otros dos tipos de parejas: las que por el momento no tenían hijos pero querían tenerlos en el futuro y las que no tenían hijos porque estos ya habían dejado el hogar familiar. En otras palabras, el autor incorporaba implícitamente el momento de la vida reproductiva como un factor para la comprensión del fenómeno.

Kiser se propuso conocer las prácticas anticonceptivas, la actitud ante la ausencia de hijos y si las parejas habían buscado consejería médica, tanto de quienes aun queriéndolo no habían tenido hijos durante el matrimonio como de quienes no los habían querido ni tenido y decían querer permanecer así. Su intención era determinar los aspectos voluntarios e involuntarios en la situación de estas parejas. Para el autor la conjunción de diez años de unión sin usar métodos anticonceptivos, sin tener hijos y la búsqueda de atención médica eran indicativo de una situación involuntaria, mientras que una configuración diferente mostraría distintos grados de voluntad para tener o no tener hijos.

Si bien no puede afirmarse que durante estas primeras décadas del siglo XX la falta voluntaria de hijos fue un tema cardinal en las ciencias sociales, las investigaciones que lo abordaban central o tangencialmente permiten dar cuenta de la inquietud por el fenómeno y de los cambios sociales del contexto en que ocurría.

Es el caso del artículo de Francois Lafitte, publicado también en 1939. Para este autor el control de la natalidad estaba marcando una época distinta, la de ser madre o padre voluntariamente: "the development of birth-control seems to have brought us to the threshold of a new epoch in social

⁵ "no existe en todos los casos una clara línea de demarcación entre la falta voluntaria de hijos y la involuntaria y hay un pequeño pero constante paso de mujeres sin hijos de la primera a la última categoría" (traducción propia).

history - the epoch of voluntary parenthood⁶", a la par que consideraba la esterilidad como una invención de las clases altas con efectos indeseables: "the upper-class 'invention of sterility', with its qualitatively undesirable effects, may spread to all classes in the community, and bring quantitatively undesirable effects in its train⁷" (1939, 275).

En este texto, de corte eugenésico como el de Snedden (1929) y escrito en un contexto en el que el descenso de la tasa de natalidad también se había convertido en una preocupación para Reino Unido, el autor analizaba el uso que las familias de clase trabajadora hacían del seguro de desempleo en ese país y el impacto que los factores económicos tenían sobre la decisión de tener o no tener hijos.

El objetivo último de Lafitte era realizar recomendaciones para la elaboración de políticas poblacionales orientadas a fomentar la maternidad y paternidad voluntarias pero dentro de márgenes que permitieran detener la reproducción de la pobreza. Según el autor, fomentar que la gente considerara la cantidad, el espaciamiento y el momento de tener hijos no debía transformarse en la ausencia deliberada de estos a causa de las aparentes ventajas de no tenerlos. Al mismo tiempo las políticas de población debían asegurar que el deseo de tener hijos no se viera frustrado por las limitaciones económicas.

Es de llamar la atención que ya en esa época, finales de los años 30, Lafitte señalara dos elementos que las investigaciones retomarían en décadas posteriores: las ventajas o desventajas de no tener hijos y que una de las razones para no tenerlos pudieran ser las limitaciones económicas.

En la siguiente década la intención de posponer la llegada de los hijos o definitivamente permanecer sin ellos continuó presente en la producción intelectual. Por ejemplo, puede observarse en la obra

⁶ "el desarrollo del control de la natalidad parece habernos llevado al umbral de una nueva época en la historia social: la época de la paternidad voluntaria" (traducción propia).

⁷ "la 'invención de esterilidad' de la clase alta, con sus efectos cualitativamente indeseables, puede extenderse a todas las clases en la comunidad y traer efectos cuantitativamente indeseables consigo" (traducción propia).

teológica de Farrell, en la que se advierte de la inmadurez y futilidad de la relación marital sin un hijo (1942); en la segunda investigación que Popenoe realizó sobre el tema (1943) o en los juicios de valor sobre el deber ser de un matrimonio en las reflexiones escritas por Cuber (1949).

Hacia los años 50, con el *baby boom*⁸ en marcha, las publicaciones académicas sobre el tema parecieron menguar y la intención de permanecer sin hijos, aunque continuó siendo censurada, dejó de verse con alarma demográfica. La crisis económica de 1929 había pasado, así como las Guerras Mundiales y se vivía una época de reconstrucción, de búsqueda de paz, estabilidad y prosperidad económicas y como Morgan (1991) explica, hay factores relacionados con el incremento de nacimientos en esta época: matrimonios más jóvenes, padres más jóvenes con mejores condiciones económicas y programas de aliento y soporte a las familias.

Entre los documentos de la época se encuentra *Culture and Human Fertility*, un estudio editado por Frank Lorimer y publicado por UNESCO en 1954 con el objetivo de comprender la relación entre cultura y fertilidad, en el que Lorimer comenta lo siguiente: “relatively few couples in contemporary societies desire to remain childless or to have only one child⁹” (1954 B, 205).

Cabe comentar que en este texto se menciona la expresión “involuntary childlessness” (falta de hijos involuntaria) como la preferida por la *Royal Commission on Population* del Reino Unido en lugar del término “sterility” (esterilidad) (1954 A, 300), lo que da cuenta de la incorporación de la distinción entre esterilidad voluntaria e involuntaria en los ámbitos especializados.

En el mismo tenor que Lorimer, los autores de *Family planning, sterility and population growth* (Freedman, Whelpton y Campbell 1959) estimaban, hacia el final de la década, que en Estados

⁸ En la historia y la demografía de Estados Unidos se denomina *baby boom* al periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, del año 1946 a 1964, caracterizado por el notable incremento en la tasa de natalidad y el largo periodo en que se sostuvo (Colby y Ortman 2014).

⁹ “relativamente pocas parejas en las sociedades contemporáneas desean permanecer sin hijos o tener un solo hijo” (traducción propia).

Unidos había menos parejas que querían permanecer sin hijos, que no reportaban impedimentos en la fecundidad y que usaban anticonceptivos consistentemente, en comparación con datos disponibles de 1927:

Childlessness now results mainly from fecundity impairments. Few of our couples with no fecundity impairment will be voluntarily childless, that is, will deliberately avoid having any children throughout their married life. Some of the couples married more recently have postponed starting their families for various reasons, but definitely plan to have one or more children later¹⁰ (Freedman, Whelpton y Campbell 1959, 46).

¿Cómo se interpretaba esta información? El autor de una reseña sobre el libro en cuestión concluía que la falta voluntaria de hijos se había vuelto insignificante entre las parejas casadas (E. Grebenik 1960, 294) y en consonancia otro reseñador afirmaba que la infertilidad involuntaria había prácticamente desaparecido en el país (Westoff 1960, 205).

Acorde con esta perspectiva, la falta voluntaria de hijos era mencionada como un problema de orígenes psicogénéticos (Jensen 1966), una práctica relativamente excepcional (Gallagher 1967), casi desaparecida (Taeuber 1967), irrelevante para comprender la fertilidad planificada (Ryder y Westoff 1969) e inaceptable (Lederberg 1970)¹¹.

Recapitulando, es posible sintetizar lo expuesto en cinco ideas centrales. En primer lugar, que los términos *childless* y *childlessness* con los cuales se hace referencia a este fenómeno en la literatura

¹⁰ “La falta de hijos ahora es resultado principalmente de impedimentos en la fecundidad. Pocas de nuestras parejas sin impedimentos de fecundidad permanecerán voluntariamente sin hijos, es decir, evitarán deliberadamente tener hijos durante toda su vida de casados. Algunas de las parejas casadas más recientemente han pospuesto el inicio de sus familias por varias razones, pero definitivamente planean tener uno o más hijos después” (traducción propia).

¹¹ Sobre los estudios de la época cabe mencionar la investigación realizada por Kunz y Brinkerhoff (1969). Éste incluía en el análisis de la falta de hijos otros factores además de la edad de las esposas y la duración del matrimonio, como la raza. Estos autores distinguían la falta voluntaria de hijos de la involuntaria y aunque las conclusiones finales de su estudio no podían presentarse bajo esta distinción, debido al tipo de información con que contaban, sí concluían que la falta de hijos era mayor entre la población no-blanca, contrario a la creencia generalizada hasta entonces.

académica de lengua inglesa son términos comunes, no necesariamente utilizados como conceptos. Segunda, que existen indicios de que hacia fines del siglo XIX y principios del XX había parejas que utilizaban los métodos anticonceptivos disponibles no sólo para decidir el número de hijos y el espaciamiento entre ellos, sino para intentar permanecer sin hijos. En tercer lugar, que ya en la literatura académica de la segunda década del siglo XX comenzó a distinguirse entre quienes no tenían hijos de manera voluntaria de quienes no los tenían por causas involuntarias, generalmente asociadas a la infertilidad. Cuarta, que hasta antes del *baby boom* hubo en Estados Unidos una preocupación por el descenso en la tasa de nacimientos en las mujeres blancas educadas, que el fenómeno se asociaba a parejas que decidían permanecer sin hijos y que una vez iniciado el *baby boom* esta preocupación pareció menguar. Por último, que esta elección se veía con reprobación en el ámbito de las ciencias sociales, que buscaban comprender las causas del fenómeno y advertir sobre sus efectos perniciosos.

Del childless al childfree

Ahora bien, una vez realizada la revisión de la literatura de lo que pueden considerarse los antecedentes del tema, la siguiente etapa consistió en revisar las investigaciones realizadas de manera más contemporánea en el contexto de los años 70.

Park señala que existen varios términos utilizados tanto por académicos y activistas como por quienes voluntariamente no tienen descendencia para referirse a la elección de no ser madres o padres. Esta infinidad de términos incluiría “voluntarily childless” (voluntariamente sin hijos), “intentionally childless” (intencionalmente sin hijos), “childless by choice” (sin hijos por elección) y “childfree” (libre de hijos)¹². Al respecto, la autora realiza la siguiente precisión: “The choice of term may reflect scholarly conventions of objectivity, personal identity constructions, or political positions that proactively respond to pronatalism”¹³ (Park 2005, 399).

¹² Traducciones propias.

¹³ “La elección del término puede reflejar convenciones académicas de objetividad, construcciones de identidad personal o posiciones políticas que responden proactivamente al pronatalismo” (traducción propia).

Desde el punto de vista de Park, algunos investigadores, activistas y personas prefieren el término *childfree* con la intención de enfatizar una experiencia que es positiva en vez de acentuar el sentido de pérdida o deficiencia que consideran implícito en el término *childless*. No obstante, señala también que otras personas rechazan el término porque les resulta “artificial” o porque refuerza los estereotipos sobre la aversión a las y los niños (Park 2005, 399).

A diferencia de lo referido por Taylor (2003), quien ubica el uso “temprano” del término *childfree* en el final de la década de los 80 y principio de los 90, es posible establecer que esta noción se hizo presente en discusiones sobre la falta voluntaria de hijos al menos desde la primera mitad de la década de los 70.

Un antecedente en el uso del término puede encontrarse en los documentos del *Meeting of the Population Association* de 1964, donde se utiliza para hacer referencia a los años en que una pareja permanecía sin hijos después de casarse.

En el contexto del feminismo norteamericano de los años 70 el significado y uso del término *childfree* no estuvo libre de debate. Por ejemplo, en un par de números del periódico feminista *Off Our Backs* del año 1974 está registrado un intercambio de opiniones entre colaboradoras y lectoras sobre las diversas implicaciones y significados de la falta voluntaria de hijos y del término *childfree*: mientras para unas es una palabra que reivindica la elección de vivir sin hijos porque en su construcción gramatical elimina la connotación de falta o ausencia, para otras subraya el cariz negativo que conlleva la responsabilidad de la maternidad y la crianza de los hijos sin implicar una reflexión crítica acerca de la desigual división sexual del trabajo en el ámbito doméstico y de la crianza (Diane 1974, Davis 1974, Hoffnung y Loving 1974).

De 1974 data también el que parece ser el primer documento académico que recoge el término: “The decision to remain childfree: An exploration into a variant family form” un documento presentado por

Ellen Nason y Margaret Poloma en la *Annual meeting of the North Central Sociological Association*. Estas autoras publicarían posteriormente *Voluntarily Childless Couples: The emergence of a Variant Lifestyle* (1976).

Es en este contexto también en que las investigaciones comienzan a concentrarse en las mujeres como la unidad de análisis, distinguiéndose de las investigaciones que hasta entonces indagaban sobre las personas sin hijos sin considerar su sexo o bien indagaban sobre las parejas sin hijos aun cuando utilizaban información únicamente basada en el comportamiento reproductivo de las mujeres.

A partir de la segunda mitad de los años 70, como señala Sharon Houseknecht (1987), comienzan a producirse de manera acelerada investigaciones sobre el tema. En el estudio realizado por esta autora sobre la literatura hasta entonces existente, publicado en 1987, registra que 10 de las 47 investigaciones realizadas hasta ese momento habían sido divulgados antes de 1975. De hecho, 9 fueron publicados entre 1970 y 1974. Anteriores a ese periodo Houseknecht cita a Popenoe (1936, 1943) pero no menciona a Kuczynski (1938) ni a Kiser (1939).

Houseknecht se propone definir tanto conceptual como operacionalmente lo que significa “voluntary childlessness” (falta de hijos voluntaria) y revisar la literatura hasta entonces existente, para lo que se centra cinco aspectos: las tendencias y la incidencia del fenómeno; las motivaciones para permanecer sin hijos; las correlaciones existentes con el estatus “sin hijos”; los elementos implicados en la decisión de permanecer sin hijos y, finalmente, cómo se siente la sociedad acerca de la falta voluntaria de hijos y cómo las parejas que permanecen así lidian con su “estatus anormal” (“deviant status”) (1987, 369).

Para comenzar, esta autora establece que el término *childlessness* se refiere simplemente, como acotamos al inicio, a la ausencia de hijos y señala que existen básicamente dos tipos: la voluntaria

y la involuntaria, cuya distinción se basa en las motivaciones. Asimismo, se cuestiona si las personas que prefieren no tener hijos son las mismas que no pueden tenerlos a pesar de que querrían.

Houseknecht señala también que además de la elección hay dos factores que deben considerarse al definir si la falta de hijos es voluntaria. El primero es la intención futura. Las personas que posponen el momento de tener hijos pueden considerarse a sí mismas o ser consideradas como personas sin hijos pero solo de manera temporal y en las investigaciones no deberían confundirse con quienes desean permanecer y permanecen sin hijos.

El segundo elemento sería el grado de compromiso con el intento de permanecer sin hijos. La autora señala que un individuo puede manifestar deseo de mantenerse sin hijos y al mismo tiempo tener un grado bajo de certeza al respecto. Como referente, Houseknecht cita la tipología de la investigación publicada por Nason y Poloma (1976): las personas irrevocablemente comprometidas (“irrevocably committed”), las fuertemente comprometidas (“strongly committed”), las razonablemente comprometidas (“reasonably committed”) y las comprometidas con reservas (“committed with reservations”) (1987, 370).

Para esta autora la combinación entre elección y permanencia es el factor que sirve para distinguir la falta voluntaria de hijos de situaciones distintas que define de la siguiente manera: la ausencia de hijos debida a problemas en la fecundidad; posposición del momento de tener hijos o la incertidumbre sobre si tenerlos o no. En este sentido Houseknecht es tajante al separar a quienes posponen y a quienes tienen incertidumbre de quienes no tienen hijos de manera voluntaria. De esta manera incorpora una perspectiva similar a Kiser (1939), quien vincula la relación entre diferentes aspectos ligados a la decisión.

Houseknecht considera que al conceptualizar la ausencia voluntaria de hijos es posible definir dos tipos de personas. Retomando a Veivers (1973), a su propia tesis de maestría y a dos artículos posteriores (1977 y 1979) señala que existen quienes toman esta decisión a edad temprana e incluso

antes del matrimonio y quienes llegan a ella a través de una serie de posposiciones posteriores al casamiento. Llama a las primeras “articuladoras tempranas” (“early articulators”) y a las segundas “postergadoras” (“postponers”) (1987, 370). La autora apunta críticamente que en el resto de investigaciones realizadas hasta entonces la falta voluntaria de hijos ha sido tratada de manera indiferenciada.

Respecto de la definición operacional de la ausencia voluntaria de hijos, Housekchnecht distingue tres características que conforman el criterio comúnmente aplicado en las investigaciones realizadas hasta entonces: que al momento de la investigación las personas participantes no tuvieran descendencia biológica; que no esperaran tenerla en el futuro y que no tener hijos haya sido una “intención” (“intention”) o una “decisión” (“choice”) (1987, 370).

A lo anterior añade otros criterios que, aunque habían sido aplicados con poca frecuencia, identifica como importantes en la definición operacional: descartar razones biológicas y genéticas; descartar la existencia de hijas e hijos que no sean “propios”, esto es, que sean de la pareja o que pudieran ser adoptados; medir el grado de certeza de quienes manifiestan la intención o decisión de permanecer sin descendencia, de modo que quienes muestren altos grados de incertidumbre puedan ser considerados en una categoría distinta de la “voluntary childlessness” (falta de hijos voluntaria); a este último criterio, la autora añade el de la duración del matrimonio, señalando que mientras más largo sea este sin haber tenido ni deseado descendencia puede considerarse que es más grande su compromiso con un estilo de vida que no incluye hijos; finalmente, agrega que la edad de las mujeres es importante al considerar su grado de compromiso con esta intención o decisión, pues mientras más cercanas se encuentren al final de su vida reproductiva y consideren que van a permanecer así es más probable que así sea, en comparación con mujeres más jóvenes a quienes quedan más años de vida fértil por delante (1987, 370, 372).

En síntesis, señala Housekchnecht, la permanencia y la elección son los dos criterios utilizados por quienes realizan investigación sobre el tema como los componentes clave para definir la falta voluntaria de hijos (1987, 370).

Posterior a Housekchnecht, Bulcroft y Teachman publicaron en 2004 otro estudio sobre el tema, incluyendo también una revisión sobre la literatura hasta entonces existente y establecen que la investigación y teoría sobre la ausencia de hijos ha transcurrido por cuatro etapas. La línea de desarrollo presentada en el apartado anterior coincide en algunos puntos con la elaborada por estos autores.

Bulcroft y Teachman (2004) datan los primeros estudios en los años 30 e indican que el fenómeno era considerado como una desviación y una anomalía y que las personas sin hijos eran consideradas como egocéntricas e infantiles, refiriéndose básicamente a la investigación de Popenoe (1936, 1954). La segunda etapa estaría centrada en la preocupación sobre las consecuencias demográficas negativas que traería consigo la falta de hijos y en la indagación de las motivaciones expresadas tanto por mujeres como por hombres, enfocándose en las motivaciones económicas. En la tercera etapa, correspondiente a los años 70 y principio de los 80, la investigación se desarrolló bajo la perspectiva de los estilos de vida alternativos, poniendo especial atención en cómo podrían construirse matrimonios más allá de las normas sociales tradicionales; Bulcroft y Teachman consideran que estas investigaciones, mayoritariamente cualitativas, fueron producto de la segunda ola del feminismo y que su principal objetivo fue demostrar la viabilidad de las familias “child-free” (libres de hijos), citando a Nason y Poloma (1976) y a Veevers (1973, 1980) como referencias. Finalmente, señalan que a partir de 1990 los esfuerzos se enfocaron en realizar investigaciones cuantitativas que pudieran resultar en estudios representativos, así como en ampliar la comprensión de quienes viven sin criar hijos (2004, 116).

En cuanto a la definición de “childlessness”, Bulcroft y Teachman señalan que se refiere a la ausencia de hijos, ya sea por intención, en cuyo caso se dice que es voluntaria, o por circunstancia, a la cual le llaman involuntaria (2004, 117).

Estos autores también reflexionan cuatro aspectos de los estudios hasta entonces realizados. Primero, que la mayoría tienen un enfoque individual, generalmente en las mujeres, dejando de lado la dinámica que suele involucrar a dos personas en esta situación (2004, 117).

Segundo, que resulta impreciso distinguir la ausencia de hijos por elección de la que es producto de las circunstancias. Por ejemplo, se preguntan si debe considerarse una razón biológica o una elección si una pareja, ante un diagnóstico de infertilidad, decide no llevar a cabo largos y costosos procesos para lograr un embarazo; se preguntan también si debe considerarse una circunstancia biológica o una elección cuando una pareja pospone durante largos años la búsqueda de un embarazo, a sabiendas de que esto reduce las posibilidades de procrear (2004, 117).

El tercer aspecto es que los estudios sobre la ausencia de hijos deberían evaluar tanto la intención como los resultados y señalan que, según diversos autores, para clasificar a una persona como alguien que voluntariamente no ha tenido hijos debería tanto tener la intención como cumplirla. Ahora bien, Bulcroft y Teachman consideran problemático realizar esta clasificación a edades tempranas debido a que las personas van reconsiderando sus expectativas. Exponen también que otra perspectiva al respecto es la de Rovi (1994) quien señala que la intención de no tener descendencia es significativa en sí misma pues modela los estilos de vida independientemente de que en el futuro se tenga o no (2004, 117).

Finalmente, Bulcroft y Teachman recuperan uno de los criterios de Houseknecht (1987): el grado de compromiso que las personas tienen con su intención de permanecer sin descendencia. Discrepan, sin embargo, de la clasificación que esta autora hace sobre la temporalidad de quienes no tienen hijos: temporal o permanente y argumentan que la clasificación “articuladoras tempranas” o

“postergadoras”, tanto de Housekchnet (1987) como de Veevers (1980), resulta más útil en virtud de los diferentes factores y experiencias en relación con la ausencia de hijos. Bulcroft y Teachman señalan también como útil la clasificación de Gillespie (1999) “decisoras pasivas” o “activas”.

La investigación en América Latina y México

Si bien son numerosas las estadísticas e investigaciones sobre la maternidad, existen menos aproximaciones al fenómeno de las mujeres que no se reprodujeron biológicamente, sin que la infertilidad haya sido la causa y que permanecen sin hijos. Es en Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Alemania y Austria, principalmente, donde se han desarrollado la mayor cantidad de estudios académicos al respecto. Por el contrario, en América Latina en general y particularmente en México estas investigaciones parecen ser escasas. Posiblemente la falta de un referente concreto en el lenguaje, una designación específica o un concepto delimitado dificultaron la búsqueda en la literatura académica.

Aunque en lengua inglesa existen varios términos para designar la ausencia voluntaria de hijas e hijos, como se expuso anteriormente, no sucede así en América Latina. En *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Marcela Lagarde daba cuenta de la dificultad de nombrar, conceptualizar y comprender esta vuelta de tuerca en la identidad de las mujeres:

En nuestra cultura resulta de tal manera impensable que una mujer no tenga hijos, que no existe un concepto para designar el hecho y es necesario describirlo (...) Es concebido como una mutilación de la mujer (...) Si la mujer no tiene hijos de manera voluntaria, ha cercenado una parte de su ser, se la concibe como castrada (2003, 416).

La referencia más temprana hallada en la revisión de la literatura es de un libro publicado en 1962, en que se presentaron los resultados de una encuesta sobre fertilidad realizada en Santiago de Chile. Tabah y Samuel (1962) reportaron que fenómenos de la fertilidad diferencial de países desarrollados eran observables en Santiago y señalaron que la falta voluntaria de hijos era mayor en el estrato acomodado y educado de la población que entre la población pobre y sin educación.

En México la investigación sobre el tema se encuentra aparentemente aún en estado exploratorio y pertenece, sobre todo, al ámbito de trabajos académicos para la obtención de grado.

En *Las mujeres ante los espejos de la maternidad*, Ávila (1996) desarrolla una investigación antropológica con perspectiva feminista y se plantea analizar a las mujeres que decidieron no tener hijos en comparación con los referentes socioculturales de la maternidad. Ávila se plantea estudiar a mujeres nacidas en la década de los 50 que decidieron no tener hijos y que son cercanas al movimiento feminista, lo cual marca una perspectiva particular a la investigación pues parte de dos premisas: que estas mujeres lo decidieron así y que es una manera de cuestionar los mandatos de la feminidad. El contenido de la tesis se basa, centralmente, en la recuperación de los testimonios de las entrevistadas.

Ser mujer sin hijos y no morir en el intento, de Ezcurdia (2005), está escrita desde las perspectivas de la psicología social y los estudios de género. Ella estudia un grupo de seis mujeres, cuatro de las cuales decidieron no tener hijos y dos que han pospuesto la maternidad pero manifiestan querer tener hijos. Ezcurdia se plantea estudiar la confrontación de las mujeres que deciden no tener hijos con lo que ella llama el ideal materno y concluye elaborando una hipótesis sobre la posición ética que estas mujeres desarrollan frente a los mandatos de género, retomando los planteamientos de Foucault. La conclusión general de la autora es que estas mujeres logran articular su identidad como mujeres sin hijos estableciendo una negociación frente al mandato cultural imperante que vincula la feminidad a la maternidad, sin por ello llegar a desmontar esta noción.

Finalmente, en la investigación desarrollada por Ramírez (2013), *Una aproximación sociocultural a la no-maternidad voluntaria*, se entrevista tanto a mujeres en etapa reproductiva como a mujeres que ya la han concluido. Uno de los principales hallazgos es que las mujeres entrevistadas argumentaron haber decidido no tener hijos porque su trabajo les impedía dedicarse de tiempo completo a la crianza, situación que ellas consideraban como ideal. Sin embargo es posible que este hallazgo esté permeado por el hecho de haber seleccionado la muestra de informantes mediante la técnica de bola

de nieve, lo que pudo dar lugar a que este argumento fuera compartido entre las entrevistadas durante el proceso de investigación, es decir, cabe reflexionar sobre la posible contaminación de información.

II. Planteamiento del Problema y Metodología

Contexto

A partir de los cuestionamientos del movimiento feminista de los años 70 acerca del papel social de las mujeres y la consigna “lo personal es político”, las circunstancias que hasta entonces se consideraban como inherentes a la vida privada fueron señaladas como un asunto social, sostenido y reproducido por valores culturales y relaciones de poder que colocaban a las mujeres en posición de subordinación frente a los hombres.

Estela Serret señala que la reivindicación del control sobre el propio cuerpo fue la manera en que las feministas de esa época enfocaron la autonomía de las mujeres (2008). Esta reivindicación se tradujo en luchas contra la violencia sexual y pro legalización del aborto y condujo a la reivindicación de derechos sexuales y reproductivos.

En este contexto, desde el feminismo primero y la perspectiva de género después, la maternidad ha sido discutida y puesta bajo análisis, cuestionando la relación entre el componente biológico de la reproducción y la construcción sociocultural que se hace de ella.

En México los cambios en la reproducción de la población permiten constatar que en algunos sectores de la población mexicana las mujeres han modificado paulatinamente sus decisiones respecto de la edad en la que son madres por primera vez y de la cantidad de hijos que tienen. Por ejemplo, mientras que a mediados de los años sesenta el promedio de hijos por mujer era de 7.3, el máximo histórico registrado, en el año 2009 el promedio fue de 2.1 hijos (CONAPO 2009) y en 2015 descendió a 1.7 (INEGI 2016).

No sólo el uso de anticonceptivos ha incidido en este cambio, sino también el acortamiento de la vida reproductiva de las mujeres. Dicho en otras palabras: en algunos sectores las mexicanas comienzan a tener hijos a edades cada vez más avanzadas, tienen pocos hijos y dejan de tenerlos a edades más tempranas (Sánchez 2003).

En este contexto de cambios en los patrones de reproducción se ubica la existencia de mujeres contemporáneas que permanecen voluntariamente sin descendencia¹⁴. Saber cuánta es la población en esta circunstancia es problemático debido a varios factores. En primer lugar, la edad: el que una mujer con capacidad reproductiva no tenga descendencia en un momento dado no excluye que la tenga en un momento posterior y por tanto la “permanencia” sin hijas ni hijos se vuelve relativa. En la revisión de la literatura se estableció la importancia que Kuczynski (1938) y Popenoe (1936) le otorgan al factor etario al establecer en qué momento de su vida puede considerarse que una mujer unida ha permanecido sin hijos, mientras que para Houseknecht (1987) y Bulcroft y Teachman (2004) este factor es especialmente relevante cuando las mujeres aún tienen años de vida reproductiva por delante.

Un segundo factor, que también se precisó en la revisión de la literatura y especialmente en las investigaciones de Popenoe (1936), Kiser (1939), Houseknecht (1987) y Bulcroft y Teachman (2004), es la dificultad de establecer cuándo el no tener descendencia ocurre de manera voluntaria y cuándo de manera involuntaria. A este respecto Basten (2009) señala que las cifras que se conocen en diferentes países están referidas a la totalidad de la población de mujeres sin hijos, sin que haya manera de discernir si ha sido a causa de la infertilidad o por otras circunstancias. Considera además que la dificultad para conocer cuántas mujeres permanecen sin hijos por propia voluntad y para estimar las tendencias de crecimiento o disminución de esta población radica en las diferentes maneras en que se define operacionalmente y la variedad de fuentes de información estadística utilizadas para la estimación.

¹⁴ Es necesario precisar que a lo largo de la historia han existido mujeres sin descendencia no sólo a causa de la infertilidad, sino también por otras circunstancias socioculturales. Moreno (2013) puntualiza, por ejemplo, que históricamente hubo opciones de vida prestigiosas en las que se permitía socialmente a las mujeres no ser madres, como la vocación docente o monacal, pero señala que la diferencia con las mujeres contemporáneas sin descendencia radicaría en éstas que no necesariamente optan por una vocación de esta naturaleza y que pueden ejercer y disfrutar de su sexualidad.

En este orden de ideas, las nociones “decisión” y “voluntario” también son problemáticas. Además de las consideraciones expuestas en la revisión de literatura, pensemos el caso de una mujer que ha permanecido sin reproducirse porque estima que sus condiciones económicas o las de su contexto son limitantes, ¿puede afirmarse que ha permanecido sin descendencia porque lo decidió voluntariamente?

No obstante, resulta pertinente exponer algunas coordenadas de la información cuantitativa existente sobre mujeres sin descendencia. Basten señala que en Europa son entre el 20 y 30%, en tanto que en Estados Unidos, Japón y Australia estiman este porcentaje entre 15 y 20% (2009). Por su parte, Badinter (2011) apunta que entre 10 y 11% de mujeres en Francia no tienen hijas ni hijos y que las proyecciones demográficas no prevén mayores cambios, mientras que en Inglaterra esta cifra alcanza el 18%, en Italia es de 20%, en Austria representa 16% y entre 21 y 26% en Alemania. Así mismo la autora registra que en Estados Unidos este número es 20% y que un estudio realizado en Australia indica que al menos 19.7% de las mujeres en edad reproductiva permanecerán sin reproducirse, cifra similarmente estimada en Singapur y Tailandia; añade que en Japón, aun cuando no se conoce el número de mujeres sin hijas ni hijos existe una de las más bajas tasas de fertilidad, 1.3, que coincide con la de Alemania.

En la información estadística disponible en México¹⁵ también se encuentran dificultades de definición operacional relacionadas con la edad y con las circunstancias de las mujeres sin descendencia. Según el Consejo Nacional de Población, “los hogares [...] constituidos por una pareja sin hijos, en la que ambos cónyuges trabajan de manera asalariada y manifiestan no desear tener descendencia, tienen una presencia menor” (CONAPO 2010). En 2008 se estimaba que representaban el 3% del total de los hogares, pero esta cifra no incluía a las parejas de mujeres ni a las mujeres sin pareja.

Sin embargo, es posible conocer para cuántas mujeres el número ideal de hijas e hijos es “ninguno” y es posible saber cuántas mujeres no tienen descendencia según cada grupo de edad a partir de la

¹⁵ Disponible al momento de realizar la investigación.

edad fértil (15 años para el INEGI), aunque cabe precisar que no es posible conocer cuántas permanecen así por infertilidad, "voluntad" u otras circunstancias.

Según la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID) 2009, del total de mujeres sin hijos, entre 15 y 49 años de edad, el 8.3% declaró que idealmente no querrían tener hijos. Los términos en que la ENADID construye estos resultados son "distribución porcentual de las mujeres de 15 a 49 años según número ideal de hijos por número de hijos sobrevivientes", lo que resulta en que del total de mujeres "sin hijos" el 8.3% declaró que su "Número ideal de hijos" era "Ninguno" (INEGI-CONAPO 2011, 30). La siguiente tabla ilustra esta información:

Distribución porcentual de las mujeres de 15 a 49 años según número ideal de hijos por número de hijos sobrevivientes 2009							
Número de hijos sobrevivientes	Número ideal de hijos						
	Total	Ninguno	1	2	3	4	5 y más
Total	100.0	4.0	9.8	39.4	27.1	11.1	8.0
Sin hijos	100.0	8.3	14.1	48.6	20.2	5.6	2.2
1 hijo	100.0	2.3	19.1	46.1	24.5	5.3	2.5
2 hijos	100.0	1.6	4.4	51.4	27.3	10.9	4.2
3 hijos	100.0	1.3	4.4	13.6	55.2	15.2	10.0
4 hijos	100.0	1.1	2.5	22.5	8.5	46.1	18.6
5 hijos y más	100.0	1.4	1.4	13.6	19.0	9.0	53.4

Nota: La suma puede ser menor a 100 debido al no especificado.
Fuente: **INEGI**. Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica 2009. Tabulados básicos.

Por otra parte, del total de mujeres sin hijos, las que nunca han estado unidas son quienes mayormente manifiestan que no tener hijos es lo ideal, 8.3% frente a 2.6% de las exunidas y 1.5% de las unidas (INEGI-CONAPO 2011, 32). A continuación un cuadro que muestra dichos datos:

Distribución porcentual de las mujeres de 15 a 49 años por número ideal de hijos según condición de unión de la mujer 2009			
Número ideal de hijos	Unida	Exunida	Nunca unida
Total	100.0	100.0	100.0
Ningún hijo	1.5	2.6	8.3
1 hijo	6.1	11.5	15.6
2 hijos	34.3	38.7	47.8
3 hijos	31.5	26.7	19.9
4 hijos	14.6	11.2	5.4
5 hijos o más	11.3	8.9	2.2

Nota: La suma puede ser menor a 100 debido al no especificado.
Fuente: **INEGI**. Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica 2009.
Tabulados básicos.

Ahora bien, con la información estadística disponible no sería posible establecer de manera diacrónica cuántas de estas mujeres, al final de su vida reproductiva, han cumplido o cumplirán su expectativa de ningún hijo como su número ideal de descendientes.

En este sentido, uno de los criterios que pueden utilizarse para la definición operacional de este fenómeno es una mujer que no tuvo hijos por causas distintas a la infertilidad y que llegó al final de su etapa reproductiva, criterio también señalado por Bulcroft y Teachman (2004).

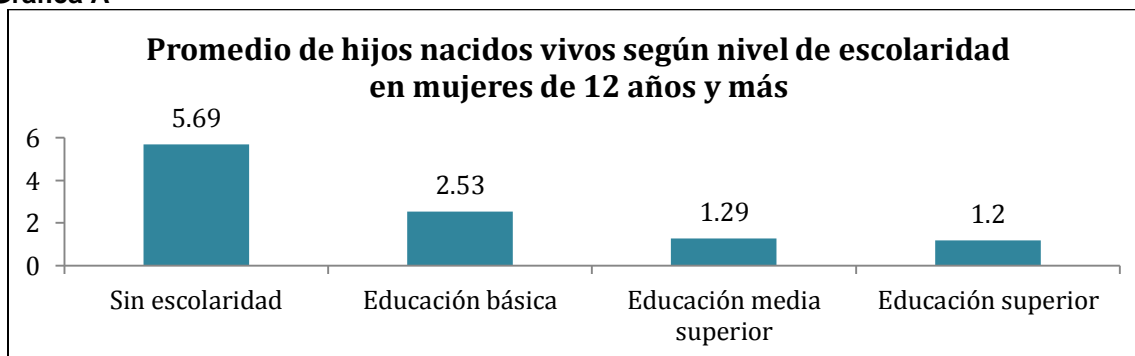
Sin embargo la determinación de este parámetro tampoco está exento de dificultades. Por un lado, la Organización Panamericana de Salud establece en su Glosario el inicio de la edad fértil en las mujeres de manera discrepante (en una definición señala los 12 y en otra los 15 años) aunque la edad de término está fijada en los 49 años¹⁶. Por otra, estadísticas recientes en México consideran al grupo de edad “De 50 y más años” en el registro del primer parto (INEGI 2011).

¹⁶ La Organización Panamericana de Salud es la oficina regional de la Organización Mundial de Salud, que a su vez es instancia de la Organización de Naciones Unidas. Esta definición, que es utilizada como criterio demográfico en censos, encuestas y artículos científicos nacionales e internacionales, requiere de corroboración en otras fuentes oficiales y/o especializadas. Organización Panamericana de Salud (2013).

Otra característica relevante al indagar sobre esta población es el nivel educativo. Algunos estudios ha señalado que mujeres con determinadas características son proclives a posponer el nacimiento del primer hijo, a reducir el número de hijos respecto de la media poblacional y a plantearse la opción de tener hijos o no tenerlos: mujeres con más años de escolaridad, con perspectivas de desarrollo profesional y que se perciben a sí mismas como menos estereotipadas en cuanto a los roles genéricos (Baber y Monaghan 1988; Hoffman y Levant 1985; Kuczynski 1938; Popenoe 1936; Schapiro 1980; Sneden, 1929).

En México, el promedio de hijos nacidos vivos según el nivel de escolaridad de la madre parece ilustrar este supuesto: a mayor nivel de escolaridad¹⁷, menor cantidad de hijos, como se observa en la Gráfica A.

Gráfica A

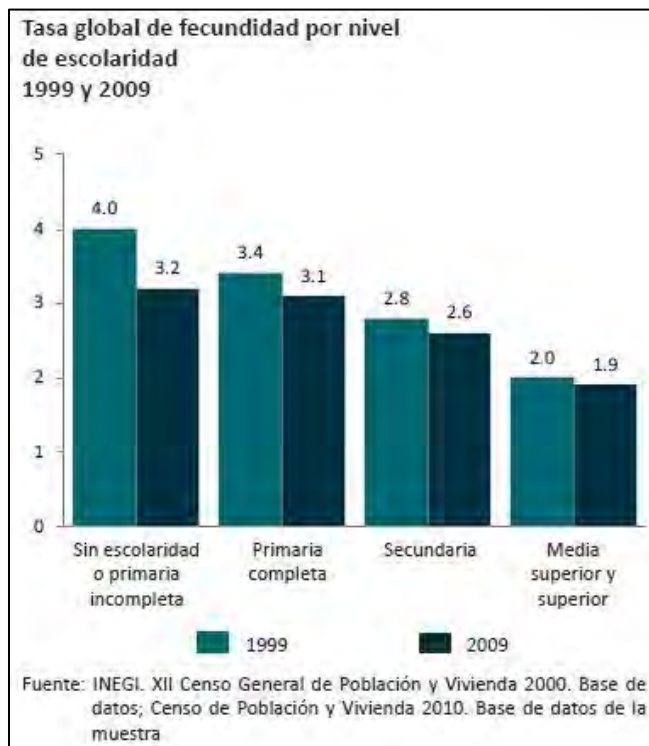


INEGI. Censo de Población y Vivienda 2010.

De manera similar, la Gráfica B (INEGI 2012, 17) permite mostrar esta relación entre escolaridad y comportamiento reproductivo: la información agrupa niveles educativos de manera que el mayor de los contrastes en la tasa global de fecundidad está dado, según datos de 2009, entre las mujeres con educación secundaria y el grupo de mujeres con educación media superior y superior.

¹⁷ INEGI define "Nivel de escolaridad" como la "distinción de las personas según el nivel de estudios más alto aprobado dentro del sistema Educativo Nacional o su equivalente" y los clasifica de la siguiente manera: sin escolaridad, educación básica (incluye preescolar o kínder, primaria incompleta o completa, secundaria incompleta o completa y estudios técnicos o comerciales con primaria terminada), educación media superior (comprende estudios técnicos o comerciales con secundaria terminada, preparatoria o bachillerato, y normal básica) y finalmente educación superior (categoría que contiene estudios técnicos o comerciales con preparatoria terminada, normal nivel licenciatura, profesional, maestría y doctorado) (INEGI 2013c).

Gráfica B



INEGI. Censo de Población y Vivienda 2010.

Finalmente, para complementar este somero panorama estadístico en México, la Ciudad de México es la entidad que presenta el menor promedio de hijos nacidos vivos por mujer y la que concentra el mayor porcentaje de mujeres sin hijos nacidos vivos en el país, seguido por los estados de Jalisco y México (INEGI 2013).

Definición operacional

Bajo estas consideraciones, la muestra representativa de esta investigación se formó con mujeres sin descendencia que concluyeron su etapa reproductiva, con escolaridad universitaria y residentes en la Ciudad de México, sin distinción de su elección erótico-afectiva y en estado civil indistinto, esto es, con o sin pareja o parejas, que cohabitaran o vivieran por separado, que fueran solteras, casadas, unidas, separadas, divorciadas o viudas.

Al enunciar “mujeres sin descendencia” se hace referencia a quienes han permanecido sin reproducirse y sin tener hijas o hijos mediante la subrogación de un vientre o la adopción. No se

incluye a mujeres imposibilitadas por la infertilidad para reproducirse, ni a las mujeres que optaron por una vocación en la que se establece explícitamente no tener descendencia, como continúa siendo el caso de las mujeres dedicadas a la vida religiosa.

Al respecto son necesarias algunas precisiones. Primero, se elige utilizar la noción “sin descendencia” en lugar de “sin hijos” porque de manera amplia incluye tanto a las hijas como a los hijos¹⁸. Segundo, se especifica que son “mujeres que han permanecido sin reproducirse” en vez de decir que “no son madres” pues se reconoce la posibilidad de que existan mujeres que sin haber procreado se reconozcan a sí mismas como madres simbólicas o ejerzan como madres con la descendencia de otras personas¹⁹; en esta lógica, para la conformación de esta muestra, además de los criterios ya señalados, se eligieron mujeres que no ejercieran de madres con hijas o hijos de sus parejas, coincidiendo así con uno de los criterios importantes presentados por Houseknecht (1987) para la definición operacional. Tercero, para la conformación de la muestra se buscó a mujeres que se identificaran a sí mismas como mujeres que habían elegido no tener descendencia; al mismo tiempo, a partir de lo revisado en Kiser (1939), Houseknecht (1987) y Bulcroft y Teachman (2004), se estableció que las nociones “decisión” y “voluntario” debían ser revisadas en el plano analítico más que ser asentadas *a priori* en la investigación como punto de partida.

Por otra parte, se consideró la pertinencia de estudiar a mujeres sin descendencia que habían concluido su etapa reproductiva, estableciéndose tentativamente la edad de 50 años y el inicio de la menopausia como el término de la vida reproductiva. Adicionalmente, se consideró también incluir a mujeres que hubieran elegido un método anticonceptivo definitivo. El hecho de que la reproducción

¹⁸ La reconceptualización de esta noción fue retomada de la tesis doctoral de Eréndira Serrano (2010): *La construcción social y cultural de la maternidad en San Martín Tilcajete, Oaxaca*.

¹⁹ En este sentido, si se considera una diferenciación tajante al estilo de Houseknecht, otro grupo de estudio lo constituirían las mujeres que en primera instancia no pueden reproducirse biológicamente y que deciden no recibir atención médica para la reproducción asistida o bien, que la reciben y al no resultar exitosa no optan por subrogar un vientre o por adoptar. Sin embargo, retomando a Kiser (1939) y a Bulcroft y Teachman (2004) no debe olvidarse la posibilidad de comprender las diferentes maneras en que se produce la situación de permanecer sin descendencia.

biológica ya no fuera posible para ellas permitió la comprensión del fenómeno desde una perspectiva distinta a la de las mujeres que aún pueden tener descendencia. Siguiendo lo propuesto por Houseknecht (1987) para la definición operacional, se cumplió así el criterio de elección y permanencia, o bien, en términos de Bulcroft y Teachman (2004), se eligió a mujeres que en un momento dado tuvieron la intención de no tener hijas/hijos y la cumplieron.

Así mismo, a partir de las observaciones de Baber y Monaghan (1988), Hoffman y Levant (1985); Kuczynski (1938), Popenoe (1936), Schapiro (1980) y Sneden (1929), se estableció como población específica de estudio a las mujeres con mayor nivel de escolaridad considerando la relación que los estudios señalados establecen entre los años de escolaridad y la posibilidad de que las mujeres se planteen la opción de tener descendencia o no tenerla.

Finalmente, tomando en cuenta el panorama estadístico en México, se eligió a mujeres residentes en la Ciudad de México por ser la entidad con el mayor porcentaje de mujeres sin descendientes en el país.

Metodología

Debido al incipiente estado de la investigación sobre este tema realizada en México, se consideró pertinente desarrollar este proyecto en el marco de las investigaciones de tipo exploratorio. Para Babbie (2010) las investigaciones exploratorias son esenciales cuando el objetivo es abrir nuevos caminos y por lo general sus resultados producen nuevos conocimientos sobre un tema de investigación.

Ahora bien, según este autor, el inconveniente más relevante de este tipo de estudios es que pocas veces responden de manera satisfactoria las preguntas de investigación y la razón de este inconveniente es la falta de representatividad, pues las personas estudiadas en una investigación exploratoria pueden no representar de manera típica a la población de interés. Sin embargo la

investigación exploratoria, señala Babbie, sí puede proporcionar pistas sobre las respuestas y puede sugerir qué métodos de investigación podrían proporcionar respuestas más concluyentes.

Teniendo en cuenta que el tema de esta investigación representa un terreno poco examinado en México, es posible considerar como un aporte el que este estudio exploratorio señale rutas potenciales a seguir en la búsqueda de comprensión del fenómeno.

Por otra parte, Stebbins (2001, 3) define la exploración en ciencias sociales de la siguiente manera:

Social science exploration is a broad-ranging, purposive, systematic, prearranged undertaking designed to maximize the discovery of generalizations leading to description and understanding of an area of social or psychological life. [...] The emergent generalizations are many and varied; they include descriptive facts, folk concepts, cultural artifacts, structural arrangements, social processes, and beliefs and belief systems normally found there²⁰.

En contraste con el enfoque confirmatorio de la investigación de corte positivista que busca probar o desechar hipótesis, Reiter (2013, 5) señala que la investigación exploratoria ofrece alternativas para la comprensión del mundo social. Al respecto dice:

They rest on an explicit recognition that all inquiry is tentative; that reality is, in part, socially constructed; that researchers are part of the reality they analyze; and that the words and categories we use to explain reality grow out of our own minds and not out of reality²¹.

Por otra parte, aun cuando fue pertinente encuadrar esta investigación bajo ciertos referentes estadísticos, lo cierto es que la información disponible no permite construir una mirada comprensiva

²⁰ “La exploración en las ciencias sociales es una empresa de amplio alcance, intencional, sistemática y preestablecida, diseñada para maximizar el descubrimiento de generalizaciones que conduzcan a la descripción y comprensión de un área de la vida social o psicológica. [...] Las generalizaciones emergentes son muchas y variadas; incluyen hechos descriptivos, conceptos populares, artefactos culturales, arreglos estructurales, procesos sociales y creencias y sistemas de creencias que normalmente se encuentran allí” (traducción propia).

²¹ “Se basan en un reconocimiento explícito de que toda investigación es tentativa; que la realidad es, en parte, socialmente construida; que los investigadores son parte de la realidad que analizan y que las palabras y categorías que usamos para explicar la realidad surgen de nuestras propias mentes y no de la realidad” (traducción propia).

sobre el fenómeno. En otras palabras, no permite comprender las circunstancias y significados de la decisión que estas mujeres realizan y su relación con las estructuras sociales y el tiempo histórico de nuestra sociedad.

Comprender, explicar e interpretar al sujeto social a través de la imaginación sociológica implica “la necesidad de saber el significado social e histórico del individuo en la sociedad y el periodo en que tiene su cualidad y su ser” (Mills [1959] (2012), 27).

En este sentido el interés central de la investigación fue comprender desde una perspectiva sociológica las circunstancias relacionadas con no tener descendencia en la trayectoria de vida de estas mujeres, entendida desde la perspectiva de Bourdieu como la “serie de las posiciones sucesivamente ocupadas por un mismo agente –o un mismo grupo– en un espacio en sí mismo en movimiento y sometido a incesantes transformaciones” (Bourdieu 1997, 82).

Por ello se eligió el método biográfico, lo cual implicó adoptar una perspectiva cualitativa y una posición epistemológica centrada en el acercamiento a la subjetividad para comprender las significaciones compartidas socialmente.

Martha Rojas señala que “la biografía (...) parece prometer esa mediación del acto a la estructura, de la historia individual a la historia social. Implica la construcción de un sistema de relaciones y la posibilidad de una teoría no formal, histórica y concreta de la acción social” (Rojas 2001, 181)

Dado que el objetivo fue comprender cómo las mujeres del estudio configuran su vida en relación con lo social, este método resultó apropiado porque considera al sujeto como “relevante para el análisis sociológico” pues permite, “a partir de la construcción de su narración”, la explicación e interpretación de la realidad social (Rojas 2001, 182).

Rojas señala que, en la perspectiva de Norman Denzin, existen dos géneros de lo biográfico: la historia de vida y el relato de vida. Éste último consiste en “la historia de una vida contada tal y como la persona la ha vivido”, en la que se examina la “percepción del informante acerca de su vida o una parte significativa de ella”, a diferencia de la historia de vida, que involucra otras fuentes de información documental e incluso otros relatos para construir la biografía del sujeto en cuestión (Rojas 2001, 185).

En este sentido, la investigación se basó en el género biográfico de relato de vida y permitió centrarse en la vida de las mujeres contada desde su propia perspectiva a través de la técnica de entrevista semiestructurada a profundidad.

El análisis de los datos y la codificación fueron guiados por los principios expuestos por Bogdan y Taylor (1994) en *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, específicamente en el Capítulo 6, “El trabajo con los datos”.

Pregunta y objetivos de la investigación

La pregunta que pretendió responderse a través de esta investigación fue la siguiente: ¿cuáles son las experiencias que configuran la situación de no tener descendencia en mujeres residentes en la Ciudad de México que ya han concluido su ciclo reproductivo?

El objetivo general de la investigación fue indagar los aspectos significativos del proceso mediante el cual las mujeres estudiadas llegaron a no tener descendencia.

Los objetivos específicos fueron, primero, identificar los hitos relacionados con no tener descendencia en las experiencias de vida de las mujeres estudiadas; segundo, describir los procesos mediante los cuales las mujeres llegaron a no tener descendencia y tercero, analizar cómo se configura la situación de no tener descendencia en las mujeres estudiadas.

Justificación

Anteriormente se señaló que este tema ha recibido escasa atención pues en México existen pocos desarrollos teóricos e investigaciones, incluso en el ámbito de los estudios de género, que den cuenta del fenómeno de las mujeres que han elegido no tener descendencia, y en ello se encuentra la principal relevancia de esta investigación.

En segundo lugar, su pertinencia social está vinculada a la mejor comprensión de los cambios tanto en la reproducción de la población en México como en la identidad de las mujeres.

Finalmente, su actualidad se enmarca en la discusión emergente en todas las disciplinas sociales sobre los diversos modelos de familia y sus repercusiones en los cambios sociales y culturales en nuestro país. En este orden de ideas, las mujeres que han elegido no tener descendientes forman parte de este nuevo panorama social, ya sea porque recién se visibilizan o porque responden a nuevas configuraciones sociales.

Guía de entrevista

A continuación se presenta la guía en que se basaron las entrevistas semiestructuradas a profundidad:

Encuadre biográfico²²

- Edad
- Estado civil
- Lugar de residencia
- Actividad
- Escolaridad

Familia

1. ¿Cómo estaba compuesta la familia en que te criaste? (Indagar sobre la organización familiar y las relaciones de género)

²² Cfr. Valles, 1999.

2. ¿Cómo estaba organizada en la proveeduría y en el trabajo doméstico? (Indagar sobre el trabajo doméstico y extradoméstico; la toma de decisiones y las relaciones de poder)
3. ¿Qué te dijeron que era ser mujer?

Educación

4. ¿Qué importancia le daban en tu familia a la educación? ¿Y a la formación universitaria?
5. ¿Por qué elegiste estudiar X?
6. ¿Cuál ha sido la relevancia de la educación en tu vida?

Trabajo

7. ¿Qué importancia le daban en tu familia al trabajo (remunerado)?
8. ¿Recuerdas qué te decían respecto de ser independiente económicamente?
9. ¿A qué edad te independizaste de tu familia?
10. ¿Cuál ha sido la relevancia del trabajo en tu vida?

Relaciones de pareja

11. ¿Cuántas parejas has tenido?
12. ¿Cuándo comenzaste tu vida sexual?
13. ¿Has usado anticonceptivos? ¿Cómo ha sido? (Indagar cuándo decidió usarlos, cuáles ha usado, influencia de la(s) pareja(s) en la decisión y uso)
14. (Si ha cohabitado) ¿Cómo han sido tus relaciones de pareja en la convivencia en casa? (Indagar sobre las relaciones de género, proveeduría, trabajo doméstico y toma de decisiones)
15. (Si ha cohabitado) ¿Cómo han sido tus relaciones de pareja en el ámbito de la reproducción? (Indagar sobre el uso de anticonceptivos, toma de decisiones, si se explicitó el tener o no hijos y cómo, quién planteó, cuáles fueron las posturas al respecto)

Decisión o situación: no tener hijos

16. (Si a lo largo de la entrevista no se ha hecho presente, preguntar directamente) ¿Cómo se dio en tu vida esta situación de no tener hijos? (Indagar si se trató de una decisión o una situación que se fue dando, si hubo reflexiones y cuestionamientos personales, si hubo circunstancias particulares relacionadas, si alguna de sus relaciones personales tuvo un peso importante en ello)

Otros ámbitos de socialización

17. -Si a lo largo de la entrevista no se ha hecho presente, indagar la posible influencia de otras relaciones personales significativas, además de la familia y la pareja, en la situación de no tener hijos: amigas/os, compañeras/os de escuela y de trabajo, profesoras/es, parientes, grupos políticos/feministas/OSC's (organizaciones de la sociedad civil).

Preguntas complementarias

18. No tener hijos ¿qué lugar ocupa en tu trayectoria?
19. ¿Qué te han dicho/qué te dicen al respecto? (Reacciones y relaciones familiares, qué te dicen sobre las consecuencias en la vejez)
20. ¿En tu familia hay otras mujeres que decidieron esto?
21. ¿Has influido en otras mujeres de tu familia para no tener hijos?
22. Para ti, ¿qué significa ser mujer?
23. ¿Desea agregar algo más a la entrevista?

III. Entrevistas

Consideraciones metodológicas

Encontrar mujeres interesadas en ser entrevistadas para esta investigación implicó una tarea ardua. En primera instancia compartí mi búsqueda de informantes en diversos espacios académicos del Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y encontré a un par de mujeres interesadas. Posteriormente algunas amigas, compañeras de estudio y conocidas de las primeras personas contactadas se comunicaron conmigo para manifestar su interés. En un tercer momento amplí la búsqueda de potenciales informantes a círculos más amplios de personas con antiguas compañeras de universidad y de trabajo, además de conocidas, colegas, amigas de familiares y amigas mías.

La mayor parte de mujeres que se ofrecieron como voluntarias, a través de contacto directo o de terceras personas, fueron mujeres que aún no concluían su etapa reproductiva. Del grupo de mujeres que cumplían con todos los criterios de la definición operacional y que en un principio se interesaron en realizar la entrevista sólo tres accedieron a que ésta se realizara y son los casos que a continuación se presentan.

En este sentido, esta investigación exploratoria se centró en tres relatos de vida que permitieron explorar casos de mujeres sin descendencia a partir de los cuales se proponen rutas potenciales para la comprensión del fenómeno.

Ana: Y por eso soy así, por eso

Entré en contacto con Ana a través de Paloma, una amiga de mi familia. Por medio de ella le hice llegar la propuesta de la entrevista y concertamos una llamada telefónica en la cual le expliqué los propósitos de la investigación. Aceptó con gusto participar y acordamos una cita inicial durante la cual se desarrolló la primera parte de la entrevista, al día siguiente realizamos la segunda.

El primer encuentro fue arduo porque las preguntas le resultaron confusas. También le resultó extraño que le preguntara sobre su vida personal y no directamente sobre el no tener descendencia. En esta parte de la entrevista, para Ana fue muy emotivo y conmovedor hablar sobre su madre y su infancia.

El segundo encuentro fluyó mejor porque tuve oportunidad de revisar la guía de entrevista y confrontarla con lo ya realizado, de modo que fue más fácil ubicar qué temas no se habían tocado y cómo debía abordarlos de manera más clara.

La experiencia de vida y los referentes de Ana resultan importantes en esta investigación porque permiten un contraste con los referentes de las otras entrevistadas. Mientras que ellas cuentan con un marco de referencia amplio para hablar de su experiencia, ya sea terapéutico o teórico, Ana se narra de una manera más llana. Para ella en general las cosas son como son, sin dar más vuelta y algunos de los temas abordados en la entrevista no habían sido motivo de su reflexión hasta entonces.

Encuadre biográfico

Ana tiene 61 años, nació en 1952 en la Ciudad de México. Dice que es “felizmente soltera” y considera que el estado civil “divorciada” ahora ya no existe. Ana es la segunda de tres en la línea de descendencia y tuvo dos hermanos varones.

Sus antecedentes familiares podrían ubicarse en la clase media de los años 50: su padre era dueño de una ebanistería, su madre trabajaba ocasionalmente con él y se dedicaba mayormente al cuidado del hogar y la familia. A la muerte del padre la situación económica y familiar se tornó difícil. Durante más de 10 años la madre fue la única proveedora hasta que el hijo mayor comenzó a trabajar.

Ana estudió la primaria y secundaria, después de un lapso la preparatoria y pasado otro tiempo estudió cuatro semestres de contaduría en la universidad. Comenzó a trabajar alrededor de los 18 años y su ámbito de desarrollo ha sido el del servicio público. Actualmente continúa trabajando como funcionaria en el área administrativa de una dependencia gubernamental.

En la entrevista cuenta haber tenido varios novios antes de casarse. Conoció al que sería su marido en la universidad y se casaron algunos años después. Ella planeó tener descendencia pasado cierto tiempo pero se divorció antes de concretarlo. Ana tuvo una pareja más con quien finalmente decidió no tener hijas ni hijos.

Ser mujer

En la perspectiva de Ana, cuando hace referencia a otras mujeres, lo esperable es que tengan pareja y descendencia. Realiza observaciones como “ni novio tiene”, que han llegado a determinada edad sin casarse o bien, ante el comentario de que no quieren tener hijos ella considera que deben “pensarlo muy bien”. Ana se casó a los 28 años en 1980, una época en la que casarse a esa edad era inusual²³ y durante los primeros años se propuso posponer el momento de tener descendencia²⁴.

Para Ana el trabajo doméstico es responsabilidad de las mujeres. En su experiencia la madre ponía “parejitos” a los hermanos y a ella a realizar labores domésticas; en su opinión, en una pareja hombres y mujeres deben “echarle las ganas” entre ambos. Sin embargo, considera las labores

²³ Considérese como referencia que en 1992 la edad media a la que las mujeres se unían por primera vez era 20 años. (INEGI 2001, 95)

²⁴ La perspectiva y la experiencia de Ana acerca del matrimonio y la descendencia serán desarrolladas más adelante.

domésticas y de crianza como las “muchas cosas que [hay que] hacer como mujer” y la referencia al involucramiento masculino sucede en términos de “ayuda” o “compañía”.

En este sentido, si una mujer no realiza trabajo doméstico es “floja”, aunque en su juventud esta situación ocurriera porque la madre la eximía de estas tareas debido a la jornada laboral que realizaba fuera de casa, o aunque suceda hoy día porque trabaja durante toda la semana y paga a una trabajadora del hogar para que lo hagan por ella. Ana piensa incluso que, en este aspecto específico, puede no considerarse mujer.

Sobre ello, refiere lo siguiente:

mujer para el quehacer ahí sí me vas a perdonar pero creo que no soy mujer porque va una señora todos los sábados, me da y me hace cualquier cosita ¿no?, me sacude y me aspira, lo que me haga es bueno, y a la lavandería pues llevo mi ropa, ¿cuánto puede ser mi ropa?, yo la lavo, me la lavan, la llevo en la mañana, en la tarde paso por ella y párale de contar, me la dan hasta dobladita, para eso sí, yo creo que no soy mujer, o soy muy floja o como trabajo pues me doy mis gustitos

La visión que ella tiene sobre el valor del trabajo doméstico puede definirse con la siguiente frase: “antes las mujeres no sabían nada qué hacer”, con la cual se refiere a que las mujeres no sabían trabajar, lo anterior supondría que el trabajo doméstico no es trabajo y que los saberes que se requieren para realizarlo no tienen ningún reconocimiento.

Ahora bien, tratándose del trabajo fuera de casa, Ana dice que nunca le ha gustado “estar de floja” y cuenta un momento concreto de su historia laboral en que continúan pagándole sin presentarse a trabajar²⁵ y aun así ella busca un empleo paralelo. Al preguntarle la importancia que ha tenido el trabajo en su vida refiere que ha sido muy importante y cree que ha sido así “porque si no tienes dinero no tienes nada pero también como que te sientes productivo ¿no?, aparte”.

²⁵ Después del sismo de 1985 la dependencia en la que trabajaba fue desalojada del edificio y mudada a otro inmueble. Anahí, por razones de espacio, parte del personal debía presentarse a trabajar mientras que el resto debía acudir sólo a firmar la entrada y salida.

En este mismo ámbito, el laboral, Ana dice sobre sí misma: “cuando una persona te da inmediatamente trabajo es porque lo reconoce y sabe cómo trabajas” Sin embargo ella sabe que “aunque seas muy inteligente, trabajes mucho”, obtener un ascenso es difícil si no se cuenta con un grado universitario; por esta razón ella comenzó a estudiar contaduría en la universidad, aunque no concluyó.

Ana también considera que si una mujer es bonita o tiene una relación con alguien influyente pueden darle una plaza y su experiencia le ha indicado que en la administración pública los ascensos se obtienen porque “ponen” a la gente o porque “le toca”. Ella mismo llegó a verse beneficiada con esta práctica.

A pesar de ser una mujer que demanda reconocimiento por su trabajo no señala directamente que las mujeres puedan conseguir ascensos por la labor que desempeñan o por sus capacidades, aunque sí reconoce que “ya hay muchas directoras” y que “ya estamos sobrepasando el límite”.

Ana se recuerda como una persona que solía discutir en el trabajo y que sigue haciéndolo hoy en día; se refiere a sí misma como “bien argüendera”. Este término, que según el *Diccionario de la lengua española* (Real Academia Española 2014) tiene su origen en la palabra argüir, suele usarse en México para definir a las mujeres como chismosas pero se usa también para decir que una persona es contenciosa.

Al preguntarle sobre lo que aprendió que era ser mujer, Ana afirma que lo hizo “sobre la marcha, sobre la vida” y no recuerda que su madre verbalizara significados específicos. Por el contrario, como ella lo evoca, la madre no hacía distinciones entre sus hermanos y ella.

Al preguntarle directamente sobre lo que para ella ahora significa ser mujer responde enlazando su respuesta con referencias a un fragmento anterior de la entrevista, en que realizó comentarios sobre la infidelidad:

pues, mira, en cuanto al... respeto, tienes que darte a respetar como una verdadera mujer, a mí me molesta mucho una persona que se llame mujer que sea tan indigna, que sea tan arrastrada, tan rogona, una mujer no debe hacer eso

Expresa también este significado haciendo referencia a la relación de pareja entre una mujer y un hombre:

ahora también una mujer pues si tú no tienes esposo no lo necesitas, yo nunca he tenido, bueno, tuve pero de que lo dejé, que me divorcié para acá, siempre he salido adelante sola, no sé “ay quiero un hombre para que me respete”, ¿como para que te respete?, tú no eres capaz de darte a respetar

Y si bien considera que el trabajo doméstico es una actividad femenina, piensa que “ser una mujer es que nadie te tome como si fueras la sirvienta, ahí sí, ahí sí no” y retomando la noción de dignidad añade:

y menos como si fueras un trapeador, ¿qué es eso?, ¿dónde está la dignidad?, ¿dónde está tu amor propio?, ¿dónde está el cariño que tienes para ti?, ‘es que lo amo’, no, pues al revés ¿no?, mejor ámate tú y pon los pies en la tierra

La respuesta de Ana a la pregunta ¿qué significa ser hombre? resulta reveladora de la manera en que ella concibe lo específico y lo diferente de cada género: “lo mismo que una mujer, pues trabajar”. Cabe recordar aquí que para Ana el trabajo doméstico es una actividad femenina que no considera como trabajo y que respecto de esta actividad ella no se considera mujer. En este sentido su respuesta, además de indicar de modo implícito que para ella ser mujer también significa trabajar, revela que Ana se define a sí misma como una mujer de trabajo, es decir, una mujer cuyo referente de ser pertenece al mundo público, no al doméstico.

Vida sexual

De manera tradicional, Ana tuvo un noviazgo largo que culminó en matrimonio, lo cual desde su perspectiva la legitimaba socialmente para formar una familia. Para ella el inicio de su vida sexual fue también el inicio de su vida en pareja y a partir de ello planificó la búsqueda de procreación.

De esta manera Ana comenzó su vida sexual al casarse: “hasta los 28 ¿tú crees?, qué tonta, si he sabido lo empiezo antes pero pues no sabía, no te creas, no, pero sí, sí, hasta los 28, y además como que no me inspiraba así andar loqueando y eso” y alude a su madre como un referente: “porque te voy a decir una cosa, mi mamá se quedó viuda pero jamás se volvió a meter con ningún hombre, o sea tenía yo como que el reflejo, la educación, sí”.

Para Ana tener actividad sexual antes del matrimonio habría significado “andar loqueando”, es decir, faltar a la norma tradicional y ejercer su sexualidad con otros fines que los reproductivos y con otra u otras parejas sin que la uniera un vínculo que lo avalara. Posteriormente a su matrimonio, Ana cohabitó con otra pareja y al término de esa relación tuvo otro compañero “de la puerta para afuera”, es decir, no volvió a vivir con nadie, como ella misma aclara.

Posibilidad reproductiva

Ana marca una distinción de sí misma frente a otras mujeres: no se casó ya estando embarazada “para remediar el mal” y tampoco “se puso a tener hijos” inmediatamente después de casarse. Ella expresa “quedamos que no íbamos a tener hijos hasta después” y eligió utilizar pastillas anticonceptivas, poniendo en marcha una estrategia en la que mostró voluntad y disciplina:

fui con el doctor y le dije “¿sabe qué doctor?, siquiera unos tres años”, este, dice “bueno, pues, un...”, a mí no me gusta que me metan dispositivos, que me hagan, que duele, que no sé qué, el DIU, que... no, mejor una pastillita diaria, “ay, que se te va a olvidar”, “a que no”, no, nunca se me olvidó

Este mismo método lo siguió utilizando con sus siguientes parejas, con quienes Ana ya no tuvo la expectativa de embarazarse o tener descendencia. A la pregunta de cuándo dejó de usar las pastillas responde: “nunca, hasta que ya decidí ya no tener pareja ni nada, siempre tomé pastillas” y agrega,

dejando ver que hubo ocasiones en que al no utilizar métodos anticonceptivos temió un embarazo: “mentira que no, que las pastillas te esterilizan eh, no, porque unos sustotes que me metía”.

La entrevista continuó de la siguiente manera:

E - O sea hubo veces que dijiste...

Ana - Cuando “ay, ya la voy a suspender”, ¡ay no!, jamás, después jamás las suspendí, nunca, hasta que te digo ya era mayor ya dije “ya, ya, ya”

La madre

Como se señaló anteriormente, Ana no refiere haber sido explícitamente enseñada sobre lo que significaba ser mujer y considera que su madre les dio a ella y sus hermanos libertad para ser sin distinciones. En contraste, al narrar su infancia y adolescencia, va perfilándose la manera en que se relacionaron las experiencias, la actitud y las expectativas de la madre con su socialización de género.

La madre de Ana quedó viuda cuando ella tenía cuatro años, lo que la llevó a tratar de dirigir el taller de ebanistería dejado por el padre; posteriormente, a vender la herramienta y maquinaria para obtener ingresos y, finalmente, a trabajar en un hotel suministrando material a las camaristas. De esta manera Ana crece observando a una madre trabajadora, que sin la presencia del padre se hace cargo de la familia y que sobrellevó dificultades. Ella recuerda conmovida estas experiencias:

Ana: Hasta que yo me puse a trabajar, ella ya dejó de trabajar mi mamá, pobrecita.

E: Trabajó mucho.

Ana: Hijo, no te imaginas, no te imaginas.

A lo cual agrega los sinsabores de su nueva situación familiar:

cuando me acuerdo de mi mamá, no sabes todo lo que sufrí, porque fíjate nos fuimos a arrimar con sus hermanos, ay pero sus hermanas fue lo peor que vivimos ahí con ellos, las hermanas, que eran dos urracas

Estas penurias que su madre, Ana y sus hermanos experimentaron ella las enuncia actualmente como un “trauma” que relaciona con su situación de no tener hijos, aspecto que será retomado posteriormente en el análisis.

Otro elemento relacionado con su socialización de género es que, en el relato de Ana, su realización personal parecía ser más importante para la madre que ser esposa y tener hijos, aunque implícitamente la madre aludía a que algún día tendría marido e hijos:

quehacer y todo nos ponían parejo eh, porque decía mi mamá “ella es niña pero adivinar qué hombre le toque” entonces -ya me estaban dando mis cuerditas- “que luego se tenga que levantar temprano a darle de comer, a los hijos, a no sé qué tanto, mejor ayúdenle ustedes”

Sin embargo esta expectativa no parecía ser la prioridad, al menos no en la manera en que Ana configura sus recuerdos. La madre consideraba que la asistencia de sus hijos y su hija a la escuela era una prioridad y no le permitió tener novio hasta después de que estudiara. Esta perspectiva también se muestra en el consejo dado años después a una sobrina adolescente a punto de casarse: “no te cases, mira, trabaja, pasea, ten muchos novios”.

Ana recuerda que su madre no le pegaba ni permitía que sus hermanos lo hicieran, enseñándole que un hombre no tiene derecho a pegar a una mujer:

a mí nunca me pegó mi mamá, porque era la niñita, a mis hermanos sí [...] pero no les pegaba fuerte, también mi mamá pues eran sus hijos, pero les enseñaba que “a las mujeres no se les pega” y a mí me enseñó que pues un hombre no te tiene qué pegar, ni tus hermanos, ni nadie y no tuve papá pues tampoco tu papá te pega, y mi mamá nunca me pegó

Y en cuanto al ejercicio de autoridad masculina en la familia, Ana recuerda también dos determinaciones de su madre. La primera es que no permitió que el hijo mayor ocupara el lugar del padre fallecido: “cada quien, hacer su vida como pueda y el grande no es el papá de los chiquitos, ‘ellos tuvieron su papá y se murió, déjalos’ y por eso soy así, por eso”. La segunda es que no se vinculó a otro hombre después de su viudez. Además de señalar que su madre “jamás se volvió a

meter con ningún hombre” y que ella tenía “el reflejo, la educación”, como se citó anteriormente, Ana relata lo siguiente:

nos sacó adelante y yo veía y pues era el reflejo de mi mamá, porque tampoco se dejó, dijo “no voy a meter a un hombre para que venga a pegarle a mis hijos y luego voy a tener hijos -antes no había anticonceptivos-, me voy a poner a tener hijos, hijos, hijos ¿y cuando le haga falta los zapatos a mis hijos, a los de acá?, él le compra a los suyos ¿y a los de acá qué?, mejor yo les compro a estos y los otros pues mejor no los tengo” y no tuvo, nunca jamás, otro hombre, se dedicó a sus tres engendros

Ante la pregunta explícita sobre cómo creía ella que había sucedido esta influencia en su manera de ser y de ver, respondió: “mi mamá me enseñó a que una mujer tiene que ser fuerte, tiene que enfrentarse y afrontar todo y salir adelante, porque salimos adelante todos”.

En concordancia con esta figura, Ana recuerda que su madre tampoco fue sumisa ante las esposas de sus hermanos: “mi mamá se sabía defender muy bien, de mis cuñadas”.

Finalmente, sobre el papel de la madre como proveedora, ella señala:

imagínate, quedarse sola con tres niños, uno de 7, uno de 4 y medio y uno de 3, a enfrentar la vida sin saber nada qué hacer, porque antes las mujeres no sabían nada qué hacer, pero mi mamá, cuando estábamos chiquitos, salía mi mamá y le ayudaba a mi papá a barnizar, mi mamá se especializó en barniz de muñeca y todo y después se puso a trabajar como hombre, pero luego se cansaba, pues es que era papá, mamá y todo

El padre

El padre de Ana falleció cuando ella tenía cuatro años. En la entrevista no mencionó recuerdos sobre su padre, excepto los relacionados con la ebanistería, posiblemente por la corta edad que tenía al momento de su muerte. Tampoco hizo mención de recuerdos de su padre en boca de su madre o hermano mayor.

Sin embargo la figura del padre está presente de manera constante cuando hace referencia a su decisión de no tener descendencia, ya sea porque la pareja que tenía en un determinado momento no era el padre que ella hubiera querido o por considerar que la ausencia del padre, por fallecimiento

o por abandono, era un escenario al que no quería enfrentarse. Estos tópicos se abordarán más extensamente en un apartado posterior.

Ser hombre

En la perspectiva que Ana muestra en la entrevista, los hombres también son vistos críticamente: ella considera que suelen tomar ventaja de las situaciones, que pasan por encima de las mujeres si no se les pone un alto y que es esperable que sean infieles y abandonen a la esposa y a los hijos. Si bien en su historia personal, tal como ella la refiere, nada de esto le sucedió directamente, sí es una constante en su discurso y en la explicación que elabora sobre su vida.

Por ejemplo, al comentar sobre los carpinteros con quienes su mamá debió tratar al hacerse cargo del negocio familiar, comenta: “como en toda la vida, los hombres son muy, se pasan de listos”. Al referirse a la infidelidad de los maridos de sus primas señala: “entre más te dejas más te pisan, más”.

El siguiente comentario sobre el novio y futuro marido de una sobrina muestra una idea general de su perspectiva sobre los hombres:

mi mamá le puso “el diferente”, bueno, pues “el diferente” tuvo dos hijos con otra señora quién sabe por dónde, tuvo otra hija porque tenía puros hijos y él quería una niña, con otra señora tuvo una niña, vaya que si fue diferente

La suspicacia sobre los hombres también es dirigida a los que han formado parte de su historia personal. Sobre el que alguna vez fue su suegro dice: “andaba de borracho y andaba que dizque viajando -eso que se lo crea su abuela-”.

Ana también se refiere a la lógica masculina al describir la relación del que era su esposo con su hermano y cómo ella considera que afectó su matrimonio:

sí vivíamos bien, el único problema era que, que mi hermano el mayor invitaba mucho a tomar a mi ex esposo, le hablaba por teléfono, entonces se iban, iban a tomar y todo y luego llegaba mi hermano a platicar, él era el santito y el otro tenía los cuernos y ay eran muchos problemas familiares por eso

De su marido y una pareja posterior expresa, respecto de distintas situaciones y con diferentes términos, que eran “hijitos de mamá” y considera que son las madres quienes establecen una relación de autoridad con los hijos.

Con todo, cuando se le pregunta a Ana lo que significa ser hombre ella no elabora una respuesta que condense estos rasgos con que los describe a lo largo de su relato. En principio responde “no sé porque nunca he sido hombre” y añade, como vimos anteriormente, “pues lo mismo que una mujer, pues trabajar”. A lo anterior agrega lo que podría considerar una nueva visión del papel de los hombres en la vida familiar:

y en caso de que quiera tener una familia pues echarle la, entre los dos, las ganas ¿no?, no sé si en el rol de mujer uno y en el rol, pero ahora ya no se puede tener rol separado, los dos tiene que hacer rol de mujeres y de hombres

Relaciones de género

Tanto en su vida privada como en el ámbito público, más que relacionarse como una igual con los hombres, pareciera que Ana asume una posición de superioridad al imponer límites y establecer directrices.

Respecto de su marido, recuerda lo siguiente:

entonces se lo advertí, le dije “esta es la primera, te voy a dar tres, a la tercera, cuando regreses de tomar van a estar tus cosas allá afuera y te vas” [...] la segunda le dije “pues ya es la segunda” y a la tercera mejor ni llegó porque ya sabía, hasta el otro día llegó, pero en el pasillo estaban sus cosas, y se acabó

Sobre su hermano y su esposo, dice:

le dejé de hablar a él y le dejé de hablar a mi hermano, porque le dije “para que la cuña apriete tiene que ser del mismo palo, para que me lleve la fregada en mi matrimonio tiene que ser mi propio hermano, gracias hermanito, adiós, hasta aquí”, y ni a él ni al otro, a ninguno le volví a hablar, a la fecha, mi hermano falleció, pero no le volví a hablar

En relación a sus parejas posteriores explica lo siguiente: “ya después de que me divorcié, pues sí tuve dos parejas, dos hombres, pero igual, a la primera se acaba, a la primera, y ya sobre aviso. Y a la primera ya.”

En cuanto a sus subordinados, expone:

había muchos sindicalizados y los sindicalizados no puedes con ellos, no puedes, conflictivos, entonces, este, pues levantaba yo actas administrativas [...] me portaba estricta, tan fue así que fueron a hablar con el subdirector, todos se juntaron y se fueron a hablar, que me quitaran [...] lo bueno que me apoyó, y no pues me dio más vuelo y que los pongo a trabajar, pero de todos modos se me salían del huacal

Otro aspecto en que se refleja su perspectiva sobre las relaciones de poder entre mujeres y hombres es el siguiente: dada la circunstancia de que una mujer mantenga al esposo, lo que le resulta escandaloso es que ella no lo “meta al orden”: “aparte de que lo mantienen no lo meten al orden, pues si yo te voy a mantener ahí estás comprado ¿no? y te formas”.

En cuanto a la proveeduría masculina, en momentos específicos de su vida los hombres cumplen ese papel, por ejemplo, cuando su hermano pagaba la renta de la casa familiar, cuando su esposo pagaba los gastos de los viajes que realizaban juntos o cuando cubrió el costo del divorcio. En otros momentos ella establece relaciones equitativas en los aspectos financieros, por ejemplo, al proponer a su marido solicitar un préstamo cada quien para adquirir una casa entre los dos o al compartir por igual los gastos domésticos.

Frente a su mamá Ana se asumía como proveedora y cabeza de la casa en que vivían juntas (en la que posteriormente vivió con su marido): “nos quedamos a vivir ahí con mi mamá, que de todos modos era mi casa, no era de mi mamá, yo decía que era de mi mamá pero era mía porque pues mi mamá ya no trabajaba ni nada”.

A lo largo de la entrevista Ana muestra una visión crítica sobre la actitud, aspecto y conducta de otras mujeres y marca una posición de superioridad frente a ellas, a quienes ve como rivales o con

quienes se compara y se coloca en posición de superioridad, ya sea en el trabajo (sus compañeras), en las relaciones afectivas (las madres de sus parejas, las hermanas de uno de ellos) o en las relaciones familiares (sus tías, sus primas).

Las referencias son variadas: utiliza el término “abuela”, dicho con molestia, para distinguir a la madre de su padre de su “abuelita”, la madre de su madre; se refiere a dos hermanas de la madre como “urracas”, al tiempo que imita unas garras con sus manos; se refiere a una compañera de trabajo como “naquita” y pone en duda que haya estudiado la universidad, a pesar de contar con título y cédula profesional, debido a la manera en que se expresa y porque parece no saber nada sobre su profesión; se expresa críticamente de quien fuera su suegra y también, debido a su aspecto y clase social, de la madre y las hermanas de otra pareja suya; considera a sus primas mujeres indignas por tolerar y perdonar la infidelidad de sus maridos; considera que sus tías fueron castigadas por dios por ser malas y utiliza con desdén el sobre nombre “las generalas” para referirse a unas antiguas compañeras de trabajo con quienes tuvo una relación conflictiva.

En esta lógica de competencia habría una excepción, mujeres que percibe como empoderadas y de quienes habla con respeto o admiración. Por un lado están las jefas, como su primera jefa o las mujeres que actualmente ocupan cargos directivos en la dependencia donde trabaja; por otro, está su propia madre.

En las relaciones que establece con hombres y mujeres, además del género, está imbricada la clase social y su posición de superioridad también está relacionada con su nivel socioeconómico. En distintos momentos de la entrevista señala que siempre ha tenido auto y se deduce que no fue así en el caso de algunas de sus parejas, marcando una distinción en el capital material y simbólico que ella aportaba a la relación. Al respecto cuenta un par de anécdotas. En una, ella decidió prestar el auto a su marido para que visitara a su madre y volviera a tiempo para ir juntos al teatro; en otra, fue a recoger de la terminal de autobuses a la familia de su siguiente pareja, lo que resultó en una

situación embarazosa pues la madre llegó con un guajolote vivo para cocinar y festejar el cumpleaños del hijo, por lo que hubo que meter al animal en la cajuela de su auto nuevo.

Con esta pareja en particular decide que no va a continuar su relación porque su familia pertenecía a un “entorno”²⁶ que no era el suyo. Así lo narra:

Ana: su mamá era de Guerrero y la señora a mí no me gustaba, se veía así como medio brujita, dije “¿para qué, para qué continuó con esta relación si la familia de él...?” mira, cuando empiezas una relación tienes que aceptar a toda la familia te casas con todos, porque ya pasa a formar parte de tu familia también ellos, ¿no?, que las cuñadas, que las hermanas, por decir así, entonces cuando vi a sus hermanas que vinieron de Guerrero, su mamá, uy, no me gustó.

E: No te sentiste a gusto.

Ana: No, no era mi entorno.

E: Ya, no te sentías en tu entorno.

Ana: No era, no, no era... no es porque me crea ay la muy, no, pero yo tenía otro nivel y para estarles haciendo el feo, para estarlas viendo mal

También marca una distinción de clase en el caso de la compañera de trabajo, a la que se hizo referencia anteriormente, a quien califica como “naquita” por hablar utilizando palabras como “dijistes”, “dijieron”, “nadien”.

Hacia el final de la entrevista, después de abordar los significados de ser hombre y ser mujer, Ana explica lo siguiente sobre las diferencias entre mujeres y hombres:

yo creo que no se puede hacer una diferencia, nada más en el sexo, porque el hombre tiene su pene, tú tienes, nada más, pero de ahí en fuera todos somos iguales, nada más que todavía en los trabajos les dan cierta preferencia en los puestos y eso, pero fíjate que ya no porque aquí ya hay muchas directoras, entonces ya estamos sobrepasando el límite de que en mis tiempos sí había mucho, que el hombre “ay, si te pegó pues es que es tu marido”, ni más, a mí nunca me y que ni se le ocurra

²⁶ Si bien Ana no hace referencia explícita a la afrodescendencia de su pareja, posteriormente en la entrevista alude como rasgos no deseados al color de la piel y al pelo rizado que habrían tenido sus descendientes. Este rechazo de Ana se inserta en las prácticas racistas en México que encuentran expresión en la ominosa frase que suele decirse al elegir pareja para procrear: “hay que mejorar la raza”, en alusión a la aspiración de blanqueamiento de la familia y al rechazo de los rasgos indígenas y afroamericanos en la futura descendencia.

En este fragmento se conjuntan varias expresiones: su perspectiva sobre la igualdad entre mujeres y hombres; su percepción de que si bien los hombres continúan teniendo más oportunidades laborales para los puestos de dirección, es una situación que está cambiando; y que se está traspasando el límite que imponía la superioridad de los hombres sobre las mujeres, idea implícita en su cuestionamiento a la supuesta legitimidad de los hombres para ejercer violencia contra las mujeres.

Finalmente no deja de llamar la atención que abiertamente nombre al pene como la única característica de diferenciación sexual entre hombres y mujeres, pero que no dé nombre a los genitales femeninos.

Noviazgos, matrimonio, parejas

Como se mencionó anteriormente, Ana cuenta que su mamá no le permitió tener novio hasta después de estudiar y que cumpliera 18 años, cuenta también que tuvo muchos novios antes de casarse. El noviazgo con quien sería su marido duró 5 años y el matrimonio 3. Después de casarse tuvo dos parejas más, con el primero de ellos vivió alrededor de 4 años.

En el relato que Ana hace de su vida se deja ver a una mujer que, en apariencia, dirige sus relaciones de pareja. Recordemos que es ella quien plantea al marido esperar unos años para tener descendencia, hasta que tuvieran una casa y también es ella quien propone obtener y unir créditos individuales para lograr ese objetivo. Es ella quien marca límites de conducta al esposo, quien decide terminar el matrimonio y quien determina también poner fin a su siguiente relación de pareja.

Para Ana el matrimonio puede llegar a convertirse en una situación que las mujeres soportan por los hijos y considera que “la mayoría” de las mujeres logra zafarse del marido “porque el señor se va con otra”.

Sobre su propio matrimonio Ana muestra desencanto en diferentes momentos de la entrevista. Por ejemplo, de manera casual cuenta que la boda con quien sería su marido se pospuso en determinado momento y al respecto comenta: “ni tantas ganas de que tuviera de casarme inmediatamente con él”. En un momento posterior, al referirse a la duración de su matrimonio, dice: “no, pues suficiente, suficiente de aguantar a un hombre”. Más adelante agrega:

ya dije “ya, hasta aquí, a ver cuándo te vuelves a casar”, y ya no me volví a casar [carcajadas], ay no, no, no, si las mujeres supieran, pero luego como inmediatamente te pones a tener hijos después ya los tienes que soportar por los hijos, no por ellos, ni por ti, ay para pasar una de esas, ¿sabes qué?, no, yo estoy curada de ese espanto

Ana muestra también decepción al referirse a su matrimonio como un proyecto que no se concretó:

quedamos que no íbamos a tener hijos hasta después, cuando ya tuviéramos, mira, esa casa donde estábamos, donde vivíamos era rentada, yo le dije “entre los dos vamos a agarrar un préstamo, lo juntamos, compramos una casita más o menos regular” quedamos en eso, pero ya, ya no nos dio tiempo

Después de su separación para ella cobra importancia la definición de su estado civil, que más allá de limitarse a una situación propiamente jurídica, pareciera referirse a la presencia o ausencia de un hombre en su vida. Recordemos también que actualmente, desde su perspectiva, su estado civil es “felizmente soltera”, no divorciada:

entonces yo pensaba “yo no tengo estado civil, porque digo, ya soy soltera pero no, todavía está ahí el esposo, ahora, soy casada, ¿y dónde está el esposo?”, o sea qué, ¿qué era yo?, entonces dije no, voy a tener un estado civil, o lo perdono que no creo porque yo ya había determinado que no o me divorcio

Un último aspecto a abordar en este apartado es la determinación de Ana de no permitir a nadie entrar a su casa después de su divorcio y de la pareja con quien convivió. Ella lo explica así: “ya jamás volvió a entrar nadie a mi casa, se acabó hasta ahí, puse un cerrojo y se acabó, de la puerta para afuera andaba yo pero para adentro ya nadie, ya dije ya, ahí muere”. Cabe preguntarse en qué medida esta situación es un correlato de la decisión de su madre de no volver a “meterse con un hombre”.

La descendencia

Para Ana las hijas e hijos son una razón para permanecer casada y considera al matrimonio como la condición adecuada para tener descendencia: “muchacha gente ‘ay, por mis hijos no me divorcio’, podrías, pero pues yo también ya soy de la opinión que no porque se quedan los niños sin papá ¿no?”. Refiriéndose a su relación de pareja posterior al divorcio señala: “ya dije ‘no, ya no’, mira si casada no lo tuve sin casar menos, un hijo de un padre que no tiene sus papeles en orden mejor nada, o se hace bien o no se hace nada”.

Como se explica en el apartado anterior, en el caso de Ana el proyecto de tener descendencia con su marido no se concretó. Posteriormente, cuenta que al conocer a la familia de su pareja se preguntó “¿qué tal si tengo un hijo... ay no, tan feo?” y agrega “de esos negritos con sus pelitos chinos, no, mejor olvídenlo. Y ya no tuve nada”. Refiere también que no fue un tema que hablara con su pareja: “no, yo decidí, iba a ser así y yo no quiero uno así”.

Al preguntarle si se volvió a plantear tener un hijo respondió que no y añadió:

yo pienso que fue esto, porque yo no quería que mis hijos pasaran lo mismo que yo, que mis hijos que tal si me divorcio o se muere como mi papá y se quedaban huérfanos, qué tal si el tipo este tenía otros con otra mujer y mis hijos iban a pasar un trago tan amargo como es que veas que tu papá, este, tiene otros hijos con otra y se iban a quedar traumatados, la traumada era yo, porque no los tuve, para que no pasaran eso

Esta explicación elaborada por Ana puede considerarse una conclusión lógica para ella a partir de la experiencia de su madre (que crió sola a sus hijos, enfrentó dificultades y salió adelante) o de su propia experiencia como hija (que creció sin padre).

El preguntarle qué lugar ocupa en su vida el hecho de no tener descendencia, expresa lo siguiente:

pues antes no, no tenía planeado, ahora sí porque ahora los veo que “ay mira, mi hijo” y veo un hijo grandote y otro, pero digo ya para qué le hago al cuento “ay, me voy a cortar las venas con un ejote porque no tuve hijos”, pues yo lo decidí y se acabó. Es que siempre he

sido muy determinante en eso, muy determinante, ya cuando te digo “¿sabes qué? ahí muere, ya no te voy a volver a hablar” no te hablo, entonces este, pues ya ahora y ahora menos porque pues ahora ya ni puedo, eso lo hubiera pensado antes ¿no? y ahora digo “pues sí hubiera tenido un hijo” pero mira luego pienso: tienes como madre soltera, porque pues iba a ser madre soltera o iba yo a vivir con alguien pero siempre pensando más adelante, qué tal si se va, qué tal, me iba yo a quedar, ponle, me voy a quedar con el hijo, luego el hijo no lo dejas ser ¿por qué? porque o eres hijo o eres enfermero o enfermera, según lo que tengas, tienes que estar cuidando a tu mamá, tienes que estar, ahí lo voy a tener a un lado, no pobrecito

Más adelante abundará en esta idea:

para que sea tu enfermero, para que le quites la vida, para que en lugar de que lo dejes vivir en paz y que viva con, si tiene esposa, si tiene una familia y todo, te tiene como lastre, ¿no?, no, no, no era mi plan, no es mi idea

También comentó que muchas veces ha escuchado a mujeres que dicen “si cumplo 38 años, 40 y no me he casado voy a tener un hijo para que me cuide” y agrega “no va con mi forma de pensar, porque yo soy enemiga de tener a un hijo atado como lo tenía la mamá de mi ex esposo y como muchas mujeres que he visto que el pobre hijo ni se casa”.

En estas respuestas se interrelacionan varios elementos vinculados a su situación. Primero, expresa que no tuvo descendencia por una decisión que ella tomó. Segundo, es una determinación de la cual no dice arrepentirse. En tercer lugar, expresa que en este momento de su vida ha pensado “sí hubiera tenido un hijo”. Finalmente, expresa también ser consciente de que ya no es momento de pensar en ello. A estos elementos Ana añade una explicación en la que argumenta, por un lado, su negativa a la posibilidad de ser madre soltera y, por otro, su negativa a convertir al hijo o hija en la persona encargada de cuidar a la madre.

Hacia al final de la entrevista Ana añade otra expresión que revela lo que puede considerarse tanto una postura ambivalente como compleja frente al hecho de no tener descendencia:

¿para qué te traes un hijo? ¿quieres un hijo o quieres un enfermero? y si no estás decidida a tenerlo o ya lo pensaste bien, te digo que a lo mejor fue algo así como por ver a mi mamá

que pasó muchas broncas y todo y yo me las quise evitar, este, de ver a las mamás que pasan con sus hijos, que las dejan con sus hijos y se van con otra y yo me lo quise evitar y muchas cosas así que me quise evitar y me las evité, nunca, a lo mejor me faltó valor para decir “me lo voy a tener y yo solita lo voy a sacar adelante como mi mamá”, pero ya me agarró la flojera

Al preguntarle si se arrepentía de no tener descendientes respondió:

no, no, todavía no [riendo], a la mejor más adelante sí, pero pues ¿de qué?, mira, te voy a decir una cosa, muchas veces, también depende de cómo los eduques, pero hay esto, hay muchas señoras que tienen hijos y que son su adoración y los hijos les pegan, las sacan de sus casas, las maltratan y en lugar de que te apoyen y eso, adivinar, yo tengo un corazón excelente, muy bueno y todo, pero adivinar qué corazón tenga el papá de ese niño y si lo hereda imagínate qué mala onda ¿no?, este, que, que te sacan de tu casa, que andas pidiendo limosna porque el hijo ya te quitó todo, ay, eso pensé ahorita eh, porque nunca lo había pensado, pero imagínate, que tenga yo uno o dos hijos, ay muy buenos, que se confabulen y me saquen de mi jacal, de lo poco que pude hacer en el tiempo que estuve con ellos, y este, y en lugar de que me cuiden y que me vean cuando esté anciana me echan una patada en el trasero y ahí voy a la calle, no estoy exenta de que ‘ay, los míos van a ser diferentes’

Otro cuestionamiento fue si pensaba en el comentario que se hace de manera recurrente a las mujeres sin descendencia: “¿quién te va a llevar un vaso de agua cuando seas vieja?”, ella expresó lo siguiente:

no, no, hasta últimamente porque pues como tengo apenas, apenas, sesenta primaveras, todavía no me siento mal, a lo mejor ya cuando tenga setenta, esteee... entonces sí, pero espérame, ahorita no me atormentes, mira, no faltará quién, no falta quién, y te digo, si tienes un hijo así pues mejor otra persona

De manera similar a sus recurrentes referencias a la infidelidad masculina, aunque el maltrato y el abandono de hijos e hijas hacia la madre no forma parte de su historia tal y como la ha referido, es un elemento que forma parte de su perspectiva, aunque no sea del todo claro si estaba presente al momento de tomar decisiones respecto de su posibilidad reproductiva o fue una elaboración posterior.

Finalmente, a la pregunta de si le dicen algo porque no tuvo hijos o si le cuestionan por qué no tuvo hijos, responde:

nadie tiene que decirme nada, esa determinación la tomé yo sola, a nadie le pregunté y nadie quiero que se meta en lo que no le importa, es mi vida, yo no le dije a Fulanita que tuviera tres, yo no le dije a la otra que tuviera cinco y que no tiene ni para comprarles zapatos, entonces mejor que ni se metan conmigo, siempre que platico con alguien siempre le digo “yo tomé la determinación de no tener hijos” y ya

Lo no dicho

Hay algunos detalles en la narración de Ana que aunque no son explícitos están presentes. Uno, cuando aclara que las parejas que tuvo después de su matrimonio fueron “dos hombres”, una explicación que puede deberse a que ha sido cuestionada sobre su elección erótico-afectiva o a que tuvo parejas mujeres, a las que no menciona directamente durante la entrevista.

Otro detalle está en las frases especulativa con que hace referencia a un posible embarazo que tampoco menciona de manera directa: “iba a ser madre soltera”, “me voy a quedar con el hijo” y “lo voy a tener y yo solita lo voy a sacar adelante”. A lo anterior se suma una anécdota sobre su prima, de quien cuenta que tuvo un aborto inducido y a quien explicó lo siguiente cuando la acompañó a realizarse el aborto:

te voy a decir una cosa, ya el destino ya está marcado para cada una, si dios no lo, si dios te pone al doctor, te lo quitan y ya, porque él manda que no lo tengas, pero si no, vas y buscas al doctor y no te lo quita y lo tienes porque ya está tu destino

Cabe agregar que de manera previa a esta anécdota, refiriéndose al hecho de no haber tenido descendencia, ella señaló: “y no se me presentó, mira, no se me presentó la oportunidad”. Ahora bien, independientemente de un posible embarazo del que no habló durante la entrevista, estas palabras no dejan de representar una perspectiva interesante ante el aborto y ante el papel que juegan el libre albedrío y la voluntad divina en el hecho de tener o no tener descendencia pues indicaría que para ella, además de la decisión, las circunstancias juegan un papel importante.

Hitos

En el contexto de esta investigación por hitos entendemos los hechos clave, en las experiencias de las mujeres entrevistadas, que configuraron la situación de no tener descendencia. De esta manera, en las experiencias compartidas por Ana se hallan los siguientes hitos:

Primero. Crecer sin padre en una familia encabezada por una mujer que, siendo viuda, enfrentó dificultades para sostener y cuidar de la familia.

Segundo. La configuración de una práctica reproductiva tradicional, que la lleva a posponer el inicio de su vida sexual hasta los 28 años y a considerar el matrimonio como la situación ideal para tener descendencia.

Tercero. Planificar la posposición del inicio de su vida reproductiva mediante el uso de anticonceptivos.

Cuarto. La conclusión de su matrimonio antes de tener descendencia.

Quinto. Su negativa a tener hijos con características fenotípicas que no consideraba deseables.

Sexto. Su decisión de no volver a casarse ni cohabitar con otra pareja.

Blanca: *Me di cuenta de que no había ninguna ventaja en tenerlos*

Al presentar y discutir mi tema de investigación en los seminarios del posgrado en la UNAM y otros espacios académicos, fueron varias las mujeres que me pidieron ser entrevistadas, o bien, que refirieron conocer a alguien que podría formar parte del estudio. Entré en contacto con Blanca de este último modo y a partir de un intercambio de correos acordamos la entrevista.

El día de la cita tuvimos una charla animada sobre la forma en que la había contactado, algunos aspectos generales de la investigación y sobre lo que habíamos estudiado cada una.

Sin embargo al comenzar la entrevista la conversación se tornó tensa. Blanca tenía conocimiento sobre el tema de mi investigación y es posible que indagar sobre su familia de origen y su historia familiar la desconcertaran, daba la impresión de estar dispuesta y tener la expectativa de hablar sobre su decisión de no tener descendencia, pero no de sus antecedentes familiares.

Las respuestas iniciales fueron cortantes, el tono de su voz, su rostro y su actitud corporal se volvieron tensos y fue necesario buscar diversas aproximaciones a las preguntas antes de agotar el contenido. Hubo incluso algunos tópicos que no se profundizaron porque reparé en que la entrevistada no se sentía cómoda hablando de su familia.

A partir de la pregunta sobre sus estudios la entrevistada se relajó y fue posible notar el cambio en su voz, su expresión facial y corporal. Como ella dice de sí misma, es una “exhibicionista” a la que le gusta confrontar a la gente contando su experiencia y su punto de vista sobre no tener descendencia.

Encuadre biográfico

Blanca tiene 37 años, nació en 1976 en la Ciudad de México y es soltera. Es la última hija de seis en “una familia parchada”, como ella la llama, compuesta por dos hijas y dos hijos del primer

matrimonio de su padre, quien siendo viudo contrajo nupcias con la madre de Blanca y con quien tuvo una hija y un hijo, es decir, a Blanca y a su hermano.

Sus antecedentes familiares podrían ubicarse en la clase media de finales de la década de los 70. Su padre realizaba trabajo administrativo en oficinas, principalmente constructoras y su madre se dedicó, cuando Blanca era niña, a las labores del hogar y el cuidado de la familia, posteriormente comenzó a trabajar fuera de casa.

Blanca estudió dos licenciaturas, Pedagogía y Letras Hispánicas. Años después realizó estudios en gerontología. Una vez concluida su primera licenciatura comenzó a trabajar. Ha laborado en instituciones gubernamentales dedicadas a la salud o a la educación, también en una organización de la sociedad civil y ha sido profesora de secundaria, bachillerato y licenciatura en escuelas privadas y públicas. Actualmente es profesora de nivel medio superior en una institución pública.

Blanca se identifica a sí misma como bisexual y cuenta que ha tenido un novio y una novia y no ha tenido más parejas. En sus propias palabras, ama “con loca pasión” a un hombre con quien tiene una relación que ella no define como pareja. Alrededor de los veinte años se planteó no tener descendencia y a partir de ello fue tomando decisiones sobre su vida reproductiva.

Ser mujer

La perspectiva de Blanca sobre lo que significa ser mujer integra tanto los aprendizajes y experiencias en el entorno familiar como los aprendizajes y resignificaciones de su vida adulta, en las cuales el horizonte interpretativo del feminismo está presente.

Blanca señala que este es “un mundo misógino y androcéntrico” en que las mujeres no son valoradas socialmente. Cuando le pregunté qué aprendió ella que significaba ser mujer en su familia, rápidamente expresó: “resignación”. Al preguntarle qué es para ella ser mujer, a sus 37 años, considerando su vida y las decisiones que ha tomado, respondió:

Yo creo que algo que yo podía decir desde muy chiquita es que era muy chido ser mujer, ¿no?, y cuando escuchaba otras mujeres decir “qué malo que fui mujer” o “qué mal que no soy hombre” me quedaba “¿pero por qué si está divertido?”, ¿no?, creo que hoy tengo conciencia de que no está divertido, creo que es una experiencia complicada ser mujer, creo que yo necesito espacios para poder estar más a gusto y más plena [...] espacios que no existen y que al menos desde mi lado más radical, la línea que me gusta en términos de feminismo es todo lo que tiene que ver con sororidad y desde ahí estoy bien clara en que aunque eso se expresa todos los días y se hace evidente todos los días, bien pocas mujeres lo valoran, bien pocas mujeres están conscientes de la importancia de las otras en su vida

Por otra parte, Blanca integra en su perspectiva tanto los aspectos positivos como los negativos de ser mujer, o como ella lo expresa, tanto el *gusto por ser mujer* como la *conciencia de serlo*:

creo que además del gusto que puedo tener por ser mujer, como la opción de poder ser creativa en la vida, tiene la contraparte de la soledad de la conciencia que tengo al ser mujer, yo creo que es una experiencia con mucha mucha desolación también, en mi caso. Creo que me gustaría que fuera más divertido porque sí lo disfruto, el poder confirmarme que sí hay límites que puedo rebasar y me doy cuenta cuando ya los rebasé, no porque me proponga rebasarlos, ¿no?, y por supuesto que tengo claro que hay muchos otros a los que no voy ni siquiera a acercarme, pero yo creo que es una oportunidad para... pasármela bien y para colaborar para que las otras se la pasen bien.

Y ante la pregunta expresa, enuncia lo que le parece más gozoso de ser mujer. Tanto en esta respuesta como en la anterior destaca la importancia que Blanca da a la presencia de otras mujeres y a la convivencia con ellas:

no tengo la experiencia tangible de qué es ser hombre ¿no?, no sé qué es eso, pero al menos desde mi lado cosas que disfruto mucho como niña y que creo que se aprenden siendo niña es charlar, yo creo que esas oportunidades de compartir, de echar chisme digamos, echar chal, porque me gusta mucho tejer, o sea esta idea de ponerme a tejer y platicar...

En cuanto a los roles femeninos, Blanca, como muchas otras mujeres en nuestro contexto sociocultural, creció con la expectativa de casarse y tener descendencia. A partir de su noviazgo con una chica, comenzó a cuestionarse si estos papeles eran inamovibles.

En principio de cuentas, dice haberse dado cuenta que las mujeres no tienen por qué ser un elemento “de ornato” en las relaciones de pareja, además de haberse percatarse que casarse también era opcional:

tuve una novia y ahí empecé a tener conciencia de que ya no podía cumplir la historia ideal oficial de: consigo un marido que me mantenga y que me permita yo ser ama de casa, porque ese era el plan, y entonces cuando tengo una novia es “ah, caray, estamos en igualdad de condiciones, ¿bajo qué pretexto ella me tiene que mantener a mí o bajo qué pretexto yo la mantengo a ella?” y entonces es “pues las dos podemos hacer lo mismo y ser un poco más parejas”, con esa relación empecé a cuestionarme si era opcional o más bien que era opcional el matrimonio

Del mismo modo, Blanca reparó en que tener hijas o hijos era una alternativa:

así como dije “¿quién me va a mantener y con quien me voy a casar?”, [dije] “¿de dónde voy a sacar a los hijos teniendo novia?”, ¿no?, entonces a partir de ahí me di cuenta de que era opcional también y hasta dónde tenía ventajas eso para mí

Posteriormente también se preguntó sobre el papel de cuidadora de la madre y el padre en la vejez, tradicionalmente asignado a las hijas:

somos seis hijos y también noté cómo mis hermanos tranquilamente se deslindaban y aunque mi papá está envejeciendo sigue trabajando pero no puede mantenerse a sí mismo, porque tiene muchas deudas, entonces mis hermanos como que “ay, me encantaría pero no puedo” y después estudiando gerontología es “ya vi mi camino”, ¿no?, soy la hija más chiquita, soltera, no pienso casarme, mis hermanos tienen la vida resuelta en “nunca más se harán cargo de la parte que les toca”, sobre todo con su papá, entonces cuando vi mi futuro de esa manera fue hablarlo, no mucho, más bien, como que hablarlo con amigas, yo ya era independiente económicamente, emocionalmente desde tiempo atrás podía distanciarme y me coartaba esta parte de “¿y qué hacen sin mí?” hasta que me cayó el veinte de somos seis y no quiero yo esta carga sola, entonces... creo que fue un acto más que de independencia como de conciencia de tratar de ser equitativa con todos los que somos.

Si bien Blanca creció con modelos tradicionales sobre lo que significa ser mujer, a partir de sus experiencias de vida y del feminismo ella fue elaborando y apropiándose de otros significados, de modo que no solo se cuestionó el matrimonio, tener descendencia y ser ama de casa como única

opción para las mujeres, sino que además reconoció la importancia de la sororidad y se identificó a sí misma como bisexual, aspecto que abordaremos en el siguiente apartado.

Vida sexual

Blanca comenzó su vida sexual entre los 18 y 19 años. Aun cuando sus referentes de género eran tradicionales no vinculó el inicio de su vida sexual ni al inicio de la vida en pareja ni a la procreación. Posteriormente a su primera pareja masculina, Blanca tuvo una pareja mujer. Refiere también tener un amigo con quien esporádicamente ha tenido relaciones sexuales.

Posibilidad reproductiva

Desde el inicio de su vida sexual Blanca se planteó el uso del condón: “yo tenía clarísimo que era el condón indispensable siempre”. Con el paso de los años Blanca se planteó experimentar una relación sexual sin condón y, a pesar de la planeación y los cuidados que tuvo, se produjo un embarazo: “después de muchos años, me di cuenta de que no quería morir sin haber tenido una vez en mi vida por lo menos relaciones sexuales sin condón. Y me embaracé.”

Blanca lo había acordado previamente con un amigo, el mismo con quien refiere haber tenido esporádicamente relaciones sexuales y con quien había coincidido en su idea de no casarse y no tener descendencia:

me había dedicado en ONGs a la educación sexual y tenía todo clarísimo de lo que es el momento adecuado, sé que con él no tengo problema, sé que coincidimos, lo hablé con él, estuvimos de acuerdo, no pusimos fecha: iba a ser tal día de tal manera, pero estábamos de acuerdo. Después del feliz encuentro por supuesto que tenía yo en la casa las anticonceptivas de emergencia, me las tomo y no funcionaron. Cuando confirmo que estoy embarazada, dadas las circunstancias y hablé con él, “¿oye quieres ser papá?, porque ya sabemos que no, pero por si las dudas”, “no, claro que no”, OK, a desembarazarme, ¿no?

A raíz del embarazo, Blanca señala haber cobrado conciencia de un desfase entre su intención de no tener descendencia y su capacidad reproductiva:

en ese momento fue esta conciencia de haber sido traicionada por mi organismo que también, de manera muy muy subjetiva, decía “este es el momento en que mi cuerpo está preparado para la reproducción”, como que había este desfase entre las cosas que yo quería y la evolución o ve tú a saber qué.

Es a partir de este suceso que Blanca, entonces de 32 años, opta por un método anticonceptivo definitivo y decide realizarse una Oclusión Tubaria Bilateral (OTB), conocida también como salpingoclasia y comúnmente llamada ligadura de trompas:

entonces en ese momento fue “yo no vuelvo a coger con él nunca más antes de operarme”, ni con él ni con nadie, ¿no?, y cuando pasó el proceso de recuperación fui a una clínica, pedí informes y me operaron

Para Blanca esta operación representó la seguridad de no volverse a enfrentar a un embarazo:

pareciera que sí hay una conciencia distinta, sólo orgánica, no racional, donde es el momento y es el momento, ¿no? y lo he platicado con varias amigas y nos moríamos de la risa por no llorar, como “¿hasta dónde tenemos esta capacidad para decidir, realmente?” y digo la sensación que no sé poner en términos objetivos y tangibles sí era “en este momento mi cuerpo está apto para reproducirse, no era en la adolescencia, no era a los 25, seguramente si nunca hubiera usado condones antes no hubiera pasado”, nunca había tenido yo esa sensación, pero en ese momento fue “esta es mi etapa reproductiva, hay que tomar medidas en el asunto y radicales”, ¿no? si ya sé que no quiero, ¿a qué estoy jugando?, también hablaba con otras mujeres, que para el segundo aborto, que para el tercer aborto y yo así “ay caray”, o sea digo, no fue una experiencia en sí misma traumática pero me quedo “si estoy clara, ¿para qué le sigo jugando a eso?”, ¿no?. Ya: cirugía y punto

Haber tomado esa decisión ha significado para Blanca ser coherente consigo misma:

es la satisfacción de ser congruente conmigo misma, es solo confirmar que... quizá... bueno, quizá el único arrepentimiento es que quizá debí haberlo hecho antes [del embarazo inesperado]. Quizá, pero ni siquiera, ¿no?, o sea, no me quedo con la culpa de “hice algo mal” porque yo hice todo lo que consideré que podía hacer bien y no quería, digo, pasar por más abortos, entonces es toda la tranquilidad de “si estoy clara en lo que quiero, actúo en consecuencia” y ahí sigo

Blanca finaliza el relato sobre su experiencia con la OTB contando la siguiente anécdota:

un detalle chusco, después de la cirugía tenía que ir a la semana a que me deshilaran digo yo, porque como ya no ponen punto por punto sino de corridito y cortan un extremo y jalan, yo digo que nos deshilan, y entonces cuando llego con el médico, ve la hoja de referencia y “ah, sí, paridad satisfecha”, “sí”, ¿cuántos hijos tiene?”, “ninguno”, “pero ¿cómo entonces, qué paridad...?” “pues porque yo así estoy muy satisfecha” y empieza el discurso de “pero por qué no lo piensa, mire no está bien” y yo así “ja, ja, ja, ¿no cree que es demasiado tarde?, vengo a que me saquen la costura, o sea, ya fue ese momento”, “no, pero piénselo, de verdad piénselo muy bien” y yo así “ja, ja, ja”, o sea que el doctor en ese momento insistiera me pareció muy chusco, ¿no?

La madre

Como se muestra en el apartado “Ser mujer”, la socialización de género de Blanca fue marcada por la dinámica familiar y podría decirse que frente a esos papeles de género tradicionales ella decidió forjarse otra vida, otro destino.

La madre de Blanca cumplió el papel de mamá y ama de casa durante buena parte de su infancia. Aproximadamente cuando ella tenía diez años su madre comenzó a trabajar en una lechería, “ayudando”, como Blanca lo indica, a uno de los hermanos. Ese fue el inicio de su trabajo fuera del hogar. Actualmente la madre vive con su marido y aporta una parte significativa del gasto familiar, pero Blanca considera que la familia no le ha reconocido nunca el papel de proveedora:

aportaba pero nunca y creo que hasta la fecha se le ha visto en la familia como, ¿cómo se dice?, proveedora. Nunca. Aunque lleve hoy en día una parte importante de los gastos de la casa... la familia no le ha reconocido eso nunca, siempre ha sido cuestión de mi papá.

Al preguntarle cómo cree ella que su madre se mira a sí misma, responde:

hoy en día... eh, muy... minimizada por las actividades que hace, porque mi papá sigue convencido de que él mantiene la casa y a la familia [...] Él sigue trabajando. Pero es como si él diera todo lo necesario para la manutención de la casa, cosa que hace muchos años no es así. Entonces incluso hay veces que mi papá considera que ella debería mantenerlo a él y que él ya no tendría por qué trabajar, pero que no está en condiciones, aunque mi mamá básicamente aporta toda la alimentación de la casa.

Resulta interesante comparar esta perspectiva que Blanca tiene sobre su madre con la percepción que tiene de sí misma y su propia solvencia, pues dice “nunca he sido muy productiva económicamente”, a pesar de haber aportado una parte importante al ingreso familiar mientras aún vivía con su madre y madre y de ser autosuficiente económicamente de modo que actualmente vive fuera del hogar familiar y comparte departamento con una amiga.

Por otra parte, la relación de Blanca con su madre ha sido tanto de complicidad como de confrontación, sobre todo referida a las perspectivas de que cumpliera ciertos papeles tradicionales, como tener descendencia. Cuando decide llevar a cabo el aborto habla con su madre y es su madre quien la acompaña, a pesar de su expectativa de que siguiera adelante con el embarazo. Sin embargo cuando Blanca decide realizarse la OTB lo hace sin que su madre se entere y se lo comunica una vez terminada la cirugía. Ella considera que esa decisión cambió la relación con su madre. Al respecto añade:

me maltrató mucho después de la cirugía. Ya también cuando yo tomé valor le dije “bueno ¿pero qué sentiste?” “nada, nada, ya me recuperaré, nada”, “pero el llanto ¿de qué fue?”, “no sé, me dieron ganas y ya, no sé” y por mucho que yo le decía “pero si tienes un hijo, puedes tener nietos de por allá”, ¿no?, porque los otros cuatro finalmente no son sangre de su sangre, ¿no?, y de ahí ya tiene nietos y normalmente es otra vez esa creencia: “no es lo mismo”, “bueno, pues ni modo, no sabrás qué se siente porque yo no voy a colaborar” y ya está, ¿no?, pero creo que a quien más le pegó fue a mi mamá, nunca lo pudimos hablar sinceramente, no creo que lo hagamos ya

El padre

El padre de Blanca aparece como una figura lejana y no involucrada en las labores domésticas o de cuidado, excepto para tomar decisiones sobre la vida de sus hijas e hijos. En este sentido ella lo recuerda como un padre autoritario.

Por ejemplo, Blanca señala que no permitió a una de sus hermanas estudiar el bachillerato porque la escuela era muy lejana. Sin embargo el control sobre Blanca no era tan férreo.

por ejemplo a una de mis hermanas, a la más chica de ellas, no la dejó estudiar el bachillerato porque era muy lejos la prepa donde se quedó y ella no tenía voz ni voto y “no vas” y no fue.

Pero en mi caso, que yo recuerde, nunca pedí permisos de nada. Avisaba, lo que yo intentaba hacer, quería hacer y lo hacía, pero nunca pedí un permiso

Al preguntarle cómo se tomaban las decisiones en familia, si era de manera compartida o las tomaba una sola persona, responde:

ni idea, yo sospecho que todo lo decidía mi papá, pero no estoy segura [...] cuando había que ir a ver a la abuela, como no es la abuela de mis hermanos, mi mamá cargaba con... sus dos hijos... y sin marido... y cada año nos íbamos al rancho y creo que ahí nada más mi mamá decidía “hay vacaciones de los chamacos en la escuela, nos vamos” y eso cuando hubo escuela, antes nos cargaba de bebés y ya. Pero cuando era toda la familia, creo, que sólo lo decidía mi papá, sólo informaba

A lo largo de la entrevista Blanca no menciona actividades específicas que realizara con su padre o recuerdos de momentos compartidos, antes bien las referencias a su padre son de las decisiones que tomaba sobre la familia, la proveeduría y el conflicto al respecto con la madre.

Ser hombre

A lo largo de la conversación Blanca hace distintas referencias a lo que significa ser hombre. De manera implícita, en el relato de Blanca los hombres aparecen cumpliendo el papel de proveedores. De manera similar, hace referencias a la socialización de los hombres como diametralmente distinta a la de las mujeres y aunque considera que el orden de género constriñe las posibilidades de unos y otras, a lo largo de su discurso deja entrever las posiciones de privilegio que los hombres tienen en la sociedad.

Por otra parte, dado que Blanca se reconoce como una feminista radical, considera que estos principios le harían imposible mantener una relación con un hombre si ella fuera heterosexual:

me parece que es muy sano si una es heterosexual no ser feminista radical, creo que eso es muy sano, pero no es mi caso, entonces veo las implicaciones y sobre todo platicando con algunas mujeres me quedo “si yo de verdad pensara que no tengo más posibilidad de vincularme afectivamente con un varón, debe ser terrible ser feminista radical”, pero como no descarto la posibilidad de tener novia, sólo la idea de la posibilidad, me permite decirme

“no me importa” cada vez que me encuentro algún patán, que también creo que todos son patanes, “no me importa” ¿no? y “no tengo por qué vincularme contigo”

Sobre este fragmento de la entrevista, cabe destacar la frase “creo que todos son patanes” como una síntesis de la forma en que Blanca percibe a los hombres.

Relaciones de género

Para Blanca las relaciones de género están signadas por la desigualdad. Como ella misma lo refiere, ser mujer significa sacrificarse. Por ejemplo, en el caso de su socialización de género, creció en un esquema donde las mujeres se hacen cargo del trabajo doméstico para atender sus necesidades y también las de los varones y donde no es esperable que estos participen o colaboren.

Desde la perspectiva de Blanca en la sociedad actual, dada la organización de género existente, difícilmente mujeres y hombres pueden aspirar a entablar relaciones más igualitarias, satisfactorias y plenas. Haciendo referencia a que se asume como feminista radical y como bisexual, señala:

si tengo toda la conciencia de todas las desventajas que implica tener un mundo misógino y androcéntrico y sé que no tengo otra opción, que si quiero compartir la vida con alguien tiene que ser con un señor, debe ser muy feo, entonces creo que tengo diferentes elementos en la vida como para poder asumirme en las ideas que tengo y lo cierto es que desde ese lado tengo mucho enojo, ¿no?, porque me parece injusto el mundo

Blanca dice relacionarse poco con hombres y entablar mayoritariamente sus relaciones cotidianas con mujeres. Como ella lo menciona, la sororidad es un aspecto importante de los vínculos que tiene con otras mujeres y una parte importante de ser mujer.

Novios, novias y parejas

Blanca narra haber tenido un novio alrededor de los 19 años y aunque su relación fue corta ella lo cuenta como noviazgo porque ha sido su único novio:

se supone que tuve un novio, pero eso si es como de chocolate, porque salimos tres meses, en esos tres meses, luego hice cuentas, lo vi 15 días y fue una cosa que yo puedo decir muy

chistosa pero la verdad es que fue muy desagradable, creo que ese novio cuenta porque fue el único novio que he tenido en la vida.

Posteriormente tuvo una novia. Blanca afirma “yo no tuve broncas de clóset” y recuerda que siendo niña se dio cuenta que le gustaban las mujeres:

he escrito un diario desde los 11 años, un día me pongo a escarbar en los diarios y encuentro un comentario que a mí me sorprendió porque no tenía ninguna conciencia de eso, escribía cuánto me gustaba una maestra y remato eso con “seguro soy lesbiana”, ¿no?, pero sin ningún conflicto y sin ningún pero, yo dije “creo que algún lado de mi cabeza era ‘pues sí, chido’”, ¿no?, equis, y creo que es toda una ventaja ser bisexual, porque pues una no se anda cuestionando con “¿me gustan los niños?, sí, sí me gustan los niños” y sólo se omite el otro lado y ya está, “ay, esa chica también me gusta, bueno, me acerco”, entonces, desde ahí que yo sepa me lo tomé con mucha naturalidad, creo que hasta como a los 30 años tuve una crisis porque caí en la cuenta de que yo no podía saber cabalmente qué es ser heterosexual, y vivía convencida en que sí

Esa relación de noviazgo duró aproximadamente cinco años y Blanca la considera una experiencia favorable:

un día se me ocurre decirle a esa susodicha en particular que yo no tendría inconveniente en tener novia, pero no me le estaba lanzando, y entonces ella que sí estaba totalmente en el clóset de repente me mira y es así como que “ah, eso me suena” y tiene la revelación de su vida y empieza a acosarme y yo salgo corriendo, hasta que me pescó, y entonces yo dije “bueno, pues total y vamos a ver qué pasa”, creo que fue una muy buena experiencia en mi vida, muy muy enriquecedora

Blanca señala que fue con este noviazgo, a los 20 años, que decidió no casarse nunca “porque caí en la cuenta de que no tenía ninguna ventaja para mí casarme”. Lo explica de la siguiente manera:

empecé a tener conciencia de que ya no podía cumplir la historia ideal oficial de: consigo un marido que me mantenga y que me permita yo ser ama de casa, porque ese era el plan, y entonces cuando tengo una novia es “ah, caray, estamos en igualdad de condiciones, ¿bajo qué pretexto ella me tiene que mantener a mí o bajo qué pretexto yo la mantengo a ella?” y entonces es “pues las dos podemos hacer lo mismo y ser un poco más parejas”

Sin embargo, en el plan de vida con su novia se percató que el futuro no era igualitario como pensaba, pues se esperaba que ella se hiciera cargo de la casa y que cumpliera un papel “de ornato”, como ella lo llama:

vi que no tenía yo ventajas en ese plan pero que además podía aspirar a no jugar a eso, en mi cabeza era exactamente lo mismo con un marido, ¿no?, yo iba ser como el gatito, pero creía que así tenía que ser, hasta que no tengo marido, en puerta al menos, y así de “¿cómo? a ver” y entonces caigo en la cuenta de que independientemente de que sea hombre mujer no tengo por qué ser de ornato

Por otra parte, los referentes cercanos de matrimonio tampoco le parecían atractivos:

veía también a mis hermanos y hermanas que ya se habían casado y no le encontraba ninguna ventaja a eso, ver las relaciones que llevaban fue así de “¿y como para qué querría alguien meterse ahí?” [...] Nunca vi que hubiera acuerdo, ni lo hay hasta la fecha en las parejas de mis hermanos, ni de mis hermanas, no hay diálogo, hay muchos gritos, hay mucho enojo, me parece que no son relaciones equitativas, y eso yo lo veía desde muy chiquita y entonces cuando a mí me decían “¿y cuándo te casas?” y yo “¿como para qué?”, pensaba casarme algún día con un señor y ser la señora de la casa, ¿no?, pero no tenía prisa por ello porque los ejemplos que yo tenía enfrente no eran nada alentadores y cuando tengo a la novia y me cuestiono, es de “ah, puedo no casarme, para empezar”, pero tampoco me dio opciones mejores el plan que ella tenía entonces es de “parece que no hay remedio, yo no juego”

Blanca dice que a partir de entonces no ha tenido pareja aunque no descarta la posibilidad. También aclara lo siguiente: “amo con loca pasión a un señor desde aquel entonces, pero nunca hemos sido pareja”, refiriéndose al amigo con quien esporádicamente ha tenido relaciones sexuales. Al respecto explica: “nunca hemos asumido que somos una pareja ni tenemos demandas de pareja ni nada que se le parezca, ¿no?”.

Si bien en un inicio Blanca tiene un marco de referencia tradicional sobre los roles de género y las relaciones de pareja, en su relato es posible percibir que sus reflexiones y experiencias de vida van modelando lo que considera aceptable y no aceptable y cómo, en este sentido, se hace presente la equidad como deseable en una relación de pareja.

La descendencia

En la relación con su novia, a la par que Blanca se cuestionó el matrimonio como una obligación y el rol doméstico de las mujeres como algo inamovible, se preguntó también acerca de la obligatoriedad de tener descendencia:

me di cuenta de que los hijos eran opcionales porque yo daba por hecho que me iba a casar e iba a tener hijos, estaba entrenándome para ello, digo, cuidando al sobrino [...] Ya tenía muchos sobrinos y uno con el que convivía mucho y por supuesto que cuando nació aprendí a hacer mamilas y a poner pañales y a tener cuidados con los bebés, pero así como dije “¿quién me va a mantener y con quien me voy a casar?”, “¿de dónde voy a sacar a los hijos teniendo novia”, ¿no?, entonces a partir de ahí me di cuenta de que era opcional también y hasta dónde tenía ventajas eso para mí, me lo empecé a preguntar

Blanca señala que mientras tuvo novia no fue una cuestión que le preocupara sino que “fue solo asumir ‘pues aquí no va a haber hijos’ y ya está”. Posteriormente se preguntó si podía vivir con ello y su respuesta fue “sí, por supuesto”. A lo anterior agrega: “entonces caí en la cuenta de que en realidad los niños no me gustan” y concluye diciendo “luego me di cuenta de que no había ninguna ventaja en tenerlos.”

Al preguntarle sobre las desventajas de tener descendencia, expone ampliamente su punto de vista:

yo creo que ya cuando me topé con el feminismo, por ahí de los 23, 24 años, empecé a ubicar qué implicaba esto del género... y a partir de ahí, desde esa perspectiva, notar que no somos nada como género fue muy rudo, pero también las exigencias sociales en torno a la maternidad me parecieron muy crueles, me parece que lidiamos con los hijos con mucha soledad, con mucha exigencia... y que si no se valora a las mujeres, acabamos de anularnos como individuos siendo mamás y yo creo que no es un acto voluntario ni algo que una se proponga y yo creo que sería muy ingenuo de mi parte pensar que “yo voy a hacer la diferencia”, porque creo que el contexto es arrasador al respecto, ¿no?, creo que es un rol tremendamente castigado, si lo hace una mal y si no lo hace una mal

Blanca comparte también sus perspectivas y experiencias sobre cómo es percibido el embarazo y la maternidad:

he visto, desde antes de operarme que si una se embaraza, creo que pocas veces se planea, un embarazo, y que socialmente es “pues si ya lo hiciste te aguantas”, pero así literal, ¿no?, es como “querías coger, te aguantas”, y lo escucho hoy en día con mis alumnos de 16 años, “querían, pues que se jodan”, caray, o sea, pero ¿por qué, no?, no se ve con el gusto de “oye, qué bueno que vas a ser mamá” sino en muy poquitos contextos: una tiene que estar casada, tiene que tener la vida resuelta con un marido que se haga responsable y aun así he visto a varias mujeres que casadas y planeando al chamaco, la desolación con que viven los primeros meses de maternidad, la soledad a la que se ven relegadas, es brutal

Al finalizar su intervención, Blanca comparte la siguiente conclusión: “entonces, no veo cómo perder tranquilidad, horas de sueño, compañía, gustos propios, satisfacción de necesidades básicas propias, pueda tener ventajas.”

Además de preguntarse, en el contexto de la relación con su novia, si era obligatorio tener descendencia, en la relación que establece con su amigo encuentra un referente para sus cuestionamientos e inquietudes:

luego me relacioné con un señor que tenía toda la claridad del mundo de por qué no se iba a casar y por qué no iba tener hijos. [...] encontrar a alguien con tanta claridad que en realidad como que le dio forma a lo que yo ya venía elaborando fue así de “ah sí, yo sé de lo que hablas”, fue así de, me iluminó digamos, él acabó de concretar que esa era una forma de llamar y de estructurar, de argumentar lo que yo estaba pensando.

Sobre las reacciones a su alrededor al realizarse la OTB, Blanca indica que uno de los comentarios recurrentes era “vas a engordar”, a lo que respondía “pues engordaré y seré feliz”. Otro comentario repetido era sobre su futuro arrepentimiento. Al respecto dice:

me daba mucha, risa porque me decían “¿qué tal si te arrepientes y después quieres tener hijos?”, pero no porque me arrepintiera de la cirugía sino de la decisión de no tener, y yo “pues justo por eso me voy a operar, porque ¿qué tal si me arrepiento? por lo menos me pongo trabas pa’ que me cueste más”, si yo sé que no quiero [...] o sea, ya cambié de opinión, a veces era “a ver, ¿nadie se dio cuenta de que cuando yo tenía 16 años el plan era ser esposa ama de casa y dos hijos?, ya cambié de opinión”, “pero ¿qué pasa si vuelves a cambiar de opinión”, “ya cambié, eso no va a pasar”, el susto era porque yo iba engordar y yo siempre decía “pues si ya estoy gorda ¿cuál es el problema?, ¿no?, seguiré gorda y ya está”

Acerca de su familia y la decisión de operarse, explica que toda su familia cercana lo sabe, es decir, madre, padre, hermanas y hermanos y que a quien más le pesó fue a su madre, como se comentó en un apartado anterior. Describe también que se ha preocupado por que la familia de su mamá no lo sepa, debido a que por sus creencias religiosas entraría en conflicto, lo que le impediría visitar la casa de su abuela en el pueblo de su mamá, una actividad que disfruta mucho.

Asimismo, Blanca comenta que su hermano mayor, entonces ya con tres hijos, al enterarse de la cirugía le llamó para decirle: “es lo mejor que pudiste haber hecho, felicidades, me da mucho gusto”. Ella añade: “ahí es donde confirmo que no me equivoqué, o sea antes de, nadie me apoya pero después es ‘qué bueno que lo hiciste’”. Al preguntarle si es algo que le han dicho otras veces, responde:

he escuchado, no con la cirugía como tal, pero cuando digo “no, yo prefiero no tener” es “ay, qué bueno, es lo mejor que puedes decidir” de gente que tiene hijos y sí se me encoge el corazón porque me quedo “qué feo que teniendo hijos sí lo piensen”, qué feo por sus hijos, OK, bueno, creo que asumo bien que teniendo hijos no todo es belleza, sigo confirmando que tener hijos no está fácil y que tampoco es amable y mucho menos para las mujeres, no que sea fácil tampoco para los señores, pero cuando mamás y papás me dicen “ay, haces bien”... uno que otro me ha dicho “es que te pierdes de lo mejor que te puede pasar en la vida” y yo “claro, pero tiene otras ventajas” “bueno sí, ya quisiera yo y...” se ponen a enlistar todo lo que ya no pueden hacer y rematan “pero es muy bonito cuando te dice ‘mamá’, “ah, OK, chido”, para mí no compensa porque no tengo manera de tener esa experiencia, pero está bien

Por otra parte, Blanca expone que en otras circunstancias hubiera tenido descendencia y hace referencia a la siguiente conversación con una tía, hermana de su madre, en el contexto de los cuestionamientos familiares sobre su decisión de no casarse y no tener hijas ni hijos:

le decía yo “mira, sí, puedo pensar en tener un hijo si encuentra al hombre con quien lo pueda dejar desde que nazca, que no esté conmigo el chamaco y que yo sepa que va a estar tan bien cuidado como conmigo” y mi tía así de “¡pero cómo crees! ¡eso no existe!” y yo “bueno, si lo encuentro con ese me reproduzco”, y mi tía así de “no, ya no hay remedio contigo, no lo vas a hacer nunca”, ¿no?, y me parece muy triste que lo asuman de esa manera como que “no hay manera de que un hombre se haga cargo bien de un bebé” y yo así “cómo crees” o sea me parece injusto, muy injusto para todo mundo, ¿no?

Sobre esa posibilidad de haber tenido descendencia, Blanca agrega:

sí he dicho “si yo tuviera otro contexto donde pudiera tener una comuna, donde pudiéramos apoyarnos de otra manera, por supuesto que hubiera tenido hijos”, pero no lo tengo ni voy a hacer como si lo tuviera y aventarme el sacrificio sola

En cuanto a los cuestionamientos de por qué no tiene descendencia, Blanca refiere diversas experiencias: “sí me hacen la pregunta dando clases, los chavitos de ‘¿y tiene hijos?’ ‘no, no tengo’ y ‘¿por qué no tiene hijos?’ y les digo ‘la respuesta en broma es que no sé para qué sirven’, les hace mucha gracia”.

En contraste, cuando da la misma respuesta a personas adultas, dice que suelen hablarle sobre la importancia de la trascendencia y de dejar huella. Blanca recrea esas conversaciones de la siguiente manera: “y yo ‘¿no se supone que para eso escribo un libro y ya está?’ ‘no, no pero no es lo mismo’, ‘no, no hay que cambiarle los pañales al libro’, les da risa nada más”.

Sin embargo, ella marca una diferencia cuando las conversaciones son en otro tono:

pero pláticas en serio lo que yo he visto es que la gente se siente muy confrontada cuando digo que no y que no va a pasar y también he visto que no tienen muchos argumentos para decir que de verdad es la neta del planeta, porque normalmente me dicen “bueno sí, es difícil pero es bonito”, “sí sacrificas mucho, pero tiene sus ventajas” y yo “bueno, pues es que soy hedonista y sólo quiero las ventajas”, ¿no?

Blanca también alude a un comentario recurrente que se hace a las mujeres que no quieren tener descendencia:

creo que lo más rudo que me han dicho es que es una conducta muy egoísta y yo “¿y no decimos lo mismo de tener hijos, así como para ‘mi realización personal’ me aviento la vida de alguien más?”, “bueno pero que...”, entonces no se mete tanto la gente porque creo que se desconciertan sobre todo, que no es común.

En su experiencia, también hay otro tipo de comentarios recurrentes, relacionados con lo que implica ser mujer y lo que implica el amor:

hay veces que sí estoy ahí nada más dando lata en el mundo y con gente que me importa poco: “no, es que las mujeres nacieron para tener hijos”, “ay, pues, no sé qué seré yo entonces”, ¿no?; una respuesta muy frecuentes “es que no te has enamorado”, “por supuesto que me he enamorado” “no, no, no, lo que haya sido es lujuria, son ganas, es enamoramiento, pero el amor es otra cosa” y yo así... pero creo que es la respuesta más recurrente, que no me he enamorado de verdad porque cuando una se enamora de verdad quiere reproducirse, ¿no?

Sobre su manera de dar respuesta a estos cuestionamientos, Blanca puntualiza:

confronto mucho y disfruto mucho la confrontación por eso te digo que soy exhibicionista, es como tratar de moverle el esquema por lo menos a alguien de las verdades que tienen en el mundo y creo que el más inamovible es el del amor, no importa lo que yo diga la gente dice “no, es que no sé ha enamorado”, ah bueno, entonces ya sabe aquel más de mi vida, pues ya qué le convengo yo, ¿no?

Al indagar si le han comentado o preguntado quién la va a cuidar en la vejez dado que no tiene descendientes, responde:

cuando a mí la gente me dice “te vas a quedar sola” tengo ejemplos sobrados para decir “bueno, tiene 15 hijos y ¿quién lo mira?, ¿cómo es que un hijo es garantía?”, creo que cuando era más chiquita escuchaba más esta historia “bueno, no te cases, pero ten un hijo para que no estés sola” y ya cuando vieron que no me convencían con lo de la soledad pues ya dejaron de insistir, pero cuando me dicen algo así contesto “¿y tú crees que con un hijo sí tenga yo quién me cuide?” “bueno, no, es que...” y todo mundo tiene alguna referencia de “la viejita está abandonada a pesar de los hijos” [...] yo me quedo así de “¿cómo es eso garantía?” y cuando lo cuestiono sí me dicen “bueno sí, pero...”, yo creo que lo que no saben cómo expresar muchas personas es “pero es más probable que no estés sola” ¿no?, pero no sabemos, pero sí existe mucho esa fantasía digo yo

Finalmente, ante la pregunta sobre qué lugar ocupa en su vida esta decisión, Blanca comparte la siguiente reflexión:

yo creo que sólo la satisfacción de ser congruente conmigo, creo que sí tiene un lugar importante pero... es como “ay, qué bueno que pude hacerlo”, ¿no?, “qué bueno que me doy

chance de experimentarlo y de sentirme muy original y lo que eso implica”, pero creo que aunque no lo hubiera hecho me hubiera sentido muy original

En contraste, para Blanca existen otras decisiones muy importantes en su vida, como el haber decidido ser ella quien ponga fin a su vida si, siendo una adulta mayor, rebasa la expectativa de vida que se ha fijado y, también, haber decidido ser feminista radical.

Lo no dicho

Una de las preguntas que quedó fuera de la entrevista es cuál habría sido la respuesta de Blanca si la pareja de quien se embarazó hubiera dicho que sí quería ser papá y le hubiera planteado continuar el embarazo.

Hitos

En el recuento que Blanca hace de sus experiencias se encuentran los siguientes hitos. Recordemos que en esta investigación por hitos entendemos los hechos clave que configuraron la situación de no tener descendencia:

Primero. Crecer en una familia tradicional en cuanto al orden social del género y, en contraste, el proceso de sus decisiones que fueron trazando una trayectoria de vida distinta.

Segundo. Asumir su bisexualidad y a partir de ello cuestionar el matrimonio, el papel de madre-esposa y el tener descendencia como expectativas a cumplir.

Tercero. El embarazo no planeado y el aborto dada su decisión previa de no tener descendencia.

Cuarto. En el momento del embarazo, la respuesta de su pareja: estar seguro de no querer ser papá.

Quinto. Su decisión de optar por un método anticonceptivo definitivo y realizarse una OTB.

Carmen: *Gracias por darme la voz*

Coincidió con Carmen en un encuentro académico de estudiantes de posgrado y al escucharme exponer el tema de esta investigación se acercó para decirme que quería participar en ella. La entrevista con Carmen fue la más extensa, se mostró siempre relajada y el buen humor y las risas fueron una constante. Pareció disfrutar mucho el recuento de sus recuerdos cuando fue niña y se mostró muy apasionada al hablar de sus estudios y su trabajo. Su tono de voz se volvió más serio al compartir experiencias dolorosas, pero puede notarse que su trabajo terapéutico ha sido constante pues compartió esas vivencias de modo reflexivo.

Encuadre biográfico

Carmen tiene 49 años, nació en 1963 en la Ciudad de México y es soltera. Es la segunda de seis en la línea de descendencia, tres mujeres y tres varones.

Sus antecedentes familiares podrían ubicarse en la clase media de los años 60, con una posición económica que le permitía tener “privilegios de clase”, como ella los llama. Su padre trabajaba como chef y su mamá se dedicaba a las labores del hogar y el cuidado de la familia, posteriormente creó un jardín de niños en su propia casa.

Carmen estudió en la Escuela Normal, después realizó una especialidad, una maestría y actualmente estudia un doctorado. Comenzó a trabajar a los 18 años y su ámbito de desarrollo profesional ha sido en la educación. Hace algunos años se jubiló.

Carmen tuvo varios novios y una pareja con quien vivió algunos años. Con esta pareja Carmen planteó abiertamente su decisión de no tener descendencia.

La entrevista con Carmen fue la más extensa y, como se verá a continuación, sus respuestas fueron amplias y reflexivas.

Ser mujer

En el significado de ser mujer que Carmen comparte a lo largo de la entrevista se entrelazan sus vivencias familiares, en las que confluyen perspectivas tradicionales y experiencias de igualdad entre mujeres y hombres, con su propia trayectoria de vida.

Sobre su familia, señala que era “típica para la época, papá, mamá, hermanos, un padre quien es el que aporta, el proveedor de todo ¿no?, una madre que se dedica a estudiar, a aprender cosas para el hogar, decoración, economía doméstica, nosotros que vamos a la escuela”.

En este contexto, Carmen recuerda haber vivido su infancia sin marcadas distinciones entre niñas y niños en el entorno familiar. Por ejemplo, rememora que tanto hermanas como hermanos tenían la libertad de realizar las actividades que eligieran y jugar lo que quisieran. En cuanto a su participación en el trabajo doméstico, Carmen recuerda que era realizado tanto por ella y sus hermanas como por sus hermanos.

La excepción de ese trato igualitario en su familia, relata Carmen, era que en ocasiones las mujeres recibían ciertas preferencias, por ejemplo, privilegiando la compra de ropa o buscando para ellas más comodidades si la familia estaba de vacaciones. En cuestiones de herencia también las hijas fueron consideradas de manera distinta: la casa fue legada a ellas mientras los terrenos a los hijos, en previsión de que tuvieran siempre un lugar donde vivir independientemente de su situación familiar o económica.

Ahora bien, al preguntarle qué recuerda de su infancia sobre lo que significaba ser mujer, alude a referentes tradicionales: “explícitamente, o sea, mmm cuando era pequeñita nada, pero sí había cosas que, por ejemplo, esto de aprender a bordar, de comprarme muñecas, de tener trastecitos, o sea estas cuestiones”.

Carmen recuerda también ciertas expectativas de su madre sobre lo que esperaba de ella por ser mujer. Por ejemplo, cuando terminó la secundaria y comenzó a estudiar en la Escuela Normal, su madre intervino en la manera en que ella debía mostrar su apariencia:

cuando entré a la escuela para maestros también trataba mi mamá así como de comprarme ropa femenina, pero mira esto de los tacones nunca, nada más los usaba para ir a practicar y a duras penas podía, cuando empecé a trabajar mi madre me compraba la bolsa, el zapato, todo combinado, el saco

A pesar de estas determinaciones, recuerda que ella terminó por decidir sobre este aspecto de su vida, privilegiando la practicidad:

tenía que levantarme tan temprano, hacer ese trayecto de irme a la escuela y regresar, que mira lo menos que podía yo andar era con la media y eso, entonces creo que mi mamá dejó de insistir, me compraba el maquillaje, la sombra, el labial, o sea, y bueno, como que dejó de insistir y empecé yo a elegir mi vestimenta y demás

Carmen señala que además de su aspecto, su madre también hablaba sobre cómo debía comportarse una mujer y qué lugar ocupa esto actualmente en su forma de ser:

mi madre decía “es que una señorita, una dama, no puede hablar en voz muy alta, cuando camina, cómo debes caminar, los tacones, tu bolsa siempre traer tus Kleenex por lo que puedas necesitar ¿sí?, traer tus chicles o tu pastilla para el aliento”, o sea ¿no? y bueno son cosas que me han dicho y demás que a veces las tomo en cuenta y a veces se me olvidan ¿no?, siempre ando corriendo

Por otra parte, Carmen expone la expectativa convencional que había en su familia sobre la trayectoria de vida que debía seguir y cómo esa perspectiva no determinó sus planes ni decisiones.

En lugar de casarse y entonces dejar la casa familiar, ella decide vivir sola:

mis padres son de estos que se casaron mi mamá de blanco y el velo y la fiesta, imagínate en el pueblo con estas fiestas que duran una semana y todo esto, yo no salí de mi casa así, en mi casa esperaban pues que las mujeres salieran casadas así ¿verdad? y yo no salí así de mi casa, yo cuando salí de mi casa es para irme a vivir a otro a otro lado

Años después, también contra la expectativa familiar, decide vivir con su pareja en unión libre:

cuando me relaciono con J. o sea no es para casarnos ¿no?, sino es para decirle a mi papá “vamos a vivir juntos ¿no?, o sea ni siquiera te pido permiso, te estoy nada más tomando en cuenta para decirte”, mi papá dice “qué padre”, pero cuando le decimos a mi mamá, mi mamá así como “¿ah sí? y dígame, todavía no tengo el gusto de conocer a sus padres, eso sería muy importante, porque quien sabe qué, porque una gente bien nacida y que la familia y después ya esto irá formalizando, ¿no?, o irán viendo de qué”, ¿no? era así como de... [ríe]

Por otra parte, estudiar y trabajar también formaban parte de las expectativas de su familia tanto para las hijas como para los hijos: “la escuela fue algo sustancial y algo en mi casa, o sea, o trabajabas... bueno estudiabas, si no estudias trabajas, pero aquí nadie puede estar sin hacer nada ¿no?”.

Aun cuando Carmen quería estudiar psiquiatría e hizo examen tanto para la Escuela Normal como para ingresar a la Escuela Nacional Preparatoria, prevaleció la decisión de su madre y su padre de que estudiara para ser maestra. Carmen recuerda que el argumento de su madre estaba enfocado en la importancia de tener un trabajo y ser autosuficiente económicamente:

“yo quería que fueras maestra, porque mira, viejita, gorda, flaca, fea, o sea, tú siempre ibas a ser la maestra e ibas a tener un trabajo seguro” porque en mi época salías tú con tu plaza, “y así ibas a tener un trabajo seguro hija y tú te ibas a poder jubilar, o sea ibas a tener garantizada esta seguridad, a que estudiabas otra cosa, o sea, ¿de qué ibas a vivir?”

Además de estas expectativas, en el entorno de Carmen también hubo estímulos para desarrollar otros intereses, por ejemplo, la lectura: “tuve el acceso a lo más maravilloso que ha sido la lectura, mi padre me acercó desde temprana edad a esta maravillosa herramienta y yo creo que sabiendo leer puedes hacerlo todo en la vida, ¿no?”

Al preguntarle a Carmen lo que para ella significa ser mujer, en su respuesta integra tanto los aspectos tradicionales con que creció en su entorno familiar como la forma en que ella los integró a su propia perspectiva:

me agrada mucho esto de... eh, para mí ser mujer es esta, no pretender disfrazarme ni como las modelos que están en las revistas ni las que anuncian en la televisión sino ser así como

soy, sí, una mujer que no puede reunir los requisitos que está marcando la moda pero que también se puede poner unas zapatillas si le place y que también puede andar con tenis y que si quiere se pone a escuchar la música más estridente y si no también la música más romántica para mujeres que se cortan las venas y demás y que es capaz de leer, en efecto, una novela de estas de Corín Tellado y lo mismo leer a Habermas o a Luhmann ¿no?

Añade, también, su propia visión de igualdad entre mujeres y hombres:

o sea, que soy mujer y que como, por ser mujer y el ser mujer, también me da el derecho a decir qué quiero y qué no quiero, qué me gusta y qué no me gusta, qué es lo que espero ¿no? y también decir “mis piezas son estas, ¿juegas? ¿no? bueno, con permiso” pero no someterme como en algún momento dada mi juventud, mi inexperiencia, lo que haya pasado en ese momento, lo hice ¿no? y dejar de ser yo y convertirme en la, estar a la sombra de un varón ¿no?, en este caso un varón y lo mismo sería a la sombra de una mujer si yo tuviera una preferencia sexual por las mujeres ¿no?, o sea también ahí no estaría de acuerdo, o sea no

Bajo esa perspectiva y a la pregunta de qué diferencias encuentra entre ser mujer y ser hombre, responde: “a lo mejor pues el género en que nos han dividido, ¿no?, tú eres hombre, tú eres mujer, y entonces como tú eres hombre tú tienes tal o sea estos son tus trajecitos, tú como eres mujer estos son tus trajes y no los puedes intercambiar y yo creo que no es así”.

Sobre cómo concibe los roles de género, señala:

es cierto hay cosas para las que no soy hábil y tengo que reconocerlo, no sé cambiar un tornillo, como soy muy despistada pues de repente no sé cómo llegar a mi casa por eso no manejo o me puedo pasar el alto o no sé cuál es la derecha o no tengo la fuerza para fuerza física para cargar unas cajas, no sé cómo se cambia la llanta, no he desarrollado esas habilidades, pero no significa que no lo pueda hacer y hacer esas mismas actividades que hace un hombre y lo mismo un hombre yo creo que puede, también hay cosas que no sé hacer que se esperan de las mujeres, no sé cocinar, no me gusta cocinar, no sé esto de que van al mercado y que saber escoger la fruta, yo le digo “deme la que está mejor, yo confié en usted” ¿no?, o sea cosas que se supone que hacen las mujeres y que esto del tejido y del bordado o sea no, no se me dan, pero bueno yo creo que también un hombre las puede aprender, o sea ¿no?, no creo que, no creo que sea una limitación ni creo que eso nos haga diferentes, yo lo que creo es en el respeto que debe haber por el simple hecho de ser humano

A lo anterior agrega: “tengo los mismos derechos que cualquier gente por ser mujer y lo mismo sería por ser hombre o lo mismo sería por ser lesbiana o por ser travesti, o sea, serían los mismos ¿no?”.

Adicionalmente, Carmen considera que un factor importante en su desarrollo fue la clase social a la que pertenecía: “pertenecí a un y gocé de un privilegio de clase ¿no? y yo creo que esto pues esto ayudó a y definió mucho a pues a todas las posibilidades que tuve y he tenido a desarrollar.”

Así, los significados de ser mujer para Carmen se configuran a través de un discurso en que mujeres y hombres no son esencialmente diferentes y tienen los mismos derechos. Por otra parte, si bien en su narración hace referencia a algunas representaciones de género tradicionales, como la noción de feminidad en la apariencia, también toma distancia y se reapropia de ello, elaborando además una idea sobre la igualdad entre mujeres y hombres.

Cabe destacar también que aunque Carmen creció en un ámbito familiar con expectativas tradicionales sobre la trayectoria de las mujeres, también estuvieron presentes otras expectativas de realización en el ámbito de la vida pública, como el estudio, el trabajo y la autonomía económica.

Durante la entrevista, Carmen compartió ampliamente sus intereses académicos a lo largo de su vida y los diferentes trabajos que fue desempeñando. Siempre tuvo interés en seguir estudiando y aprendiendo y los diferentes trabajos que realizó conjuntaban para ella retos y la oportunidad de adquirir y aplicar nuevos conocimientos.

Vida sexual

Carmen comenzó su vida sexual alrededor de los 25 años. Comenta que no recibió educación sexual por parte de su familia, porque en ese aspecto eran más bien tradicionales: “en este caso mi mamá no, o sea yo creo que esto fue de las cosas que en casa, se hablaba de muchas cosas pero creo que de sexualidad nada ¿no?”.

Posibilidad reproductiva

En cuanto al uso de anticonceptivos Carmen señala que obtuvo información a través sus amigas, quienes le compartieron la experiencia del uso de anticonceptivos y también a través de la escuela pues su trabajo con jóvenes le requería informarse para poder orientarles adecuadamente.

Asimismo, refiere haber utilizado siempre condón tanto para evitar un embarazo como la posibilidad de contraer una enfermedad de transmisión sexual:

“muy bien, vamos a tener un contacto sexual, vamos a establecer... pero tú usas un condón, o sea, yo ni me inyectó, ni tomo pastillas, ni me pongo hormonas, ni me pongo el dispositivo, o sea yo no [...] yo no uso nada, quien tiene que usar condón eres tú y yo confío y creo en los condones entonces...”, aparte de para evitar un embarazo pues bueno cualquier tipo de infección o algo así ¿no?, yo confío mucho en la gente pero quien sabe, no sabemos, entonces... así.

Carmen comenta que eligió el condón porque no es partidaria de métodos que considera invasivos, como el DIU y la pastilla anticonceptiva, además de reconocer que es olvidadiza y que esto podría haber significado olvidar si había tomado la pastilla o no.

La madre

Para Carmen su madre es un referente de mujer que además de cumplir el papel de esposa, madre y ama de casa, busca también estudiar, trabajar y ser independiente económicamente. Es asimismo un referente de las posibilidades de desarrollo que tienen las mujeres.

Carmen comenta que a su madre le impidieron continuar estudiando más allá de la primaria porque la expectativa era que se casara, la mantuvieran y se dedicara a su hogar, señala también que su madre dice de sí misma “a mí me educaron para ser sirvienta”.

Además de dedicarse a las tareas domésticas, de cuidado y de crianza de sus hijas e hijos, la madre de Carmen asistía a diversos cursos. Al respecto añade: “yo lo que recuerdo es esto: que iba a sus clases, que de esto, que de economía doméstica, de hacer flores, de decoración”.

Posteriormente, cuando su marido se vio obligado a dejar el trabajo a causa de un accidente y comenzó a recibir una pensión mínima, inició el funcionamiento de una estancia infantil en su propia casa y buscó adquirir otros conocimientos enfocados a su nueva labor:

empieza a hacer gelatinas y con mi papá también, empiezan así y empezamos a salir adelante y entonces se va a estudiar, empieza a estudiar y actualizarse y a tomar cursos y mi mamá abre su guardería, tiene su guardería y empieza a tomar, ahora ella tiene problemas de rodillas, pero antes toma “el curso de enfermería, mira que es fundamental porque si un niño se pone mal, no sé qué”, y empieza a tomar “el curso para hacer las tarjetas, no sé qué, para las manualidades de los niños” y “el curso de psicomotricidad y no sé qué para los niños” y “el curso de la medicina natural, para...” o sea, todo, y mi madre era de que cada fin de semana estaba asistiendo a algún curso, trabajando toda la semana y el fin de semana asistiendo a algún curso

Actualmente, a pesar de inconvenientes en su salud, la madre continúa con la estancia infantil, sigue adquiriendo nuevos conocimientos y tiene una vida muy activa. Carmen lo narra de la siguiente manera:

en estos momentos te digo la movilidad se le dificulta pero ahorita está aprendiendo, tiene su laptop y va los sábados a tomar su clase de computación, entonces ya abre en YouTube, baja vídeos, está participando -este año también lo va a hacer- en un concurso de escritura, va a mandar su participación ¿no?, es una mujer muy dinámica, es una mujer incansable, a mí me cansa, o sea va, viene, sube, baja, es una mujer que dice “¿dormirme?, o sea, cuando me muera voy a tener el tiempo suficiente para dormir, ahorita no”, es una mujer que se levanta a las cinco de la mañana, se acuesta a las nueve, diez de la noche, o sea, pero además su trabajo le fascina y es muy sensible, mira, dependiendo del sapo es la pedrada ¿no?, hay señoras que le pagan en especie

Esta manera de ser de su madre se ve reflejada en Carmen, quien dice tener su influencia:

yo no concibo mi existencia sin tener que estar leyendo, aprendiendo algo, o sea he podido pasar ciertos periodos de trabajo pero aunque no haya sido una educación formal he seguido haciendo cosas ¿no?, he seguido creando, he seguido investigando y en esos momentos yo, eh, y bueno, está también la influencia de mi madre ¿no?, o sea, “tienes que aprovechar el tiempo, porque cuando menos te des cuenta no has hecho nada” y dices “sí”, para mí fue como algo natural ¿no?, yo quería seguir estudiando pues tenía que seguirlo haciendo

En la etapa actual de su vida, Carmen ve a su madre como una mujer independiente, autosuficiente económicamente y que se vale por sí misma:

mi madre vive sola, es una mujer viuda, es una mujer de 68 años, que trabaja, que qué bueno, tiene su dinero, se compra lo que quiere, hace de su casa lo que quiere, dispone, o sea [...] yo puedo ir a visitar y demás, mis hermanos también, que le hablan por teléfono, de repente así como que decimos “híjole, ya está grande mi mamá ¿no?, está viviendo sola” pero es una mujer independiente y yo creo que mientras eso se pueda mantener, perfecto ¿no?

Sobre cómo concibe su madre el trabajo y la independencia económica, agrega:

le gusta muchísimo su trabajo, ama su trabajo y ella dice “yo doy gracias porque gracias a este trabajo yo me puedo comprar lo que quiera ¿no?, es muy pesado, sí, es mucha la responsabilidad, sí” porque tiene niños, ha recibido niños desde 45 días de nacidos y bueno ahora ya son unos jóvenes profesionistas, entonces dice “sí, pero gracias a que tengo trabajo tengo dinero, me puedo mantener” entonces cuando tú le dices “mamá, tengo mucho trabajo” “pues qué bueno hijo, qué bueno que tienes tu trabajo, imagínate si no lo tuvieras ¿no?”, te la revierte

Carmen también considera que su mamá está a favor de la igualdad entre mujeres y hombres como producto de su propia experiencia de desigualdad:

también tengo que reconocerle a mi madre, mi madre yo creo que es feminista sin saberlo ¿no?, mi madre dice o sea “las mujeres tenemos el mismo derecho que los hombres” [...] yo creo esto viene también, es cierto, somos producto de una historia en la familia, mi madre sólo tiene un hermano varón y mi madre es de esa época en donde a las mujeres, o sea, que no estudiaran nada porque las iban a mantener, entonces en su familia sus padres en quienes se abocan es con el hermano, al hermano hay que darle todo porque él va a ir a mantener una familia, ellas no, entonces esto priva a mi madre y le pone muchos obstáculos para estudiar y para salir

Es posible considerar que en estas experiencias se fundamentaban las expectativas de la madre de que sus hijas e hijos tuvieran las mismas oportunidades y que, particularmente ellas, vieran sus posibilidades de desarrollo más allá del papel de esposa, ama de casa y madre.

El padre

En el relato de Carmen aparece también la visión del mundo que tenía su padre como otro factor importante en su formación:

tuve un padre a lo mejor muy moderno para la época y demás, tampoco vivía así en el sometimiento y “las niñas solo tienen que hacer esto”, o sea no, sino que lo mismo podía hacer yo que podían hacer mis hermanos varones, ¿no?, no había estas limitaciones de “yo por ser mujer tenía qué...”

Recuerda también que su papá promovió que adquiriera autonomía al pasar de la escuela secundaria a la normal:

es cuando ya empiezo con esta independencia que de momento me angustió mucho porque antes, bueno, a la vuelta de la escuela todo mundo te llevaban, iban por ti, o sea y de repente así como que “tú ya solita”

Carmen narra la relación con su padre como cercana y refiere como un momento muy feliz en su vida cuando su padre al enfermar y separarse de su madre fue a vivir con ella y su pareja:

entre ellos establecen una muy buena relación, yo digo que esa fue una de las mejores épocas de mi vida, tuve a los hombres de mi vida juntos y me consintieron y me apapacharon de una manera maravillosa

Ser hombre

Como se mencionó en un apartado anterior, para Carmen ser hombre no implica una condición innata radicalmente distinta de ser mujer sino que la diferencia se establece en el género y los roles asignados.

A diferencia de las dos entrevistadas anteriores, ella no se refiere a los hombres en términos de conflicto y a lo largo de su narración hace referencia a buenas relaciones familiares, de amistad, de pareja y laborales con diferentes hombres en su vida.

Carmen, por ejemplo, habla con afecto de sus dos abuelos, de su padre, de sus amigos en la normal y en el magisterio. Asimismo hace referencia a buenas relaciones de colaboración con compañeros y jefes de trabajo. En cuanto a las parejas, recuerda con cariño a su primer novio y a la pareja con quien convivió, así como recuerda con mirada crítica otras dos relaciones de noviazgo.

En síntesis, podría decirse que Carmen percibe a los hombres como iguales y no los concibe ni en posición de superioridad ni se relaciona con ellos a partir de la dependencia emocional o económica ni en el terreno del conflicto.

Relaciones de género

Carmen recuerda a su familia como típica de la época, como ya se ha mencionado, con un papá proveedor y una madre dedicada a las tareas domésticas, de cuidado y de crianza. Sin embargo, en ese contexto, el trato que recibían hijas e hijos era igual tanto en los trabajos domésticos como en los juegos que se les permitían jugar.

Aun cuando en su contexto familiar había referentes y expectativas tradicionales para las hijas, había también principios de igualdad entre ellas y sus hermanos, además de las mismas expectativas de desarrollo.

En este sentido Carmen considera que su madre es “feminista sin saberlo” y que su padre tenía una visión diferente a la de su época sobre cómo tratar a las niñas y a los niños. En cuanto a la relación entre su madre y su padre, recuerda que había acuerdos sobre la crianza de hijas e hijos y que los regaños y castigos eran acordados entre ambos.

Sobre su propia relación de pareja con el compañero con quien convivió, comenta: “cada quien manejaba sus finanzas, sus dineros, teníamos gastos en común, la casa, todo esto, pero ni él me decía cuánto gana ni yo le decía “a ver, ¿cuánto me vas a dar?”, o sea no”.

En lo general, en la narrativa de Carmen no se presentan como particularmente problemáticas las relaciones con hombres ni con mujeres y en las experiencias que comparte está presente, de manera implícita, una búsqueda de igualdad en los vínculos que entabla tanto con sus compañeros de trabajo como con sus parejas. Por otra parte, las relaciones con mujeres tampoco aparecen como especialmente cercanas, a diferencia de la segunda entrevistada. En este orden de ideas, su

perspectiva sobre la interacción entre géneros no corresponde a un esquema tradicional en que los hombres cumplen un papel y las mujeres otro diametralmente opuesto.

Finalmente, cabe agregar que Carmen considera que ella probablemente causa miedo en los hombres y aunque dice que tal vez es por su tono de voz o por su irreverencia, es posible también que sea resultado de su manera *desgenerada* de concebir las relaciones.

Novios, matrimonio, parejas

La intención o expectativa de casarse está ausente a lo largo del relato de Carmen y considera que su decisión de salir del hogar familiar para vivir sola y de manera independiente fue difícil para su padre y su madre:

en ese momento yo creo que debía tener como unos 27, 28. Entonces en esos momentos digo “no”. Lo primero que hago es separarme de mi familia, en mi ingenuidad a pesar de la edad de ese momento yo digo “no pues yo puedo vivir sola”, en ese momento sé que le rompí a mi padre el corazón, ahora lo sé, a mi madre también aunque nunca me dijeron “quédate por favor, no te vayas” ¿no?, o sea, ya sabes yo acá con toda la madurez de “ya no puedo vivir aquí, me tengo que ir, tengo que ser libre”, este, me dijeron “sí, está bien perfecto” ¿no? “nada más te llevas todas tus cositas por favor” y pues sí, yo dije “pues mis cositas y con eso”

Antes y después de vivir sola Carmen tuvo algunas relaciones de noviazgo. La relación con su pareja más reciente duró diez años, durante los cuales vivieron juntos “por etapas”, como ella misma señala. En un momento dado, en el que habían decidido no continuar viviendo juntos y estaban redefiniendo su relación, su compañero falleció. Carmen señala que esta fue una situación muy difícil en su vida y que ha logrado superarla a través del trabajo terapéutico. Ahora dice no estar cerrada al amor y espera volver a encontrar pareja.

Sobre formar nuevamente una pareja dice de sí misma “soy muy rara, no conozco mucha gente, me cuesta trabajo relacionarme” y añade:

creo que conforme vas aumentando en edad también el número de varones se va reduciendo ¿no? [...] además bueno creo que lo saben, que son cada vez menos, entonces como que

se cotizan mucho ¿no?, entonces así como que... hay unos, y me dan mucha risa algunos, así a estas alturas de la vida así con estas voces así de “Hola, ¿cómo estás?” [con voz impostada] pero además como soy muy irreverente y me burlo mucho, a veces, creo que no, así como que unos me ven y dicen “adiós” [ríe]

Acerca del tipo de relación que le gustaría establecer y la persona con quien le gustaría hacerlo, comenta lo siguiente:

a mí no me gustan, no me satisfacen relaciones por ejemplo con un hombre casado, te sobran ¿no?, pero dices o sea a estas alturas de mi vida no me voy a andar escondiendo ni a esperar que alguien se enoje, o sea no, no, no, a mí nunca me han gustado las complicaciones y menos ahora, o con un sujeto que bueno porque tú tienes ya otra posición económica y demás espera que le compres todo, que lo mantengas dices no, tampoco, tampoco estoy en esa postura, también ahora conozco muchos intelectuales bien intelectuales pero que dices ¡ay qué aburridos!, ¿no?, mejor me leo a Habermas, muy soberbios ¿no?

Finalmente, Carmen hace un balance sobre su situación actual y lo que significa para ella tener una relación de pareja:

no con esto quiero decir “ya, se acabó mi vida en pareja”, no, claro que quiero tener una pareja, creo que el mejor momento de mi vida es cuando he tenido pareja, es maravilloso, me fascina tener una pareja, me fascina tener un hombre a mi lado, me fascina el sentirme acompañada, el ir caminando con alguien y no lo digo en sentido literal sino en la vida, pasar noches enteras hablando, discutiendo un libro o sea, me gusta, pero pues bueno, no sé a la mejor vuelve a ocurrir y espero que ocurra otra vez

La descendencia

En el primer contacto que tuve con Carmen, cuando expresó su interés en participar en esta investigación, comentó que no tener descendencia no es una decisión que se toma de una vez y para siempre, sino algo que se va construyendo, que se va haciendo a lo largo de la vida. Meses después, al concretarse la entrevista, fue esta la perspectiva que Carmen compartió sobre sí misma.

Así como en el relato de Carmen está ausente la intención o expectativa personal de casarse, también está ausente el propósito de tener descendencia. Es con la pareja con quien convive que Carmen plantea explícitamente su preferencia por permanecer sin tener hijas o hijos y considera que

la respuesta de su pareja fue importante en su determinación. Recuerda que este planteamiento lo hizo alrededor de los 38 años:

una de las cosas que más me... agradaron, me llenaron, me establecieron con esta relación es lo de los hijos justamente, o sea, yo tenía muy claro que yo no quería tener hijos ¿no? y entonces... pues de esas ocasiones en que pues vas planteando ya la vida más a futuro, qué vas a hacer, cómo... dices "pues tengo que decirle" ¿no? y en esos momentos yo estaba segura que pues se iba a acabar la relación porque generalmente todo mundo quiere tener hijos y entonces yo cuando le planteo le digo "oye, yo no quiero tener hijos, no me interesa y entonces ¿tú qué quieres?", él me dijo "no, para mi está perfecto ¿no?, yo no puedo ser tan irresponsable de hacer algo así, además yo no los necesito, yo te tengo a ti, tú me tienes a mí, ¿tú necesitas tenerlos?" yo dije "yo no", "yo tampoco" ¿no?

Carmen comenta también que ponderó esta decisión en el contexto de su relación y que pensó en la posibilidad tener descendencia si su pareja se lo planteaba, aunque se inclinaba por no hacerlo:

sí, desde el principio las cosas claras, no luego luego pero sí ya cuando ves que esto tiene un futuro dices "vamos viendo, si le seguimos o le paramos" ¿no? y sí hubo momentos en los que dije "sí, tener un hijo" [lo dice sopesando] pero lo pensaba más sin saber cuál iba a ser su respuesta ¿no?, decía "bueno, pues si él quiere, pues a lo mejor y sí ¿no?, pero como que, como que no" [ríe] y mira le agradezco muchísimo esa respuesta ¿no?, porque creo que si él me hubiera dicho otra cosa y yo hubiera actuado bajo esto de "por él" en estos momentos estaría en un gran lío yo, eh, o sea, no sabría qué hacer con un hijo ¿no?, una responsabilidad terrorífica, una responsabilidad muy grande".

A esta idea añade la falta de lo que ella llama "instinto maternal" y las implicaciones que desde su punto de vista conlleva tener descendencia:

pero aparte... pues no, nunca, yo no sé si soy anormal o qué pero nunca sentí esto del instinto maternal, o sea me gustan los niños, claro, son fascinantes, maravillosos, pero en su casa, un ratito, los niños son, me gustan, como dice un doctor, "pero en mole verde" o sea, por un rato, me asombran, me maravillan, pero no para tener uno en casa, creo yo también que soy muy egoísta y que a mí no me daría tiempo, o sea, en estos momentos y en otros yo si quiero me levanto si no quiero no me levanto, si quiero desayuno y abro una lata, si no me salgo a comer, con un hijo esto no es posible ¿no?, y también lo veía con mi pareja ¿no?, si queríamos íbamos a comer a la comida corrida, si no pues "prepárate unos sándwiches", si no pues no comemos, o sea, si queremos nos quedamos todo el día en casa

y si no ahorita nos vamos y regresamos pasado mañana, pero con un hijo nada de eso se puede ¿no?

Al preguntar a Carmen cuál diría ella que es la razón por la que no tuvo descendencia, compartió lo siguiente:

nunca lo pensé, nunca pensé ni en tenerlos ni en no tenerlos, simplemente fue algo que se fue dando con mi desarrollo y cuando sí se llegó el momento de planteármelo, te digo cuando ya vi esto “ay, creo que esto sí va más en serio, sí es necesario hablarlo” fue cuando lo hice ¿no?, pero de ahí en fuera, o sea de ahí en fuera ya no, entonces pues ¿por qué?, porque así se fue dando, porque así se fueron dando las circunstancias pero tampoco era algo así de que “tengo que ser madre ¿no?, a pesar de esta circunstancia”, o sea no, simple

A partir de su respuesta, pregunté a Carmen si esto implicaría entonces tampoco haber pensado “no tengo que serlo por estas o a pesar de estas circunstancias” y respondió lo siguiente:

exacto, tampoco “nunca en la vida voy a tener”, o sea yo dije “no quiero, no me interesa” nunca, te digo, nunca me afloró el famoso ¿qué? sentimiento maternal, amor maternal, nunca me visualicé, nunca me vi embarazada, nunca me vi arrullando a un niño ni cambiando un pañal, o sea, nunca me vi, o sea porque yo sé que hay mujeres que “no y yo me soñaba con mi vestido” así como nunca me soñé con mi vestido blanco ni el padre [sacerdote], o sea de la misma manera esto ¿no? y hay mujeres que te dicen “yo me vi con mi vestido” y “yo me soñaba con mi con mi panza y que mi panza y que...”, o sea, y yo así como que por más que decía ahora sí me voy a concentrar para verme a futuro, o sea nunca lo pude hacer ¿no?, o sea yo decía “¿qué? no, no, no, no, no”

Complementariamente, Carmen señala que si se hubiera embarazo a pesar de tomar precauciones, hubiera continuado con el embarazo: “de la misma manera, pues si se daba, aunque con todas las precauciones pudo haber pasado, pues bueno lo tenía ¿no? pero tampoco era así, algo así como “ay, lo logré”, o sea no”.

Al pedirle mirar su experiencia en retrospectiva y preguntarle qué lugar ha ocupado en su vida el no tener descendencia, señala:

pues simplemente ha sido, no tengo que decir “gracias a que no tuve hijos he logrado todo esto”, o sea no, simplemente fue algo que se dio y que conforme, te decía, fue pasando el tiempo o sea, sí, así es, esto es, no tuve que, he escuchado a otras mujeres y las veo y de

verdad no es falta de solidaridad pero no logro entender el sufrimiento que tienen, si tener o no tener un hijo, están en este dilema porque si no lo tienen ahora ya no lo van a poder tener el próximo año por tal, tal, tal pero si lo tienen ahorita tal, tal, o sea, y las ves cómo sufren, cómo se desgarran ¿no? y yo digo no, no me pasó, te digo, no sé si tendré algún problema severo pero no pasé por eso

Ahora bien, aun cuando Carmen considera que no tener descendencia “se fue dando”, al mismo tiempo hace referencia a una decisión:

lo que sí puedo decir es que no me arrepiento de esa decisión, creo que fue la mejor que pude haber tomado, o sea no, te digo no hubiera llegado aquí con un hijo, o sea no, ahorita tendría que estar trabajando para mantener al hijo y soy muy egoísta

Por otra parte, al preguntarle sobre las consecuencias que el no tener hijas o hijos ha tenido en su vida, comparte diversas experiencias. Una de ellas es acerca de la presión social para tener descendencia:

una de las consecuencias es que eres un caso atípico para un buen número de gente, entonces la gente lo primero es “¿cuándo vas a tener uno?”, “ay, para que no te quedes sola” ¿no? o “¿cuándo van...?”, o sea y es una presión, pero que conforme va pasando el tiempo ya no te la verbalizan pero sabes que cuando llegas a algún espacio, por ejemplo de gente que me conoce desde que yo soy niña, entonces así como que “está sola” ¿no? y tú dices “o sea, pues siempre estamos solos todos, no nada más los que tienen hijos o los que no tienen” ¿no?, es algo entonces, sí es algo que en algún momento llega a incomodar

También comparte lo que ha experimentado cuando las hijas o hijos se convierten en el tema central de las conversaciones y cómo este hecho afecta las relaciones de amistad:

también llega, ¿sabes qué? a dificultar las relaciones y hacer que tomes distancia inclusive de las amistades, ¿por qué? porque en el momento en que te reúnes ya con las amigas y demás entonces los hijos ¿no?, entonces fueron a la escuela, le dio el vómito, y entonces le pusieron diez y entonces lloré con él y tú dices “pues sí, me gusta escucharlo” pero cuando toda la platicar es sobre eso y bueno después “ay, pero tú que no tienes ¿verdad?” así como que “¡chin!, no vas a poder compartir” o dices pues “no, no porque bueno ¿de qué les platico? yo no tengo esas experiencias”

Carmen señala también que en ocasiones los logros son vistos como consecuencia de no tener descendencia y no como resultado de la capacidad personal:

también sirve a veces de reclamo para las mujeres que llegan a tenerlos y por estar en esa situación no hacen otras cosas ¿no?, “bueno, es que tú haces eso porque no tienes hijos ¿no?, pero yo ahorita que lo tengo, pero cuando ya crezca entonces yo voy a hacer eso, sí yo ya tengo pensado también ¿no?”, o sea, como que lo que tú logras no es por tu capacidad sino es “como no tuviste hijos tienes todo el tiempo”

Sobre el uso del tiempo, Carmen también señala que en el ámbito familiar se piensa que al no tener hijas o hijos se dispone de tiempo que la familia puede reclamar para sí:

esto también se da en situación familiar ¿no?, “como tú no tienes hijos entonces pues tú no debes tener problemas, tú debes tener todo el tiempo ¿no?” y tú dices “a ver, a ver, momento, yo también tengo una vida, que no tenga hijos es otra cosa pero yo también tengo problemas, también me canso o sea también tengo mi tiempo ocupado ¿no?”, ya a veces la familia lo empieza a entender y empiezan a respetar

Carmen comparte asimismo otros comentarios que las personas le han hecho por no tener descendencia, dejando ver el efecto anímico que causan y cómo implícitamente las personas buscan encontrar una explicación satisfactoria a una situación que les es ajena:

son cosas que te pesan, es algo que te pesa y sobre todo te digo porque en su gran mayoría creo que tienen hijos entonces así como que “y no tuviste ¿no?”, la gente lo ve con pesar cuando tú dices “es que no, yo así lo decidí” y demás, así como que “¿de veras, de veras, de veras que sí es cierto?” o sea y tú dices “sí, de veras, o sea, no, no me interesa” ¿no? o dicen “es que compensaste, con tus alumnos, ¿no?, como tuviste tantos hijos ahí” y tú dices “no, no, no, no, eso es muy distinto, una cosa es un alumno y otra cosa es un hijo” ¿no?

Sobre la diferencia entre la responsabilidad de ser profesora y de ser madre, comenta lo siguiente:

de la de tener un hijo, de esa no descansas, de esa como que, como calcomanía ¿no?, la tienes y bueno yo lo veo en los padres que conozco, en mis propios padres ¿no?, los hijos dan muchas satisfacciones, son la prolongación de su apellido y de ellos mismos en esta vida pero también son sus grandes dolores ¿no? y veo la impotencia y he visto la impotencia te digo de mis padres y de otros ante el sufrimiento de los hijos, ante el fracaso de los hijos, entonces dices “no”, mira yo no nací para sufrir, es cierto dan muchas alegrías pero esa parte no se las quita y tener un hijo es así como una calcomanía ¿no?

Otra de las experiencias de Carmen, relacionada con las explicaciones que las personas buscan encontrar, es el cuestionamiento que han hecho a su capacidad reproductiva o a su elección erótico-afectiva:

“ay, bueno, a lo mejor -esto relacionado con la cuestión reproductiva- pues realmente a lo mejor ni pudiste haberlos tenido oye, ¿nunca te diste esa oportunidad de saber si sí podías ser madre o no?” pues dices “pues no”, a lo mejor es cierto, biológicamente nunca lo comprobé ¿no? [ríe], no, te digo, son una serie de cosas y también mitos que se forman sobre uno ¿no?, por ejemplo con mi pareja, bueno, pero cuando eres sola, como ahorita está siendo mi caso, “no, pues es que eres lesbiana”

En este mismo sentido, acerca del cuestionamiento recurrente de qué pasará en la vejez al no tener descendientes, Carmen señala:

No, yo lo que creo... es que... mmm, los hijos son entes aparte y diferenciados y si están contigo cuando eres viejo, qué bueno, pero si no están también porque no es una obligación, no es una responsabilidad ¿no?, o sea yo lo que también ahora digo -esa es otra, ¿no?- “¿quién me va a dar un vaso con agua cuando yo esté muriéndome?”, entonces yo lo que digo “soy práctica, tengo que tener mi ahorro, porque cuando yo envejezca al menos debo tener dinero para que alguno de mis sobrinos vaya y me dé una vuelta y si no para contratar a alguien que me atienda”, nada más, pero yo, yo lo que creo es que, yo por ejemplo con mi padre que sí hubo una cuestión de salud y demás, pero te puedo decir que mi madre ¿no?, mi madre vive sola, es una mujer viuda, es una mujer de 68 años, que trabaja, que qué bueno, tiene su dinero, se compra lo que quiere, hace de su casa lo que quiere, dispone, o sea...

Finalmente, Carmen comparte el significado que tiene para ella participar en la investigación y la importancia de compartir su perspectiva:

desde que escuché el nombre de tu investigación y la platicaste, o sea, así como en un espejo dije “ay, está hablando de mí” dije, “está hablando de mí”, o sea, generalmente se habla de las madres, generalmente se habla de los hijos y las mujeres que no hemos optado por esto, no por vernos obligadas sino porque nos ha salido así como que de manera natural, o sea no existimos ¿no? y entonces y nos convertimos, te digo, en cosas raras y en donde todo mundo finca una serie de mitos, historias y demás y hasta ahora es la primera vez que alguien me pregunta, o sea, ¿por qué?, porque todo mundo tendrá su historia pero nadie me la había preguntado a mí ¿no?, que soy la protagonista, entonces gracias por darme la voz

Lo no dicho

De manera semejante a la entrevista con Blanca, una de las preguntas no hechas fue qué hubiera sucedido si la pareja con la que se encontraba hubiera respondido afirmativamente a la expectativa de tener descendencia.

Hitos

Es pertinente recordar que por hitos hacemos referencia a los hechos clave, en las experiencias de las mujeres entrevistadas, que configuraron la situación de no tener descendencia. Así, en el relato de las experiencias de Carmen se encuentran los siguientes:

Primero. En su socialización y su ambiente familiar no hubo un predominio del proyecto de vida a través del matrimonio y las/los hijos.

Segundo. Al iniciar su vida sexual, decidir usar condón como método anticonceptivo y apegarse a él a lo largo de su trayectoria.

Tercero. Plantear abiertamente a su pareja la decisión de no tener descendencia.

Cuarto. La coincidencia que encontró en su pareja sobre no tener descendencia.

Quinto. El hecho de no haberse embarazado, pues si a pesar de tomar precauciones hubiera ocurrido un embarazo ella lo habría continuado.

Análisis

Para responder cuáles son las experiencias que configuran la situación de no tener descendencia en las mujeres entrevistadas, podría decirse que éstas son inconmensurables entre sí, ya sea que la intención de ser madre no se concretara; que la decisión haya sido tomada siendo joven o bien que ser madre no formara parte del proyecto de vida.

Sin embargo, en estas experiencias pudieron encontrarse algunos hitos compartidos: la socialización de género, el control sobre la vida reproductiva y la relación dialógica con las parejas. Recordemos que en el contexto de esta investigación por hitos entendemos los hechos clave que configuraron la situación de no tener descendencia.

En cuanto a la socialización de género, a lo largo de las entrevistas Ana, Blanca y Carmen hacen referencia a diferentes “tipificaciones, nociones, ideas y valores reproducidos en prácticas” (Serret 2011, 84) acerca de los significados de ser mujer. No obstante, aun cuando en la socialización de género en sus contextos familiares hubo referentes tradicionales y expectativas habituales sobre el matrimonio y la descendencia, esto no fue definitorio en sus trayectorias de vida. Ana, por ejemplo, se define a sí misma como una mujer de trabajo, mientras que en Carmen la continuación de sus estudios y su desarrollo profesional son centrales a lo largo de su experiencia vital.

Por su parte, Blanca se plantea un rompimiento tajante con el papel tradicional de las mujeres y es precisamente ella quien considera que le hubiera gustado ser madre en una sociedad distinta, donde la responsabilidad del cuidado y la crianza fueran compartidas. Al mismo tiempo es consciente de que la sociedad en que vivimos no tiene esa configuración y es llana al señalar que tampoco pretende contar con una red de apoyo

Resulta interesante observar que ninguna de ellas rechaza radicalmente la maternidad o la idea de tener descendencia, sino que miran críticamente la manera en que estos hechos ocurren en la sociedad, pues en su perspectiva no omiten los riesgos, sacrificios e inequidades que implica. Riesgo

de ser madres y quedarse solas a cargo de hijas e hijos; sacrificios de tiempo y espacios personales; inequidades en cuanto a las responsabilidades y cargas de trabajo implícitas en la crianza.

En lo que respecta a las prácticas reproductivas de las entrevistadas, la de Ana podría describirse como tradicional en los términos definidos por Sánchez (2003): un noviazgo largo que culmina en matrimonio, lo cual legitima socialmente a la pareja para formar una familia por lo que el inicio de la vida sexual es también el inicio de la vida en pareja y la búsqueda de procreación. Posteriormente a su divorcio, Ana cambió su práctica reproductiva tradicional orientada al “matrimonio-pareja-familia” pero no la orientó al “embarazo-pareja-familia” o “pareja-embarazo-familia” (Sánchez 2003, 123), sino que reconsideró sus expectativas de tener descendencia y separó su vida sexual de la reproducción. En cambio Blanca y Carmen desde el inicio marcaron una diferencia entre su vida sexual y los fines reproductivos y acorde a esta idea utilizaron métodos anticonceptivos de manera constante.

En el caso de Ana, aun cuando el deseo de ser madre estuvo presente en su vida, la decisión de no tener descendencia se articuló en al menos dos circunstancias: valorar que con su segunda pareja sus posibles hijas o hijos no tendrían las características que ella hubiera deseado y ya no estar casada, considerando que para ella el matrimonio era la circunstancia ideal para ser madre. Posiblemente es Ana quien muestra más complejidades en su discurso pues refiere tanto su expectativa de tener descendencia como su decisión de no tenerla frente a las circunstancias que para ella no eran ideales. Al respecto puede considerarse que la narración en retrospectiva sobre la propia trayectoria da lugar a lo que Bourdieu llama “la ilusión biográfica”, una especie de ajuste de la historia personal a una trayectoria de vida coherente que conlleva una intencionalidad (1997). Sin embargo, desde otra perspectiva, es posible considerar que Ana no reconfigura su biografía para llegar a la conclusión de haber decidido no tener descendencia sino que efectivamente lo fue decidiendo frente a las circunstancias de su vida.

En el caso de Carmen, ella expresa nunca haberse visualizado como madre y haber decidido no

tener descendencia, lo que implicó el uso constante de anticonceptivos y hacer abiertamente el planteamiento de su decisión a su pareja. Al mismo tiempo no considera como un logro, es decir, como el cumplimiento de una meta, el hecho de no haber tenido descendencia. Esto hace posible, como ella explica, imaginar la situación contraria: si hubiera quedado embarazada hubiera proseguido con el embarazo. En Carmen coexisten tanto la decisión de no tener descendencia y sus acciones encaminadas a ello como la posibilidad de haberla tenido en caso de un embarazo.

En el caso de Blanca la decisión de no tener descendencia como una forma de elegir un destino diferente al que se le había señalado desde niña implicó no sólo el uso de anticonceptivos, sino la elección de un aborto ante un embarazo inesperado y la elección también de realizarse una OTB como método anticonceptivo definitivo.

Por otra parte el papel activo o pasivo, ausente o presente de la pareja en estas determinaciones de permanecer sin descendencia resulta un elemento importante para explicar esta circunstancia. En el caso de Blanca y Carmen la confirmación de sus parejas de no querer tener descendencia apoyó la decisión que ellas realizaron. Como se señaló anteriormente, vale la pena preguntarse qué habría ocurrido si estas parejas hubieran manifestado su deseo de tener descendencia.

En el caso de Ana, en un primer momento acuerda con su marido posponer el momento de la procreación. Posteriormente, al no tener esposo y al no considerar adecuada a una de sus parejas, ella decide que no tendrá descendencia. Para Ana la presencia de una pareja y que esta cumpliera sus expectativas era fundamental en su decisión de tener o no tener hijas/hijos.

En este orden de ideas, una tarea importante de esta investigación se centró en analizar qué significa decidir cuando de no tener descendencia se trata. En la bibliografía revisada para la elaboración del estado de la cuestión se encontró que esta definición ha sido también problematizada desde diferentes perspectivas.

Según la perspectiva de Kiser (1939), existen diferentes grados en que la falta de descendencia es voluntaria y no hay una clara línea divisoria entre no tenerla de manera voluntaria en comparación con que esto ocurra de manera involuntaria. Recordemos que para este autor la conjunción de diez años de unión sin usar métodos anticonceptivos, sin tener descendencia y la búsqueda de atención médica eran indicativo de una situación involuntaria, mientras que una configuración diferente mostraría distintos grados de voluntad para tener o no tener hijas o hijos, lo que puede ser considerado también como distintos grados en la decisión de tener o no tener descendencia.

En la perspectiva de Houseknecht (1987) no tener descendencia de manera voluntaria puede considerarse una decisión cuando reúne dos características: fue una elección y esa elección permaneció a lo largo del tiempo. Si la mujer en cuestión ha pospuesto la decisión o ha tenido incertidumbre sobre si tener descendencia o no tenerla, para la autora no puede considerarse una elección voluntaria. De este modo Houseknecht apunta que existen dos tipos de personas: quienes deciden a edad temprana e incluso antes del matrimonio y quienes llegan a la decisión a través de una serie de posposiciones posteriores al casamiento. Adicionalmente, la autora señala que quienes muestran altos grados de incertidumbre no pueden ser consideradas como personas sin descendencia de manera voluntaria.

En cuanto a la postura de Bulcroft y Teachman (2004), se le llamaría voluntaria a la ausencia de hijos intencionada e involuntaria a la ausencia de hijos debido a circunstancias, pero señalan que es poco preciso distinguir la ausencia de descendencia por elección de la que es producto de las circunstancias. En esta perspectiva consideramos que mientras la primera situación sería producto de una decisión orientada a ese fin, la segunda situación sería producto de una decisión implícita o subordinada, o bien, de una serie de decisiones a partir de situaciones y contextos a lo largo del tiempo.

De esta manera, cabe preguntarse en qué medida es posible decir que ha habido una decisión cuando ésta ha sido acotada por las circunstancias. Si una mujer decide no tener descendencia

porque en sus circunstancias de vida considera no encontrarse en la situación ideal (matrimonio y compañero adecuado) ¿es una decisión libre y voluntaria o acotada a las circunstancias, como en el caso de Ana? Si una mujer decide no tener descendencia porque en su contexto sociocultural la crianza es sólo una tarea de mujeres aunque en otras circunstancias ella sí hubiese decidido tener descendencia, como es el caso de Blanca, ¿es una decisión libre, voluntaria, o una decisión acotada? O bien, como en el caso de Carmen, ¿qué peso tuvieron las circunstancias en el hecho de no tener hijas o hijos cuando, de haberse embarazado, declaró que hubiera continuado con el embarazo, a pesar de haber decidido hasta entonces no tener descendencia?

De Ana podría decirse que, bajo la perspectiva de Kiser (1939), pasó de no tener descendencia de manera involuntaria a no tenerlos de manera voluntaria. Para Housekchnecht, Ana no sería ni una articuladora temprana ni una mujer que pospuso su decisión, sino alguien que no tuvo descendencia de manera involuntaria. Sin embargo, al clasificarla de esta manera, negaríamos la voluntad de Ana al decidir no tener descendencia por no encontrarse en la situación ideal. En el horizonte de Bulcroft y Teachman (2004) sería poco preciso clasificar su caso como ausencia de descendencia por circunstancias porque implicó también una serie de elecciones, de decisiones.

Sobre Blanca, desde la perspectiva de Kiser (1939), podríamos decir que no tuvo descendencia de manera voluntaria. Siguiendo las ideas de Housekchnecht (1987) diríamos que ella no tuvo descendencia de manera voluntaria y que sería una articuladora temprana. Pero desde la perspectiva de Bulcroft y Teachman (2004), el contexto sociocultural al que alude Blanca como factor decisivo, donde la crianza es un trabajo exclusivamente femenino y donde existen numerosos sacrificios ligados a la maternidad, sería una circunstancia bajo la cual debiera ser interpretada su decisión.

El caso de Carmen, siguiendo las ideas de Kiser (1939), sería el de una mujer que no tuvo descendencia de manera voluntaria, al igual que Blanca. En la perspectiva de Housekchnecht (1987) se diría que hubo una elección que permaneció a lo largo del tiempo; por otra parte, si bien relata

que nunca tuvo deseos o ganas de la maternidad, no se identifica claramente como alguien que decidió no tener hijas/hijos desde joven, es decir, no podríamos identificarla como articuladora temprana, pero tampoco como alguien que pospuso la decisión a lo largo del tiempo. En la perspectiva de Bulcroft y Teachman (2004) la ausencia de descendencia en su caso sería intencionada, sin embargo, dada la circunstancia de un embarazo Carmen habría decidido ser madre, así que su intención quedaría acotada ante la circunstancia de un embarazo.

A partir de estas ideas es posible considerar que la decisión de permanecer sin descendencia no puede leerse ajena a las circunstancias. Ana habría sido madre en otros escenarios y no lo fue por las circunstancias concretas de su vida. Blanca habría querido ser madre si las circunstancias socioculturales de la crianza fueran otras. Carmen habría sido madre dada la circunstancia de un embarazo. Sin embargo con esto no implicamos que estas mujeres no fueron madres de manera inintencionada, que fueran inconsistentes en sus decisiones o que incluso sus vidas fueran sólo producto de las circunstancias. Por el contrario: decidieron no tener descendencia en las circunstancias particulares de sus vidas y sus expectativas de vida fueron negociándose con estas circunstancias, mediadas por decisiones activas relacionadas con la reproducción y la relación con sus parejas. En el caso de Ana, con el uso de anticonceptivos y un posible aborto; en el caso de Blanca también con el uso de anticonceptivos, un aborto y la OTB; en el caso de Carmen con el uso de anticonceptivos y la explicitación con su pareja de sus deseos de no tener hijas/hijos. Consideramos que es en esta clave que deben comprenderse los procesos mediante los cuales estas mujeres llegaron a no tener descendencia.

Retomando la perspectiva de Kuczynski (1938), no sólo la edad, el estatus marital y la conducta reproductiva brindan información sobre las mujeres que deciden no tener descendencia sino que se trata de una situación vital relacionada con otros factores sociales.

En este sentido la decisión de no tener descendencia y permanecer sin descendencia implicaría una elección intrínsecamente vinculada a las circunstancias concretas de la vida de cada mujer. De ser

así podríamos considerar que más allá de grados de voluntariedad, como propuso comprender Kiser, o además de elección y permanencia, como plateó Housekchnecht, o aparte de la diferencia entre lo intencionado y lo involuntario, como sugieren Bulcroft y Teachman, el fenómeno de mujeres sin descendencia debe comprenderse a partir de la posibilidad actual de las mujeres de pensarse a sí mismas como mujeres sin hijas/hijos y de la concreción que esta posibilidad adquiere en sus circunstancias de vida, ponderando las decisiones que median entre una y otra. En otras palabras, en la situación de no tener descendencia se configuran decisiones en diálogo con circunstancias de vida y en este sentido las definiciones sobre lo que significa decidir no tener descendencia no debieran ser limitantes en la comprensión del fenómeno.

Reflexiones finales

A lo largo de esta investigación se realizaron algunos hallazgos que a continuación se proponen como aportes al estudio del tema de mujeres sin descendencia por decisión propia, especialmente en el campo de estudio en México.

Para comenzar, se encontró que los términos *childless* y *childfree* no son utilizados como conceptos en la producción académica de lengua inglesa, sino como una palabra común en el caso del primero y en el caso del segundo como un término elaborado para disentir del significado implícito en el sufijo *less*, sin, de la palabra *childless*, sin hijos, sustituyéndolo por *free*, que usado al final de otra palabra significa “sin” pero que aunado a la palabra *child*, hija/hijo, juega con el significado “ser libre de”. Se sugiere, en posteriores estudios académicos realizados en nuestro país, utilizar ambos términos en el contexto de otras investigaciones o desarrollos teóricos y no como referentes conceptuales *per se*.

Por otra parte, fue posible ubicar que si bien es un tema que se incorporó de manera más visible a la investigación en ciencias sociales y psicología a partir de los años 70, no es un fenómeno nuevo, sino que se hace referencia a él en publicaciones académicas incluso desde inicios del siglo XX. Lo anterior es relevante en tanto se pretenda explicar de manera histórica y situada la existencia de mujeres que deciden no tener descendencia.

Otro hallazgo en esta investigación fue la diversidad de aproximaciones al fenómeno en cuanto a su definición operacional, conceptualización y aproximaciones metodológicas. Como una tarea futura de investigación se propone una sistematización comparativa de estos referentes que posibilite la identificación de las premisas implícitas o explícitas en los nuevos estudios que se realicen.

En relación con lo anterior, una de las contribuciones de esta investigación exploratoria fue establecer una definición operacional distinta de las utilizadas en los estudios previos realizados en México, revisados como parte del estado del conocimiento.

En este orden de ideas, cabe recordar que en la presente investigación se definió entrevistar a mujeres sin descendencia que ya habían concluido su ciclo reproductivo. En contraste, Ezcurdia (2005) incluye en su investigación a mujeres que han pospuesto la maternidad pero que manifiestan querer tener descendencia, mientras que Ramírez (2013) incluye a mujeres que dicen no querer tener descendencia pero aún están en etapa reproductiva.

Adicionalmente se tomaron en cuenta las características que, siguiendo a Houseknecht (1987), reúne el hecho de no tener descendencia de manera voluntaria: que haya sido una elección y que esa elección haya permanecido a lo largo del tiempo.

Bajo esta idea, si bien se buscó entrevistar a quienes se identifican a sí mismas como mujeres que han elegido no tener descendencia, la investigación se propuso comprender las experiencias que configuraron esta situación más que dar por sentada la decisión como punto de partida para la indagación. Esta característica en la investigación también marca una diferencia con la realizada por Ávila (1996), quien parte de la premisa que sus entrevistadas lo decidieron así como una manera de cuestionar los mandatos de la feminidad.

En este sentido, más que aplicar alguno de los conceptos ya existentes en la literatura para explicar cómo o por qué las mujeres deciden no tener hijas o hijos, el objetivo general de la investigación fue indagar los aspectos significativos del proceso mediante el cual las mujeres estudiadas llegaron a no tener descendencia.

A este respecto y siguiendo los objetivos específicos de la investigación, se identificaron tres hitos en las experiencias de vida de las mujeres entrevistadas relacionados con no tener descendencia: la socialización de género, el control sobre la vida reproductiva y la relación dialógica con las parejas. De estos hitos hemos dado cuenta en la sección correspondiente al análisis de las entrevistas.

En cuanto a los procesos mediante los cuales las mujeres llegaron a no tener descendencia, como puede verse a través de las entrevistas y su análisis, éstos implicaron una decisión en relación con las circunstancias concretas de sus vidas, lo cual supuso que las expectativas sobre sí mismas fueran negociadas con sus circunstancias vitales concretas y mediadas por decisiones activas relacionadas con la reproducción y la relación con sus parejas.

Por último, sobre cómo se configura la situación de no tener descendencia en las mujeres estudiadas, puede decirse que es a partir del diálogo entre la decisión y las circunstancias específicas de vida. En ello encontramos también un aporte al estudio del tema al poner en perspectiva que no tener descendencia de manera voluntaria se trata no sólo de una decisión sino de una situación vital relacionada con otros factores sociales, mismos que fueron descritos en el análisis.

Por otra parte, al finalizar el análisis de las entrevistas decíamos que el fenómeno de mujeres sin descendencia debe comprenderse a partir de la posibilidad actual de las mujeres de pensarse a sí mismas como mujeres sin hijas/hijos y de la concreción que esta posibilidad adquiere en sus circunstancias de vida, ponderando las decisiones que median entre una y otra.

En este sentido, un aspecto común en las experiencias de las mujeres entrevistadas es la articulación de su identidad como mujeres sin considerar a la maternidad o a la descendencia como elementos clave para su definición.

La identidad, como sistema de significaciones que permite a las personas comunicarse con el universo cultural en que están situadas y en el cual hay símbolos y valores compartidos, posibilita otorgar sentido a las acciones y dar coherencia a la vida. Ahora bien, aunque la identidad implica el punto de vista subjetivo de las personas, e incluso se considera que ese es su locus, no debe olvidarse que es al mismo tiempo una articulación, una bisagra entre el individuo y la sociedad, entre la persona y la colectividad.

Por esta razón es necesario diferenciar en lo analítico dos planos de la identidad: la individual y la colectiva. Mientras que la individual supone el reconocimiento de la mismidad, la colectiva, siguiendo a Sara Makowski, “asegura a un grupo o a una sociedad su continuidad y su permanencia; regula la adscripción de los individuos al definir los requisitos necesarios para formar parte del grupo” (1996, 55).

A lo anterior debemos añadir que la identidad no es una entidad fija, invariante, sino que al ser intersubjetiva y relacional, su construcción es un proceso histórico y contextual. Al respecto, Marcela Lagarde señala que “la identidad de las mujeres es el conjunto de características sociales, corporales y subjetivas que las caracterizan de manera real y simbólica de acuerdo con la vida vivida” (1990).

Para esta autora “el contenido de la condición de la mujer es el conjunto de circunstancias, cualidades y características esenciales que definen a la mujer como ser social y cultural genérico, como ser-para y de-los-otros” (1990) y, consecuentemente, como un ser subordinado. Lagarde considera también que “las características de la feminidad son patriarcalmente asignadas como atributos naturales, eternos y ahistóricos, inherentes al género y a cada mujer” (1990).

Por su parte, en cuanto a las características y roles asignados a la identidad femenina, Estela Serret señala que el deber ser femenino prescribe a las mujeres dejar de ser para sí mismas y convertirse en seres para otros, es decir, prescribe la anulación de sí mismas sometiéndose a la norma, lo que implicaría asimilarse a la naturaleza:

Acatando las reglas de la cultura, dejando de ser (de la única forma en que lo femenino, según el imaginario tradicional, puede ser, es decir, como naturaleza) el deber ser femenino prescribe a la identidad dejar de ser para sí y convertirse en un ser para otros, en un medio para otros fines (2001, 148).

Asimismo, según Marcela Lagarde, la condición genérica de las mujeres "es opresiva por la dependencia vital, la sujeción, la subalternidad y la servidumbre voluntaria de las mujeres en relación con el mundo (los otros, las instituciones, los imponderables, la sociedad, el Estado, las fuerzas ocultas, esotéricas y tangibles)" (2003, 35). En otras palabras, la condición genérica de las mujeres es la subordinación misma.

Derivado de esta condición genérica, señala Serret que "la subordinación femenina se explica a partir de la manera cómo se construye un orden simbólico tradicional y de cómo se generan en él las identidades" (2001, 22).

Recapitulando, la simbólica tradicional de la identidad femenina vincula a las mujeres a la naturaleza y por tanto a su rol reproductivo y a partir de ello se construye el imaginario de la madre, de la esposa y posteriormente, del ama de casa como roles naturales, eternos y ahistóricos.

A este respecto es necesaria una precisión sobre la que Serret ha sido sumamente enfática: esta idea de la mujer doméstica no es transhistórica, sino un producto sociocultural del siglo XIX con el cual se intentó contrarrestar las demandas de derechos políticos y civiles de las mujeres a partir de la Ilustración, la Revolución Francesa y el movimiento sufragista.

La idea de la mujer doméstica que no realiza trabajo productivo invisibiliza una realidad de la que podemos dar cuenta, por ejemplo, desde la edad media: las mujeres producían manufacturas al interior de sus unidades domésticas al igual que los otros miembros de sus familias, también eran campesinas. Con la disolución de los feudos y la creación de los burgos y posteriormente la industrialización, las mujeres se integraron como obreras a las industrias. El empobrecimiento de algunas familias otrora acaudaladas o la soltería o la viudez llevó a mujeres educadas a desempeñar trabajos como institutrices.

Señala Serret:

Estamos acostumbradas, incluso por muchos análisis feministas, a pensar esta asociación mujer-hogar, condensada en la figura de la mujer doméstica, como transhistórica y universal, lo que contribuye a generar una sensación de naturalidad en la asignación de ese sitio a las mujeres. También, en consecuencia, parecen asumirse como naturales los diversos conceptos asociados con esta imagen, como la realización de un trabajo no pagado (considerado no-trabajo), el carácter dulce y abnegado de la mujer doméstica, que vive a través del instinto y la emotividad, por y para aquellos que integran su familia (Serret 2002, 40).

Para desnaturalizar estas atribuciones a la identidad femenina y para visibilizar el trabajo de las mujeres es necesario hacer énfasis en que este constructo de la mujer doméstica no es transhistórico. Esta desnaturalización también es necesaria para reflexionar sobre la posibilidad de la transformación en la identidad de las mujeres y, entre otros cuestionamientos posibles, su relación con la maternidad y la descendencia. Decíamos anteriormente que ninguna identidad es fija, sino que existe en ella ubicuidad social, cultural y variabilidad histórica.

Al hablar de identidad genérica, la precisión resulta necesaria porque al situarnos en la perspectiva crítica de género hablamos de la identidad genérica como una construcción sujeta a cambios. En palabras de Lucero Jiménez, el género debe ser comprendido como

un conjunto de relaciones sociales que, basadas en las características biológicas, regula, establece y reproduce diferencias, pero también desigualdades entre hombres y mujeres. Se trata de una construcción social que es histórica, que varía de sociedad a sociedad y que tiene también sus matices cuando en este concepto se amplía la mirada y se introducen categorías fundamentales de la desigualdad social, como son la clase social y la etnia (2007, p. 100).

Entonces, ¿qué sucede al respecto de la permanencia y el cambio en la identidad de las mujeres? Si la idea de “la mujer” es decir, de la condición de género, es “la síntesis histórica de sus determinaciones sociales y culturales” y la noción de “las mujeres”, es decir, de la situación de género, es la expresión de sus condiciones específicas y concretas” (Lagarde 1990), podemos considerar que en la vida vivida, en la situación vital de las mujeres, hay posibilidades de interpretar o reinterpretar el deber ser marcado por la identidad femenina, de manera que esa identidad dominante puede afirmarse o bien ser resistida a través de acciones divergentes. Por ejemplo, el hecho de no tener descendencia por decisión propia.

A partir de los cuestionamientos del movimiento feminista de los años 70, acerca del papel social que las mujeres desempeñaban en la sociedad, las feministas reivindicaron el derecho a participar en esferas que hasta entonces les estaban vetadas (de facto o de iure), cuyo acceso era acotado o en las cuales no había igualdad de oportunidades.

Este derecho de las mujeres fue equiparado a la libertad que también demandaban para tomar decisiones sobre sus vidas. De igual manera, señalaron la necesidad de visibilizar a las mujeres en los espacios en que habían participado desde siempre pero en los que no era tomada en cuenta su presencia o cuya importancia era considerada marginal.

Señalaron también la necesidad de visibilizar las labores domésticas que las mujeres llevan a cabo en sus casas sin que fueran consideradas como un trabajo, que no es productivo económicamente porque no se paga y no se registra en las cuentas nacionales, pero que genera condiciones para la producción económica en otras esferas.

Finalmente, reivindicaron también derechos sexuales y reproductivos y denunciaron los diferentes tipos de violencia de que eran sujetas por el hecho de ser mujeres y, muy importante, acuñaron la frase “lo personal es político”, con lo cual quisieron declarar que todas las circunstancias que hasta entonces se consideraba como de la vida privada de las mujeres (por ejemplo, ser golpeadas o

limitadas en su libertad personal) en realidad era un asunto que competía a la sociedad y que incluso se requería la intervención estatal para ser erradicado.

Estos cuestionamientos atravesaron también la forma tradicional de concebir la identidad femenina en varios sentidos, por ejemplo, como inexorablemente ligada a la maternidad, a la descendencia y a la crianza.

Sin embargo los cambios en la identidad femenina tradicional no han sido profundos ni radicales.

Citando a Estela Serret:

"el socavamiento de la simbólica tradicional del género, en particular de la femenina, causado por la modernidad, no ha corrido parejo con la construcción positiva de una simbólica alternativa que pudiéramos calificar como "moderna". Antes bien, lo que podemos apreciar al respecto, manifestado en el imaginario social de lo femenino y en las identidades sociales y políticas de las mujeres, es un cuestionamiento al patrón tradicional, o alguna fractura en el mismo, pero no parece revelarse la existencia de otra simbólica femenina que se distinga de la tradicional por algo más que la negación. De ser esto cierto, indicaría la presencia de una conflictividad importante en las identidades sociales, en particular las femeninas, pues finalmente es este polo simbólico el que más se ha visto afectado por la deconstrucción moderna" (Serret 2001, 145).

Consideramos que esta continuidad en la identidad tradicional femenina puede deberse al apego de las mujeres a los roles tradicionales, suyos y de los hombres, pues parte de este arraigo nace de la certeza que brindan los roles de género, tal y como los conocemos, en el orden y estructura de la sociedad. Cuestionarlos, desafiarlos y remontarlos supone una situación de inestabilidad e incertidumbre en un mundo complejo que brinda en sí mismo muy pocas certezas.

En este sentido, pareciera que la pauta en las transformaciones de los roles de género no ha sido la transgresión total o la ruptura del canon, sino algunas expresiones de cambio en la identidad femenina que podemos documentar como relevantes en tanto que cuestionan uno o más de los elementos de la identidad de género tradicional, como la pasividad, la objetivación sexual y la maternidad.

No queremos decir con ello que las mujeres que encarnan estas expresiones de cambio rompan totalmente con la identidad tradicional. Pueden vivirse tensiones o contradicciones, pero la experiencia vital da paso a la creatividad.

Como señala Marcel Lagarde: “Cada espacio y cada proceso de desestructuración del ser-de y para-otros que define la feminidad significan una afirmación de las mujeres: son hechos innovadores, hitos de libertad y democratización de la sociedad y la cultura (1990)”. Desde esta perspectiva, el fenómeno de las mujeres que por decisión propia no tienen descendencia requiere ser analizado.

Si bien a lo largo de la historia podemos encontrar algunas mujeres excepcionales que tomaron esta decisión, como Simone de Beauvoir, es a partir del Women’s Lib en los años 70 que la posibilidad de ser mujer sin tener que ser madre comienza a manejarse en los círculos de discusión y reflexión feministas.

Como tal, la influencia del pensamiento feminista de la segunda ola tiene inmediatas repercusiones en los países capitalistas más desarrollados y más tarde, paulatinamente, comienza a extenderse hacia América Latina.

Es alrededor de esa época en que podemos dar cuenta de la conformación de un pensamiento, e incluso un término específico en Estados Unidos, que abanderan la libre decisión de no tener hijos: *childfree lifestyle*. Según Rosemary Gillespie, para las mujeres que toman esta decisión, el principal beneficio de no tener hijos radica en la libertad (2003).

Ahora bien, aunque en idioma inglés se acuñó un término para designar esta decisión, no sucede así en América Latina. Ya en 1990, año en que se publicó *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Marcela Lagarde daba cuenta de la dificultad de nombrar, conceptualizar y comprender esta transformación en la identidad de las mujeres:

En nuestra cultura resulta de tal manera impensable que una mujer no tenga hijos, que no existe un concepto para designar el hecho y es necesario describirlo (...) Es concebido como una mutilación de la mujer (...) Si la mujer no tiene hijos de manera voluntaria, ha cercenado una parte de su ser, se la concibe como castrada (2003, p. 416).

Cabe preguntarse, entonces, hasta qué punto la identidad tradicional de las mujeres que deciden no tener descendencia es puesta en cuestión por ellas mismas y si las mujeres que toman esta decisión articulan su identidad alrededor de otras características tradicionales, resignificando la maternidad, o bien, la articulan alrededor de características no relacionadas con la maternidad.

Cabe preguntarse en qué medida, aun cuando las mujeres deciden no reproducirse biológicamente, reproducen el rol de madre en otras relaciones y espacios. El término para designar esta acción es maternizar.

En cualquiera de estas circunstancias, es posible considerar que una mujer que decide no tener descendencia trastoca la identidad femenina tradicional y la subordinación femenina, pues pone en cuestionamiento la simbólica que equipara lo femenino con la naturaleza, con su rol reproductivo y con su ser de y para los otros.

Como señala Marcela Lagarde, "las mujeres anteceden en los hechos a las concepciones y realizan hechos innombrados" (2003, 417).

Bibliografía

- Ávila, Alba. «Las mujeres ante los espejos de la maternidad.» México: Maestría en Antropología Social, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1996.
- Babbie, Earl. *The practice of social research*. Belmont, CA: Wadsworth, 2010.
- Badinter, Elisabeth. *The conflict: How modern motherhood undermines the status of women*. NY: Metropolitan Books, 2011.
- Basten, Stuart. *Voluntary childlessness and being Childfree. The future of human reproduction, Working paper #5*. St. John's College, Oxford and the Vienna Institute of Demography, 2009.
- Bourdieu, Pierre. «La ilusión biográfica.» En *Razones prácticas*, de Pierre Bourdieu. Barcelona: Anagrama, 1997.
- Bulcroft, Richard, y Jay Teachman. «Ambiguous Constructions: Development of a Childless or Child-Free Life Course.» En *Handbook of Contemporary Families: Considering the Past, Contemplating the Future*, de Marilyn Coleman y Lawrence H. Ganong, 116-135. Thousand Oaks, CA: SAGE Publications, 2004.
- Chaucer, Geoffrey. «The Succession.» En *Chaucer's Whims: Being Some Select Fables and Tales in Verse, Very Applicable to the Present Times*, de William Pittis y Geoffrey Chaucer. Edwards, D., 1701.
- Colby, Sandra L., y Jennifer M. Ortman. *The Baby Boom Cohort in the United States: 2012 to 2060. Population Estimates and Projections*. Current Population Reports, Washington, DC: U.S. Census Bureau, 2014.
- Collins, Gail. *America's Women*. New York: Harper Perennial, 2007.
- CONAPO. «CONAPO.» *Boletín N°02/09*. 8 de marzo de 2009.
<http://www.conapo.gob.mx/prensa/2009/bol090308.pdf> (último acceso: 27 de abril de 2011).
- . «CONAPO.» *Boletín N°195/10*. 15 de mayo de 2010.
http://www.conapo.gob.mx/prensa/2010/bol012_2010.pdf (último acceso: 27 de abril de 2011).
- Cuber, John. «Can We Evaluate Marriage Education?» *Marriage and Family Living* 11, nº 3 (Agosto 1949): 93-95.
- Davis, Katharine Bement. *Factors in the sex life of twenty-two hundred women*. New York: Harper & Brothers, 1929.
- Davis, Melody. «Childfree person.» *Off our backs*, Junio de 1974: 24.
- Diane. «An open letter to my sisters in the women's movement.» *Off Our Backs*, Mayo de 1974: 2-3.

- Ezcurdia, Claudia. «Ser mujer sin hijos y no morir en el intento. Algunas reflexiones sobre el ideal maternal y las mujeres sin hijos.» México: Maestría en Estudios de la Mujer, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, 2005.
- Farrell, Walter. *A Companion to the Summa*. Vol. IV. New York: Sheed and Ward, 1942.
- Freedman, Ronald, Pascal K. Whelpton, y Arthur A. Campbell. *Family Planning, Sterility And Population Growth*. New York: McGraw-Hill, 1959.
- Gallagher, Eugene. «Prenatal and Infant Health Care in a Medium-sized Community.» *American Journal of Public Health and the Nations Health* 57, nº 12 (1967): 2127-2137.
- Gardner, Charles. «The Right Of The Child To Education.» *Religious Education* 10, nº 3 (1915): 225-233.
- Gillespie, Rosemary. «Childfree And Feminine: Understanding the Gender Identity of Voluntarily Childless Women.» *Gender & Society* 17, nº 1 (2003): 122–136.
- Gillespie, Rosemary. «Voluntary childlessness in the United Kingdom.» *Reproductive Health Matter* 7, nº 13 (1999): 43-53.
- Grebenik, E. «Contraception and Fertility among American Women.» *The Milbank Memorial Fund Quarterly* 38, nº 3 (Julio 1960): 292-296.
- Grebenik, Eugene. «Contraception and Fertility among American Women. Reseña de Family Planning, Sterility and Population Growth, por Ronald Freedman, Pascal K. Whelpton y Arthur A. Campbell.» *The Milbank Memorial Fund Quarterly* 38, nº 3 (Julio 1960): 292-296.
- Hoffnung, Michele, y Patricia Loving. «A response to Diane and our sisters in the women's movement.» *Off Our Backs*, Julio de 1974: 29.
- Houseknecht, Sharon. «"Reference group support for voluntary childlessness: evidence for conformity.» *Journal of marriage and family* 39, nº 2 (Mayo 1977): 285-292.
- Houseknecht, Sharon. «Timing of the decision to remain voluntarily childless: Evidence for continuous socialization.» *Psychology of Women Quarterly* 4, nº 1 (1979): 81-96.
- Houseknecht, Sharon. «Voluntary Childlessness.» En *Handbook of Marriage and the Family*, editado por Marvin Sussman y Suzanne Steinmetz, 369-395. New York: Plenum, 1987.
- INEGI. *Registros Administrativos. Natalidad. Consulta de resultados. Tabulados estatales. Conjunto de datos 7. Nacimientos registrados por tamaño de localidad de residencia habitual y grupos quinquenales de edad de la madre al nacimiento según orden del parto*. 2011. <http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/Proyectos/registros/vitales/consulta.asp?c=11781&s=est#> (último acceso: 1 de octubre de 2013).
- . *Consulta Interactiva de Datos del Censo de Población y Vivienda 2010*. 2013. <http://www.inegi.org.mx/sistemas/olap/proyectos/bd/consulta.asp?p=17118&c=27769&s=est> (último acceso: 1 de marzo de 2013).

- . *Cuadro Resumen. Indicadores de demografía y población*. 2016.
<http://www3.inegi.org.mx/sistemas/temas/default.aspx?s=est&c=17484> (último acceso: 25 de febrero de 2016).
- . *Indicadores Sociodemográficos de México (1930-2000)*. Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 2001.
- . *Mujeres y hombres en México 2012*. México: INEGI, 2012.
- INEGI-CONAPO. *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica 2009*. México: INEGI, 2011.
- Jensen, P. «Childlessness and general practice.» *The Journal of the College of General Practitioners* 11, nº 2 (Marzo 1966): 150–165.
- Jiménez, Lucero. «Algunas ideas acerca de la construcción social de las masculinidades y las feminidades, el mundo público y el mundo privado.» En *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*, de Lucero Jiménez y Olivia Tena, 99–118). Cuernavaca: CRIM UNAM, 2007.
- Keller, William. «Should the Church be Organized for Social Work?» *Christian Education* 14, nº 2 (Noviembre 1930): 128-139.
- Kelman, Sarah. «Some Psychiatric Aspects of Birth Control.» *The American Journal of Psychiatry* 94, nº 2 (1937): 317-337.
- Kiser, Clyde. «Voluntary and Involuntary Aspects of Childlessness.» *Proceedings of the American Philosophical Society* 80, nº 4 (Febrero 1939): 525-539.
- Kuczynski, R. R. *Childless Marriages*. London: Le Play House Press, 1938.
- Kunz, Phillip, y Merlin Brinkerhof. «Differential Childlessness by Color: The Destruction of a Cultural Belief.» *Journal of Marriage and Family* 31, nº 4 (Noviembre 1969): 713-719.
- Lafitte, Francois. «Unemployment and child-bearing.» *The Eugenics Review* 30, nº 4 (1939): 275-282.
- Lagarde, Marcela. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: UNAM, 2003.
- . «Omnia. Revista de la Coordinación de estudios de posgrado, Año 6, Número 20.» *Identidad femenina*. 1990. http://www.posgrado.unam.mx/publicaciones/ant_omnia/20/04.pdf (último acceso: 1 de agosto de 2012).
- Law... «Review: Law School at Cambridge. A Lecture Being the Ninth of a Series of Lectures Introductory to a Course of Lectures Now Delivering in the University of Maryland; Remarks on the Study of the Civil Law; An Address Delivered at the Dedication of Dane Law.» *The North American Review* 36, nº 79 (Abril 1833): 395-418.
- Lederberg, Joshua. «Genetic Engineering and the Amelioration of Genetic Defect.» *BioScience* 20, nº 24 (December 1970): 1307-1310.
- Lorimer, Frank, ed. *Culture and Human Fertility*. Paris: UNESCO, 1954.

- Lorimer, Frank. «The Fertility of Agogo Women.» En *Culture and Human Fertility*, editado por Frank Lorimer. Paris: UNESCO, 1954 A.
- Lorimer, Frank. «The Relation of Cultural Conditions to the Demographic Transition.» En *Culture and Human Fertility*, editado por Frank Lorimer. Paris: UNESCO, 1954 B.
- Makowski, Sara. «Identidad y subjetividad en cárceles de mujeres.» *Estudios sociológicos* XIV, nº 40 (1996): 53–74.
- Man... «Man Must Learn Wisdom in Use of Borrowed Powers.» *The Science News-Letter* 34, nº 22 (Noviembre 1938): 339-340.
- May, Elaine Tyler. *Barren in the Promised Land: Childless Americans and the Pursuit of Happiness*. Cambridge: Harvard University Press, 1997.
- Mills, Wright. *La imaginación sociológica*. México: FCE, [1959] (2012).
- Moreno, Hortensia. «Mujeres que eligen no ser madres.» *Tejiendo Género [Programa de Radio]*. México: Radio UNAM, 16 de agosto de 2013.
- Morgan, Philip. «Late Nineteenth-And Early Twentieth-Century Childlessness.» *American Journal of Sociology* 97, nº 3 (Noviembre 1991): 779-807.
- Nason, Ellen, y Margaret Poloma. «The decision to remain childfree: An exploration into a variant family form.» *Annual meeting of the North Central Sociological Association*. 1974.
- . *Voluntarily Childless Couples: The Emergence of a Variant Lifestyle*. Beverly Hills: Sage Publications, 1976.
- Park, Kristin. «Choosing Childlessness: Weber's Typology of Action and Motives of the Voluntarily Childless.» *Sociological Inquiry* 75, nº 3 (Agosto 2005): 372–402.
- Popenoe, Paul. «Childlessness: voluntary or involuntary?» *Journal of Heredity* 34, nº 3 (1943): 83-85.
- Popenoe, Paul. «Motivation of Childless Marriages.» *Journal of Heredity* 27, nº 12 (1936): 469-472.
- Population... «Population Problems in France.» *Journal of Heredity* 9, nº 7 (1918): 330.
- Ramírez, Valentina. «Una aproximación sociocultural a la no-maternidad voluntaria.» Guadalajara: Maestría en Comunicación de la Ciencia y la Cultura-ITESO, 2013.
- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. 2014. <http://lema.rae.es/drae/> (último acceso: 18 de Octubre de 2014).
- Reiter, Bernd. *The Dialectics of Citizenship. Exploring Privilege, Exclusion, and Racialization*. East Lansing, Michigan: Michigan State University Press, 2013.
- Rojas, Martha. «Lo biográfico en Sociología.» En *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, de Ma. Luisa Tarrés. México: Flacso México-Colmex-Miguel Ángel Porrúa, 2001.

- Rovi, Susan L. D. «Taking 'NO' for an Answer: Using Negative Reproductive Intentions to Study the Childless/Childfree.» *Population Research and Policy Review* 13, nº 4 (1994): 343-365.
- Ryder, Norman, y Charles Westoff. «Fertility planning status: united states, 1965.» *Demography* 6, nº 4 (1969): 435-444.
- Sánchez, Ángeles. *Mujeres, maternidad y cambio. Prácticas reproductivas y experiencias maternas en la ciudad de México*. México: UNAM - UAM, 2003.
- Serrano, Eréndira. «La construcción social y cultural de la maternidad en San Martín Tilcajete, Oaxaca.» México: Doctorado en Antropología, Facultad de Filosofía y Letras-Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM, 2010.
- Serret, Estela. *Identidad femenina y proyecto ético*. UNAM, UAM, Miguel Ángel Porrúa, 2002.
- . *El género y lo simbólico. La constitución imaginaria de la identidad femenina*. México: UAM-Azcapotzalco, 2001.
- Serret, Estela. «Hacia una redefinición de las identidades de género.» *Géneros*, nº 9 (2011): 71-97.
- . *Qué es y para qué es la perspectiva de género*. Oaxaca: Instituto de la Mujer Oaxaqueña, 2008.
- Shakespeare, William. *Sonnet 1*. Vol. 16, de *The plays and poems of William Shakespeare*, de William Shakespeare, Edmond Malone, Samuel Johnson, George Steevens y Alexander Pope, 5-6. Dublin: John Exshaw, 1794.
- Snedden, David. «Some Probable Social Consequences of the Out-Working of Well-Endowed Married Women.» *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 143 Women in the Modern World (Mayo 1929): 349-360.
- Stebbins, Robert. *Exploratory research in the social sciences*. Thousand Oaks, California: Sage, 2001.
- Tabah, Leon, y Raul Samuel. «Preliminary findings of a survey on fertility and attitudes toward family formation in Santiago Chile.» En *Research in family planning. Proceedings of the conference, New York, 1960.*, de C.V Kiser, 263-304. Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1962.
- Taeuber, Irene. «Demographic Transitions and Population Problems in the United States.» *Annals of the American Academy of Political and Social Science* Vol. 369 (Enero 1967): 131-140.
- Taylor, Erin. «Throwing the Baby Out with the Bathwater.» *Women & Politics* 24, nº 4 (2003): 49-75.
- Taylor, S. J., y R. Bogdan. «El trabajo con los datos. Análisis de los datos en la investigación cualitativa.» En *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados.*, 152-176. Barcelona: Paidós, 1994.
- «The 1964 Meeting of the Population Association.» *Population Index* 30, nº 3 (Julio 1964): 291-322.

Valles, Miguel. *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica social*. Síntesis, 1999.

Veevers, Joan. *Childless by choice*. Toronto, Ontario: Butterworth, 1980.

Veevers, Joan. «Voluntarily Childless Wives: An Exploratory Study.» *Sociology and Social Research* 57, nº 3 (Abril 1973): 356-366.

Westoff, Charles. «Reseña de Family Planning, Sterility and Population Growth, por Ronald Freedman, Pascal K. Whelpton y Arthur A. Campbell.» *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 328 (Marzo 1960): 205-206.